





**¡NO SE OLVIDA!**  
**TESTIMONIOS DEL 68**

ANTOLOGÍA

© **Para Leer en Libertad A.C.**

[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

## PRESENTACIÓN

El presente libro contiene una muestra literaria representativa de la gran cantidad de materiales que el movimiento de 1968 ha provocado. Son una serie de materiales que, al ponerlos sobre el escritorio, nos dimos cuenta de que la mejor forma de presentarlos era de manera cronológica, con la intención de contar aquel movimiento que apenas abarcó unos cuantos meses pero que sirvieron para dar combustible político, imaginario y sentimental a toda una generación que a su vez ha inspirado a las siguientes.

Todos los textos fueron elegidos bajo la idea del testimonio, de quienes estuvieron en la calle, en la brigada, en la pinta, en la asamblea... en la matanza. Algunos autores se repiten por razones simples, como la famosa historia de "La puerta astillada" de la que todos hablan y sólo Taibo II ha escrito dicha historia, lo mismo que Monsiváis, quien hace el mejor retrato sobre el compañero brigadista, así como de ese lúgubre personaje llamado Díaz Ordaz.

En tiempos de una derecha mojigata, reaccionaria e inculta, era menester volver a los viejos gritos de batalla, de ahí que la antología se llame ¡No se olvida!, porque así de simple nos pareció que debía titularse.

Y en verdad: ¡No se olvida!

**Juan Hernández Luna**



## ÍNDICE

<b>Elena Poniatowska</b>	
Tlatelolco para universitarios.....	9
<b>Paco Ignacio Taibo II</b>	
Donde se cuenta de la importancia del Che y Bob Dylan para algunos y, por qué no, para todos.....	17
<b>Las batallas en el Politécnico</b>	
Entrevista con David Vega, Jaime García Reyes, Fernando Hernández Zárate.....	24
<b>Paco Ignacio Taibo II</b>	
Un fin de semana en que las cosas empezaron.....	28
<b>Efraín Huerta</b>	
Los hombres del alba.....	30
<b>Carlos Monsiváis</b>	
El agitador a pesar suyo: Gustavo Díaz Ordaz.....	31
<b>Judith Reyes</b>	
Oración (a un gorila).....	37
<b>Paco Ignacio Taibo II</b>	
La puerta astillada.....	38
<b>Carlos Monsiváis</b>	
El brigadista.....	43
<b>Raúl Álvarez Garín</b>	
La primera marcha al Zócalo.....	47
<b>Carlos Monsiváis</b>	
28 de agosto: la ceremonia del desagravio.....	67
<b>Luis Tomás Cabeza de Vaca</b>	
Ya vienen por mí.....	70
<b>Heberto Castillo</b>	
“Si te agarran te van a matar”: Cárdenas.....	75
<b>Eduardo Valle</b>	
No disparen. ¡Aquí Batallón Olimpia!.....	89
<b>Carlos Marín</b>	
Tlatelolco desde el edificio Chihuahua.....	100

<b>Humberto Musacchio</b>	
La trampa.....	109
<b>Marco Antonio Campos</b>	
Sin título.....	127
<b>Jaime Goded</b>	
Un poema desde la cárcel.....	128
<b>José Emilio Pacheco</b>	
Manuscritos de Tlatelolco.....	129
<b>Emilio Carballido</b>	
Conmemorantes.....	131
<b>Daniel Molina</b>	
¿Y vosotros quién sois?.....	141
<b>Francisco Pérez Arce</b>	
El principio del fin.....	143
<b>Santiago I. Flores</b>	
Mi fiesta impoluta.....	147

## TLATELOLCO PARA UNIVERSITARIOS

Elena Poniatowska

El año 1968 fue de Vietnam, de Biafra, del asesinato de Martin Luther King, del de Robert Kennedy después del de John F. Kennedy, su hermano y presidente de Estados Unidos; de la reivindicación del pueblo negro, de los Panteras Negras, del movimiento *hippie* que llegó hasta la humilde choza de María Sabina, en Huautla de Jiménez, Oaxaca, y sin embargo, para México, 1968 tiene un solo nombre: Tlatelolco, 2 de octubre.

Sal al balcón, bocón, sal al balcón, hocicón. Ho Ho Ho Chi Minh Díaz Ordaz, chin, chin, chin.

Ho Chi Minh, el jefe de la República Democrática de Vietnam, era entonces tan carismático para los estudiantes como el Che Guevara. Ir a Vietnam era cometer genocidio y los estudiantes en Berkeley detenían a los futuros soldados sonriéndoles con una flor en la mano: "Peace and love".

No sólo eran los estadounidenses los rebeldes; los jóvenes del mundo entero alzaban la mano, algunos con el puño cerrado, otros haciendo la V de la victoria. Tenían mucho que reclamarle a la sociedad. En Europa no había trabajo para los egresados de las universidades; en América, en África, en Asia, en Australia, el rechazo al orden establecido se había generalizado.

“La imaginación al poder”, “Entre más hago la revolución, más ganas me dan de hacer el amor; entre más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución”, “Prohibido prohibir”. Los estudiantes cantaban al son del corrido de Rosita Alvarez: “Año del 68, muy presente tengo yo, en un cuarto de los Pinos, Díaz Ordaz se desbieló, Díaz Ordaz se desbieló”. El gobierno perdía la paciencia: “Reconsideren, vuelvan a clases, agradézcanle al gobierno su paciencia, no se dejen engañar por los agitadores y los profetas de la destrucción”.

En mayo de 1968, en París, el general Charles de Gaulle, el alto héroe de la Segunda Guerra Mundial, fustigó a los estudiantes que levantaron barricadas con las piedras del pavimento, pintaron los muros de la Sorbona y rehusaban entrar a clase. De Gaulle les dijo que no comprendía que siguieran a un líder judío-alemán, Daniel Cohen-Ben-Dit, apodado Danny el rojo. Al día siguiente, en una de sus marchas, los estudiantes tomaron la calle repitiendo una y otra vez:

“Todos somos judíos alemanes, todos somos judíos alemanes.”

Si en Francia la falta de oportunidades fue el reclamo, en México creció el rechazo al autoritarismo. Al gobierno del presidente Díaz Ordaz el país se le estaba yendo de las manos y eso en el año de las Olimpiadas. Por primera vez los Juegos Olímpicos se llevarían a cabo en un país de América Latina, el mundo entero tendría los ojos puestos sobre México, pero tras la mampara de los edificios olímpicos seguiría la miseria, la jerarquización de una sociedad hostil a los olvidados de siempre, la crueldad de un gobierno dispuesto a aparentarlo todo.

“No queremos Olimpiadas, queremos revolución. No queremos Olimpiadas, queremos revolución.”

La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) protegió a sus estudiantes durante los 146 días del movimiento estudiantil y muchos de ellos hasta durmieron en las aulas con tal de no perder una sola de las asambleas. Ya el 30 de junio de 1968, día en que los soldados derribaron con una bazuka la antigua puerta de San Ildefonso, Javier Barros Sierra izó la bandera a media asta, gesto que le dio todo su valor a la disidencia. “UNAM, territorio libre de América”, decía una voz juvenil amplificada por el micrófono a todas las facultades, y Guillermo Haro, director del Instituto de Astronomía, sonreía.

La toma de Ciudad Universitaria en septiembre y la detención de quinientos alumnos y maestros conducidos en camiones del Ejército indignó al país. Los estudiantes rodearon a su rector Javier Barros Sierra, quien los defendía confrontando al presidente de la República y al resto del gabinete.

Esta larga marcha (a veces jubilosa, otras aterradora porque había muertos y encarcelados) terminó en la Plaza de las Tres Culturas, el 2 de octubre de 1968, a las seis y diez de la tarde, a manos del Ejército y del Batallón Olimpia, compuesto por hombres vestidos de civil que llevaban un pañuelo o un guante blanco en la mano derecha para identificarse.

En el momento en que un estudiante anunció, a las 6:10 de la tarde, que la marcha al Casco de Santo Tomás del Politécnico se suspendía, en vista de que cinco mil soldados y trescientos tanques de asalto tenían rodeada la zona,

un helicóptero sobrevoló la plaza y dejó caer tres luces de bengala verde. Se oyeron los primeros disparos y la gente empezó a correr.

—No corran compañeros, no corran, cálmense, son balas de salva.

Muchos cayeron. El fuego cerrado y el tableteo de las ametralladoras convirtieron la Plaza de las Tres Culturas en un infierno. Según la corresponsal del diario *Le Monde*, Claude Kiejman, el Ejército detuvo a miles de jóvenes a quienes no sólo mantuvo con los brazos en alto bajo la lluvia, sino que humilló bajándoles los pantalones. Algunos golpearon desesperados la puerta de la iglesia de Santiago Tlatelolco:

—Ábrannos, ábrannos— gritaban.

Los franciscanos nunca abrieron.

Ver las imágenes del 68 es darse una idea de la magnitud del peligro. Los soldados le disparaban por detrás a la gente que llegó a los hospitales con heridas en el cuello, la espalda, los glúteos, las piernas. Antonio Carrillo Flores, entonces secretario de Relaciones Exteriores, respondió a la pregunta del regente del 68, Alfonso Corona del Rosal, acerca del peligro en su oficina de la torre de Relaciones Exteriores, que un hombre quedó muerto sobre su propio escritorio, según relata Raúl Álvarez Garín.

El mismo 2 de octubre, cuando la doctora en Antropología, Margarita Nolasco, logró salir de la plaza, abrió la ventanilla del taxi que la llevaba a su casa y gritó a los peatones en la acera, a la altura de la Casa de los Azulejos:

—¡Están masacrando a los estudiantes en Tlatelolco!  
¡El Ejército está matando a los muchachos!

El taxista la reprendió:

—Suba usted la ventanilla, señora, porque si sigue haciendo esto, tendré que bajarla del coche.

Él mismo cerró la ventanilla.

La vida seguía como si nada. Margarita Nolasco perdió el control. “Todo era de una normalidad horrible, insultante, no era posible que todo siguiera en calma.” Nadie se daba por enterado. El flujo interminable de los automóviles subiendo por la avenida Juárez seguía su cauce, río de acero inamovible. Nadie venía en su ayuda. La indiferencia era tan alta como la de los rascacielos. Además llovía.

El 3 de octubre de 1968, los periódicos, para colmo, acusaban a los estudiantes: *El Día*, *Excélsior*, *El Nacional*, *El Sol de México*, *El Herald*, *La Prensa*, *La Afición*, *Ovaciones*, minimizaron la masacre. *El Universal* habló de Tlatelolco como un campo de batalla en el que, durante varias horas, terroristas y soldados sostuvieron un combate que produjo 29 muertos y más de 80 heridos en ambos bandos, así como mil detenidos.

Sin embargo, Jorge Avilés, redactor de *El Universal*, alcanzó a escribir: “Vimos al Ejército en plena acción utilizando toda clase de instrumentos, las ametralladoras pesadas empotradas en una veintena de jeeps disparaban a todos los sectores controlados por los francotiradores”.

Los corresponsales extranjeros se escandalizaron. “Es la primera vez en mi larga trayectoria que veo a soldados disparándole a una multitud encajonada e indefensa”, manifestó Oriana Fallaci.

Dos mil personas fueron arrestadas. Los familiares anduvieron peregrinando de los hospitales a los anfiteatros

en busca de sus hijos. En el Campo Militar número 1 no cupo un alfiler después de tanto muchacho arrestado. Los periódicos recibieron una orden tajante: “No más información”. Informar era sabotear los Juegos Olímpicos.

El 6 de octubre, en un manifiesto “Al pueblo de México” el Consejo Nacional de Huelga declaró: “El saldo de la masacre de Tlatelolco aún no acaba. Han muerto cerca de 100 personas de las cuales sólo se sabe de las recogidas en el momento: los heridos cuentan por miles”. En *Posdata*, Octavio Paz recogió el número que el diario inglés *The Guardian* consideró más probable: 250 muertos.

El periodista José Alvarado escribió: “Había belleza y luz en las almas de los muchachos muertos. Querían hacer de México morada de justicia y verdad, la libertad, el pan y el alfabeto para los oprimidos y olvidados. Un país libre de la miseria y el engaño. Y ahora son fisiologías interrumpidas dentro de pieles ultrajadas. Algún día habrá una lámpara votiva en memoria de todos ellos”.

A partir de esa fecha, muchos nos dimos cuenta de que habíamos vivido en una especie de miedo latente y cotidiano que intentábamos suprimir, pero había reventado. Sabíamos de la miseria, de la corrupción, de la mentira, de que el honor se compra, pero no sabíamos de las piedras manchadas de sangre de Tlatelolco, de los zapatos perdidos de la gente que escapa, de las puertas de hierro de los elevadores perforadas por ráfagas de ametralladora.

Hoy, en 2007, a 39 años de la masacre, la ventanilla sigue cerrada. Todavía hoy, a 39 años, faltan nombres en la estela del Memorial levantado por el Comité de 1968 que encabeza Raúl Álvarez Garín. Quizá nunca sepamos el

número exacto de muertos en Tlatelolco. Sin embargo, resonará en nuestros oídos durante muchos años la pequeña frase explicativa de un soldado al periodista José Antonio del Campo, de *El Día*:

“Son cuerpos, señor...”

A 39 años, la consigna “2 de octubre no se olvida” se grita en la marcha en la que participan jóvenes que ni siquiera habían nacido. El Comité del 68 logró llevar al ex presidente Luis Echeverría al banquillo de los acusados y hoy vive preso en su casa. Pero necesitamos que los responsables sean enjuiciados, que la historia de los jóvenes asesinados sea rescatada, necesitamos rendirles homenaje porque a ellos los mataron por creer que podían cambiar al mundo.

La matanza del 2 de octubre es una de las masacres más evidentes de los comienzos del terrorismo de Estado en América Latina. En Argentina los familiares de los desaparecidos persiguen a los culpables, señalan su casa con pintura roja de sangre. En México, no tenemos aún el número exacto de muertos ni hemos enjuiciado a los responsables.

No pretendemos hacer justicia por mano propia, pero señalar a los culpables es la única manera de que la historia no la escriban sólo los poderosos. Es la única forma de hacer más habitable un país en el que mueren de hambre cinco mil niños al año.

Es de toda justicia que Tlatelolco, ese espacio en el que cayeron universitarios y politécnicos, pertenezca hoy a la UNAM. Es de toda justicia recordar al rector Javier Barros Sierra. Es de toda justicia señalar a los responsables. En esta explanada hubo una matanza; esclarecer los hechos es el mejor homenaje que podemos rendirles a los muertos y

desaparecidos. ¡Qué gran vergüenza mirar la plaza día tras día sin saber cuántos ni quiénes eran! La tarea corresponde a todo México, a cada quien desde su lugar. Es nuestro legado a los universitarios para que la atrocidad no quede impune. Si no lo logramos seguirán los criminales corrompiendo a nuestro país.

Si no hay verdad y justicia, el 2 de octubre del 68 puede asolarnos de nuevo. La universidad es la gran educadora, el barómetro moral de nuestro país, y la primera de sus enseñanzas es la ética. A partir de ella puede construirse el México que todos buscamos. Es la UNAM quien convertirá esta plaza en una lámpara votiva, como pidió José Alvarado.

\*\*\* Texto leído por la periodista, escritora y colaboradora de *La Jornada*, durante la inauguración del Memorial del 68 en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco .

## DONDE SE CUENTA DE LA IMPORTANCIA DEL CHE Y BOB DYLAN PARA ALGUNOS, Y POR QUÉ NO, PARA TODOS

Paco Ignacio Taibo II

Una parte de la generación de estudiantes que hicieron el movimiento del 68. Una pequeña parte, no más de siete u ocho millares en medio millón de estudiantes de enseñanza media y superior, se había construido en un caldo de cultivo político-cultural que tenía la virtud de la globalidad. Esa locura integral nos rodeaba por todas las esquinas de la vida. Tenía que ver con las lecturas, los héroes, los mitos, las renunciaciones, el cine, el teatro, el amor, la información. Vivíamos rodeados de la magia de la Revolución Cubana y la Resistencia Vietnamita.

El Che era el hombre que había dicho las primeras y las últimas palabras. Nos había conducido, desde *Pasajes de la guerra revolucionaria* hasta *El socialismo y el hombre en Cuba*, tomados de la mano hacia un debate ético que entendíamos claramente. Su muerte en el 67 nos dejó un enorme vacío que ni siquiera el *Diario de Bolivia* había podido llenar. Era el fantasma número uno. El que no estaba y sí estaba, rondando en nuestras vidas, la voz, el personaje, la orden vertebral de arrójalo todo a un lado y ponte a caminar, el diálogo burlón, el proyecto, la foto que te mira desde todas las esquinas, la anécdota que crecía y crecía acumulando informaciones que

parecieran no tener final, la única manera en que frases dignas de bolero como “entrega total” no resultaran risibles.

Pero sobre todo, el Che era el tipo que estaba en todos lados aún después de muerto. Nuestro muerto. Leíamos a Howard Fast y a Julius Fucik, a Cortázar y Benedetti, a Steinbeck y a Hemingway, a Bradbury y a Jesús Díaz. Los premios de Casa de las Américas y las novelas sociales de editorial Futuro. Carlos Fuentes nos había sorprendido con *La región más transparente*. Frente a las lecturas descontextualizadas de Lenin, ahí estaba la versión científica de cómo se había fraguado la nueva gran burguesía mexicana, hija del matrimonio perverso de los generales sonorenses con las hijas mochas de la oligarquía de porfiristas o de los tenderos gachupines. Fuentes era la prueba de que la novela era también la historia.

El DF sólo podía ser visto desde las alturas del puente de Nonoalco. La literatura era realidad-real. Oíamos a Joan Báez y a Bob Dylan, a Pete Seeger y a Peter, Paul and Mary, la música de la generación que estaba en contra de la guerra de Vietnam; y escuchábamos a escondidas (por lo menos los del sector meloso) a Charles Aznavour y Cuco Sánchez (los del sector meloso y azotado, como yo, habríamos de añadir a la mezcla los boleros rastrosos de José Feliciano). Estaba de moda la poesía. Circulaban las antologías de la poesía cubana de la revolución y de la cotidiana antifranquista española. En los patios de Ciencias Políticas se hacían lecturas en bola de Gabriel Celaya y Nazim Hikmet y todo el mundo se sabía de memoria algún poema de Efraín Huerta y por lo menos dos de César Vallejo.

El cine era parte del entramado. El cine era subversión. Todos aullábamos como mujeres argelinas en las escalinatas del cine Roble después de “La batalla de Argel”, y la proyec-

ción de “8 y medio” en los cineclubs universitarios había sido una victoria no exenta de moretones por los ataques de los grupos fascistas del MURO. Podíamos identificar instantáneamente, e igualarnos en el reconocimiento, palabras como Dazibao (periódico escrito sobre muros, con intencionalidad política), Escambray (región de Cuba en que EU promovió la contrarrevolución mediante hordas de mercenarios), Camiri (territorio boliviano en el que el Che Guevara combatió antes de morir), Kronstadt (fortaleza naval rusa en el Golfo de Finlandia), pero también reconocíamos como propias frases como: “Dicen que la distancia es el olvido...”, “Cuidado, kimo sabi”, “Vine a Comala porque me dijeron que aquí encontraría a mi padre”, “Kriga, kirok, bundolo, tarmangani”, “Tú no conoces Hiroshima”.

No veíamos televisión. Si existía, era un mal de otros, nosotros andábamos muy ocupados inventando la vida para perder el tiempo con fábricas de fantasías reaccionarias. Jurábamos que nunca iríamos a Disneylandia y que ya no volveríamos a leer a Herman Hesse. No éramos demasiados. La izquierda, el circuito progre estudiantil Del Valle de México, estaba encerrado en un ghetto de una docena de escuelas: Ciencias Políticas, Filosofía, Economía, Arquitectura, Psicología, Prepa 1, Prepa 6, la 8 diurna, Ciencias, Físico-matemáticas del Poli, Voca 7. Con algunos espacios reconquistados en Prepa 3, Economía del Poli, Chapingo, la Normal Superior. Militábamos al viejo estilo aunque vivíamos al nuevo. Éramos sectarios. El enemigo era grande, ajeno, distante. El estado era una abstracción libresca; por lo tanto era mejor dedicarse a interminables disputas con los pseudoamigos, los vecinos del partido de al lado, la secta de la esquina, los practicantes del

culto paralelo. Estábamos dispuestos a dar guerras ideológicas interminables, a redactar periódicos ilegibles cargados de citas de Lenin y Mao, Trotsky o Bakunin, según el club al que perteneciéramos.

La militancia era una cadena interminable, peor que rosario de beata poblana, de reuniones noche y día; círculos de estudio en que se repetían letanías, se refabricaban esquemas, se pensaba poco, se corrían chismes sobre parejas y todos teníamos seudónimo aunque todos sabíamos nuestros verdaderos nombres. Había espartaquistas puros e impuros, maoístas y neomaoístas, como cuatro variantes de trosquistas (entre ellos unos cuasiguadalupanos que propagandizaban las tareas del proletariado para “antes, durante y después de la III Guerra Termonuclear”) y desde luego los eternos mencheviques del PC, esos fantasmales enemigos principales de la izquierda-izquierda, que eran, y éste era el despreciado adjetivo, mucho más potente que la peor mácula moral, “reformistas”. Vistos a la distancia, de verdad que éramos francamente raros. Una especie en extinción de partidarios de religiones oscuras, que lo mismo podíamos estrangularnos discutiendo las variantes del lugar de una coma en los manuscritos del Mar Muerto, que devorarnos en las interminables luchas internas que se realizaban sin una sociedad de espectadores.

Pero de repente, en el mundillo de las sectas de la izquierda, la realidad-real, la de las novelas de Fuentes, los cuentos de Valadés, las narraciones de Fernando Benítez e incluso las novelas de Martín Luis Guzmán, irrumpía, y una universidad era tomada por el Ejército, un preso político iniciaba una huelga de hambre; se sofocaba a tiros una revuelta campesina. Había huellas por ahí de otro país al que no acce-

díamos pero que de repente nos envolvía enloqueciéndonos. No éramos mexicanos. Vivíamos en una ciudad pequeña dentro de una ciudad enorme.

Nuestras fronteras eran la estatua del general Zaragoza por el oriente, que con su dedo señalando, decía: “No hay que pasar de aquí, a mis espaldas territorio real”. Por el norte las estatuas de los Indios Verdes en la carretera de Pachuca, que estaban ahí para señalar el comienzo del territorio agreste y apache; por el occidente el reloj de la H. Steele en el final de Polanco, que señalaba la hora y la frontera de los barrios fabriles; por el sur los laboratorios de Tlalpan, que mostraban el otro fin de la ciudad conocida. Más allá, Milpa Alta, ignota tierra zapatista. A cambio éramos propietarios de las colonias Del Valle y la Narvarte (más aún desde que las novelas de José Agustín las reinventaban); la San Rafael y la Santa María, la Condesa y la Roma. Nuestras eran las neverías de Coyoacán, nuestro el cine París y el café La Habana, nuestro el Parque México y la Juárez. Nuestras Reforma y Revolución eran avenidas.

A cambio, las otras ciudades nos eran ajenas. Fugaces estaciones de paso. En el barrio obrero al que llegábamos de vez en cuando (porque la revolución la tenía que hacer la clase obrera por mandato del manual que habíamos estado leyendo y que nos repetíamos hasta el aburrimiento) éramos extraños que entraban y salían corriendo, después de volantear la fábrica con folletos ilegibles con los que se limpiaban el culo más tarde los trabajadores de la refinería de Azcapotzalco o los obreros industriales de la Vallejo o Xalostoc.

En el 66 yo colaboré en la alfabetización de un grupo de obreros de una fundición en Santa Clara. Tímidamente me decidí por la literatura y en lugar de folletos de Lenin les

presté una novela de Howard Fast que no me devolvieron. Un día, dos de ellos llegaron quemados a tomar la clase. Decidieron que no tenía demasiado chiste aprender a leer, convencieron al resto de que se fueran a tomar unos toritos. Eran menos sectarios que yo, invitaron. El grupo se deshizo. Me dejó la nostalgia del lodo químico de Ecatepec en las tardes de lluvia. Sulfuroso, real-real. Éramos extranjeros también en la historia. No veníamos del pasado nacional. No sabíamos por qué, pero el pasado era un territorio internacional donde se producían revoluciones y novelas, no un territorio local y popular. A duras penas sabíamos del movimiento ferrocarrilero y de Demetrio Vallejo, su líder encarcelado; habíamos oído hablar de Rubén Jaramillo, pero éramos incapaces de recontar su historia. Nada teníamos que ver con Morelos, con Zapata, con Villa, con Vicente Guerrero, con Hidalgo, con Leandro Valle, con Guillermo Prieto, con Mina.

Eran personajes de la historia ajena que aburridos burocratas preparatorianos que ejercían de profesores, habían tratado de desenseñarnos; eran cuando más nombres de calles. Extranjeros de país y de historia. No éramos los únicos. Compartíamos los espacios universitarios con otra generación paralela a la nuestra, que sí veía la tele y a la que le gustaban los mariachis; eran fanáticos de las glorias futboleras de las chivas y los pumas de la UNAM, leían libros por obligación y destino, pensaban que la carrera era un salto hacia el empleo, pero comenzaban a dudar de la eficacia del brinco en una sociedad en que había más suicidas que paracaídas.

Una sociedad cuyas puertas se les cerraban. Teníamos en común con ellos amor por las torterías, el voto unánime a favor de la minifalda y la pasión por los Beatles. No éra-

mos mejores unos que otros, aunque quizá entonces nosotros lo pensáramos; simplemente éramos diferentes. Aún no nos habíamos hallado en el único punto posible de encuentro: la Ciudad de México, el mexicanísimo Rancho Grande, pasada historia, las historias por venir. Compartíamos sin saberlo ni reconocerlo, el país en que nos había tocado crecer, y que repentinamente se nos iba a convertir en real entre las manos.

\*\*\* Este texto proviene del libro 68, de Paco Ignacio Taibo II.  
Editorial Joaquín Mortiz.

**LAS BATALLAS EN EL POLITÉCNICO.**  
**ENTREVISTA CON DAVID VEGA, JAIME GARCÍA**  
**REYES, FERNANDO HERNÁNDEZ ZÁRATE**

**David Vega:** En el origen, no importa tanto el problema entre la Ochoterena y los muchachos de Voca 5 y Voca 2. El hecho que enciende la pasión es que la Policía entra a Vocacional 5 el 23 de julio, y golpea a los estudiantes que están saliendo, incluso maestros. Los jóvenes de Voca 5 pidieron solidaridad; los primeros que acudieron fueron los compañeros de Voca 7 y se organizó una marcha de protesta. Entonces se expresaron las tres fuerzas que trataban de ganar presencia. Por un lado estaban la FNET, tratando de recuperar el espacio político perdido en el Congreso de León, meses antes, cuando ESIME, ESIA, Físico Matemáticas, ESE, Ciencias Biológicas, Voca 7, Voca 4, Voca 5, algunos tecnológicos como los de Chihuahua, y Medicina Homeopática se salieron de la FNET, dejándola sin escuelas que controlar aparte de Enfermería, y eso medio mal, y la Escuela Superior de Medicina.

Otro grupo éramos los aglutinados en la Juventud Comunista. El día 25 analizamos esta situación y sabíamos de la manifestación en solidaridad con la Revolución Cubana para el día siguiente. Decidimos organizarnos para romper el control de la FNET sobre su manifestación y ahí, sin tener un acuerdo previo con los compañeros de Voca 7 (donde pre-

dominaba la tercera corriente política, también de izquierda: el espartaquismo), coincidimos haciendo proselitismo para romper el control de la FNET para que la marcha fuera independiente. Además, en la CNED el día 25 habíamos acordado que, de ser posible, conduciríamos esa manifestación para hacerla caer el 26 de julio.

El primer enfrentamiento ocurrió en el Monumento a la Revolución, cuando Efraín García Reyes se paró sobre un camión y arengó a los jóvenes para romper el control de la FNET, el 26. Entonces lo apedrean, Gil Zamora y otros, gente de Chayo Cebreros, me correataron al darse cuenta de que les estábamos quitando el control. Sin embargo, la manifestación siguió su curso hasta el Carrillón; unas arengas decían: “vamos a la Alameda”, otras, “vamos al Zócalo”.

Yo me llevé al compañero Alanís, dirigente de Vocacional 5, directamente a la Alameda, casi agarrado de la mano. Llegué con Martínez Nateras, que estaba como maestro de ceremonias, y le dije que traía a unos compañeros que habían sido golpeados y era necesario apoyarlos. Intentamos marchar todos juntos al Zócalo cuando vino el ataque y la desbandada de estudiantes. Los compañeros de Voca 5 inician una protesta por el barrio universitario, penetran en San Ildefonso, donde estaban las Prepas 7 y 1, y piden apoyo. Se tendió un cordón policiaco y hubo un combate desigual que empezó a invadir todo el primer cuadro; la Alameda, San Juan de Letrán; luego se dispersaron las fuerzas, pero quedó la resistencia en las prepas hasta cerca de las doce de la noche. Creo que ahí se inició prácticamente el movimiento, y se aceleró cuando Cebreros llamó a la policía porque “hay comunistas infiltrados, gentes ajenas a los estudiantes que están

llevando a la provocación y a la confrontación". Y que por lo pronto le arrebatan todo el control.

**Jaime García Reyes:** El 26 de julio de 1968, la marcha de la FNET para protestar tibiamente por la agresión de los granaderos en días anteriores se les volteó en el Carrillón cuando los opositores de la FNET nos apoderamos del sonido que ellos mismos habían llevado. En ese momento pudimos contar con algunas fuerzas más y organizarnos. Salimos con la pretensión de ir hasta el Zócalo. Caminamos unas dos cuerdas hasta la calle de Nogal o de Fresno, tomamos autobuses, nos bajamos en el Panteón de San Fernando y desde ahí iniciamos nuestra marcha independiente. En la Torre Latinoamericana coincidimos con una marcha que había organizado la CNED en apoyo a la Revolución Cubana. Ahí nos marcaron una línea para que ellos se dirigieran al Hemiciclo a Juárez y nosotros tuvimos que meternos por la calle de Madero. Casi llegando al Zócalo, en Palma, los granaderos nos hicieron sandwich. Nos pegaron a muchos, posteriormente se corrió la versión de que yo estaba conmocionado pero sólo salimos golpeados, y nos reorganizamos; en el camino, algunos compañeros sacaron las alcantarillas, que antes eran de concreto, las estrellaron contra el piso y nos proveyeron de piedras. No recuerdo que hubiera piedras en los basureros. Nosotros hicimos las piedras con las alcantarillas. Desorganizados, llegamos al Hemiciclo a Juárez y en ese momento se dejó venir la policía de civil, encabezada por el jefe policiaco Mendiolea Cerecero, con la idea de meterse entre nosotros, dar pequeños golpes y desbaratar la manifestación, pero en cuanto lo tuvimos a tiro los apedreamos.

**Fernando Hernández Zárate:** En la Escuela Superior de Economía, durante una asamblea general, analizamos cómo había preparado el Estado la represión para el 26 de julio. Nosotros habíamos decidido no asistir porque era un garlito del propio sistema para hacer coincidir las dos manifestaciones. Una convocada por el CNED, que en ese momento tenía muchos compromisos con la Revolución Cubana. La otra por la FNET. La Escuela Superior de Economía no aceptó asistir a una provocación de esa naturaleza. Estábamos en un festival y Judith Reyes cantaba “Granadero” cuando llegaron los compañeros heridos para avisarnos que se había desatado la represión. Allí mismo elaboramos el famoso pliego petitorio que después fue el punto de unión de todo el movimiento.

\*\*\* Este texto fue publicado en el libro, *Pensar el 68*. Editorial Cal y Arena.

## UN FIN DE SEMANA EN QUE LAS COSAS EMPEZARON

Paco Ignacio Taibo II

¿Veía el gobierno más allá que nosotros? ¿Preveían el surgimiento de un gran movimiento estudiantil y querían despedazarlo antes de que surgiera? ¿Lo estaba creando una facción del gobierno para utilizarlo contra la otra en la carrera presidencial? Nosotros habíamos hablado de él, del “movimiento”. Teníamos indicadores vitales de que aquello podía existir, pero sólo podía confirmarlo el que ellos, el enemigo invisible lo creyera también. El Mayo francés había estado en las primeras planas de todos los periódicos, tomado de la mano con las movilizaciones en torno a la Primavera de Praga, los movimientos estudiantiles en Brasil, la toma de la Universidad de Columbia en Nueva York, el Cordobazo argentino. ¿De veras estos güeyes creían en la posibilidad de contagio internacional? ¿Creían en el virus en el que nosotros creíamos sin creer? Esto era México, caballeros. Aquí no daba para tanto.

Al día siguiente sabríamos por la tele y los periódicos, que durante la noche del 26 de julio una de las muchas policías secretas asaltó las oficinas del PC y detuvo a varios dirigentes estudiantiles comunistas y de pasada a la redacción del diario del partido; pocas horas antes se produjo una *razzia* de extranjeros, la mayoría mirones capturados a los márgenes de

las manifestaciones y que por apariencia de *hippies* o estampa estudiantil, servían para perpetuar la vieja costumbre político-policíaca mexicana de encontrar siempre algún extranjero para demostrar la existencia de una conjura multinacional.

La pelota rodaba por los espacios más inesperados. El movimiento que aún no sabía que lo era, crecía. En el barrio estudiantil del centro se daba una extraña movilización espontánea, los estudiantes de las escuelas preparatorias cercaban la zona, detenían camiones, enfrentaban a los granaderos que querían más leña. Las escuelas más politizadas del IPN comenzaban el día con asambleas, pidiendo la desaparición de la FNET y la salida de los presos. Era sábado. La Universidad estaba desmovilizada. Durante el fin de semana la pequeña guerra en el centro de la ciudad continuó. Debería tener nerviosos a los mafiosos de Palacio Nacional, muy cerca se encontraban los nuevos vándalos. La rojería se reunió en sus viejos clubes de *scouts* para cubrir órdenes del día de 16 puntos, en las que el nuevo movimiento solía estar entre el tercero y el cuarto, y en las que siempre había alguna amenaza de expulsión por no pagar las cuotas.

\*\*\* Este texto proviene del libro 68, de Paco Ignacio Taibo II.

Editorial Joaquín Mortiz.

## LOS HOMBRES DEL ALBA

(Fragmento)

Efraín Huerta

Ellos están caídos de sueño y esperanzas,  
Con los ojos en alto, la piel gris y un eterno sollozo  
en la garganta.

Pero hablan. Al fin la noche es una misma  
Siempre y siempre fugitiva:  
Es un dulce tormento, un consuelo sencillo,  
Una negra sonrisa de alegría,  
Un modo diferente de conspirar,  
Una corriente tibia temerosa  
De conocer la vida un poco envenenada.

Ellos hablan del día. Del día,  
Que no les pertenece, en que no se pertenecen.  
En que son más esclavos; del día  
En que no hay más camino  
Que un prolongado silencio  
O una definitiva rebelión.

\*\*\* Este poema proviene de *Memorial del movimiento estudiantil de 1968*, colección Lajas de papel.

## EL AGITADOR A PESAR SUYO: GUSTAVO DÍAZ ORDAZ

Carlos Monsiváis

En 1968, el sistema presidencialista conoce su apogeo. Con el licenciado Gustavo Díaz Ordaz (1911- 1979) todo es gobierno y casi nada es oposición. Concentrada en unas cuantas publicaciones, la crítica sólo es frontal de vez en cuando y no tiene consecuencias. A comienzos de 1968, sin capacidad de combatir al autoritarismo, la sociedad lo goza como puede y reproduce a escala el comportamiento dogmático (el jefe de familia es un presidente en miniatura; el presidente de la República es el más prolífico de los jefes de familia). Díaz Ordaz requiere de asideros políticos. Sin eso, no asciende con la solidez debida.

La mayor certidumbre a su alcance es el patriotismo y la fe en el régimen de la Revolución Mexicana, por desvaídos y deshilachados que ya se encuentren. En rigor, Díaz Ordaz es el último presidente que, no obstante su comportamiento, cree en los grandes logros y en la disciplina del país a cargo de la tradición revolucionaria.

El sucesor, Luis Echeverría Álvarez, a mitad del sexenio adopta el repertorio del Tercer Mundo como bandera y plataforma. El entierro casi formal de la Revolución Mexicana ocurre en 1968. Díaz Ordaz está fatalmente predispuesto a

luchar con fantasmas. El político amenazado por las tinieblas intensifica su control sin demasiadas protestas, y acumula juramentos de lealtad. Pero el elemento básico es la sinceridad. No miente al hablar de complots contra México o al reaccionar ásperamente contra los “apátridas”. No dice la verdad, pero no miente. Tanto confía en su formación ideológica que halla actos de justicia en donde sólo hay represiones. Le toca desbaratar el movimiento ferrocarrilero en 1959, y lo hace convencido. “En México no hay presos políticos, sino delincuentes.”

Nada le dice lo evidente: la debilidad numérica y política del Partido Comunista; la legión de infiltrados y provocadores, la fuerza de los aparatos de seguridad nacional; la escasa o nula penetración de la izquierda política en la sociedad; el sectarismo autodestructivo de los militantes. Díaz Ordaz no atiende estos datos. Lo suyo es la cacería de señales. ¿Quién le niega a Díaz Ordaz su papel central en el 68? Abogado poblano, oscuro agente del Ministerio Público en San Andrés Chalchicomula o Ciudad Serdán, político menor, intrigante habilísimo, de dureza y estilo cortante, burócrata con gran sentido de la oportunidad, Díaz Ordaz maneja una plataforma de arriba consistente en una persona: el presidente Adolfo López Mateos, que lo nombra secretario de Gobernación y lo entrena para el relevo.

Inteligente a su manera y despótico, a Díaz Ordaz lo sojuzgan la vanidad de sus defectos (es muy macho, y gobierna el país como a un hijo rebelde o a una amante levantisca) y el sitio del recelo en su conducta. Recela de sus colaboradores, de los aplausos, de la oposición. De quienes no son compulsivamente patriotas no recela: son traidores a la patria y punto.

Lo cerca la fama pública de su fealdad, acrecentada al comparársele con el apuesto López Mateos y al respecto hace una broma frecuente tomada de Abraham Lincoln: “Yo no puedo tener doble cara; me basta con la que traigo”.

Tal vez su autocrítica facial no haya causado la virulencia diagnosticada por la turba de psicoanálisis tan espontáneos, convencidos de la fuente de rencor presidencial: la lejanía del ideal griego. La Teoría de la Conjura se consolida al dársele a México la sede de los juegos Olímpicos de 1968. A partir de ese día, todo gira en torno al desbaratamiento de conjuras. Si el término “paranoia política” tiene sentido, aquí se aplica.

Y no es únicamente psicologismo pop: describe también a un hombre enardecido por su conquista de presidencia pese a sus orígenes humildes y convencido de que un grupo o un sector quiere hacerle daño. Si como secretario de Gobernación Díaz Ordaz vive en la suspicacia (éste sería su razonamiento: “Quieren dañar a México vetándome la llegada a la Presidencia”), como presidente es a la vez el máximo responsable del gobierno y el detector de asonadas. Díaz Ordaz le entrega su poder de rectificación de los agravios al Principio de Autoridad. Concibe a la Presidencia, allí están sus discursos y sus acciones para ratificarlo como el centro político e interpretativo del país y se identifica literalmente con México. La actitud es disparatada pero el sentimiento, como él diría, es infalsificable. Poco antes de terminar su periodo se le pregunta: “¿Qué siente usted cuando oye el Himno Nacional en el extranjero?”, y la respuesta nace desarmada: “Que se me enchina el cuero”. Un patriota sentimental cree encarnar durante seis años a la Patria.

En el diseño de Díaz Ordaz el miedo es a *self-fulfilled prophesy*. Si el complot existe, es cuestión de semanas localizar

las pruebas. Así opera el mecanismo: se reprime para evitar la emergencia del complot, y la protesta consiguiente es la señal inequívoca de la conjura.

Desde el 26 de julio, Díaz Ordaz, carcelero airado, impulsa a pesar suyo lo que quiso aplastar desde el inicio, y venera sin ambages el México no tocado por el desencanto, el país anterior a esa perdición que es el conocimiento. ¿Quién le informa a Díaz Ordaz de los sucesos del 68? El principal asesor es su fe dogmática en la Guerra Fría. Lo demás se da por añadidura, datos parciales, mentiras robustas, interpretaciones que no resisten un examen lógico.

En sus memorias, el general Gutiérrez Oropeza reproduce la convicción genuina de su jefe: "Desde el principio del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, la izquierda radical que mucho se había soliviantado en el régimen anterior, recibió órdenes precisas del comunismo internacional de aprovechar los preparativos de la Olimpiada para desarrollar en México la parte que en la Revolución Mundial le estaba asignada. Díaz Ordaz no tuvo más opción que emplear la fuerza para contener la violencia en que nos querían envolver". A falta de hechos, buenos son presentimientos.

Ante los estudiantes Díaz Ordaz no duda. Lo aborrecen (ellos, los de las penumbras) por encarnar los valores del decoro y el derecho, y sería afrentoso considerar siquiera el pliego petitorio del Consejo Nacional de Huelga. Si libera a los presos políticos sindicales (Vallejo, Campa y los demás), fortalece el sindicalismo independiente. Si reconoce (así sea por omisión) la mínima injusticia, y cesa al jefe de policía o indemniza a las víctimas, daña el principio de autoridad. Si castiga a los culpables de la represión, admite la autocrítica...

Y la solución al conflicto es la inflexibilidad. Para el autócrata, lo que no es alabanza es ruiderío amenazante o ininteligible. Díaz Ordaz asegura no tenerle rencor a sus víctimas. Ni ese vínculo merecen. Han creído agraviar a la persona y se toparon con la institución. A él no lo agreden, sabe quién es, siempre lo ha sabido. “La injuria no me ofende. La calumnia no me llega. El odio no ha nacido en mí.”

Cuando proyecta el Gran Castigo del 2 de octubre (no toma la decisión solo, no la toma acompañado), lo hace porque en su lógica ceder a la protesta es compartir el mando, y si en su fuero interno es una persona sencilla, su rango de Mexicano de Excepción (por la voluntad expresa de los mexicanos comunes) lo hace trascender la condición del individuo, volviéndolo representación viva, mientras dure en su encomienda, de lo más hondo de las entrañas de la Nación. Lo que murmuren sobre él lo perdona. Pero lo que digan aquí y allá sobre el Poder Ejecutivo ofende a todos. Por eso, al reaccionar punitivamente, no lo hace como Gustavo Díaz Ordaz, el hombre lastimado en su orgullo de hombre, el jefe de familia golpeado en la reputación que hereda a sus hijos (para que estos, a su vez, la transmitan intacta y acrecentada), sino como el patriota que reacciona en defensa de la Patria que abandera... Ni un mártir ni un improvisado. Al tomar su decisión sabe que les dolerá por unos días, y que chillarán y maldecirán desde su impotencia y luego no pasará nada. Y aunque pasara (lo que no sucederá), no le inmuta el porvenir. Al contrario.

La Historia le hará justicia a la fuerza porque trabaja a su favor, y el compromiso de extinguir la subversión lo asume a través suyo una nación harta del relajo patrocinado, an-

siosa de salvarse del caos y la anarquía, y que le demanda que respete y honre el sitio que concilia y armoniza todos sus intereses. Caiga quien caiga... ¿Por qué no? A Díaz Ordaz se le encomienda tripular el navío, dirigir la expedición hasta puerto seguro, y él es piloto y padre y capitán. Sabe con detalle del sentido de sus acciones, las ha meditado generosamente y se entrega confiado en las manos rugosas del porvenir. No está enojado ni podría estarlo: México actúa dentro de él y dirige sus pasiones, las ordena, las depura, las vuelve inflexibilidad de conducta.

Con violencia y alharaca y héroes extraídos del forro de sus conciencias descastadas, los subversivos se proponen hacernos olvidar la verdad: somos una gran familia, el país que atravesó —entre sangre, sudor y lágrimas— por una gran revolución. Y a Díaz Ordaz le toca hacer que el país siga teniendo amor y respeto a las instituciones. A como dé lugar.

\*\*\* Este texto proviene del libro *Parte de Guerra. Tlatelolco 1968*. Editorial Aguilar.

ORACIÓN  
(A UN GORILA)

Judith Reyes

Chango Gustavo  
Que estás en Los Pinos  
Muy respetado sea  
Tu nombre,  
Vénganos tu gobierno  
Hágase tu voluntad  
Aquí en el D.F.  
Sonora y Yucatán.

Tú cuidas a Cueto  
Y él a los asesinos.  
No nos dejes caer en la  
Insubordinación  
Y líbranos de los soldados  
Amén.  
Chango Gustavo  
Que estás en Los Pinos.

\*\*\* Este poema proviene de *Memorial del movimiento estudiantil de 1968*,  
colección Lajas de papel.

## LA PUERTA ASTILLADA

Paco Ignacio Taibo II

El lunes estábamos en huelga. Iniciada en algunas escuelas del IPN, total y simultánea en el ala de humanidades de la Ciudad Universitaria tras enormes concentraciones, total en los hechos en las preparatorias del centro cercadas por la policía, la huelga iba corriendo poco a poco. Aquello comenzaba a parecerse demasiado a texto de Trostki para ser verdad:

*Parecía que la huelga hubiese querido tener unas cuantas experiencias al azar para abandonarlas pronto e irse. Pero no era sino una apariencia. En realidad la huelga iba a desplegarse en toda su amplitud (...) La huelga domina la situación y sintiéndose en terreno seguro anula todas las decisiones tomadas hasta entonces por espíritu de moderación (...) A medida que el número de huelguistas aumenta, su seguridad se hace mayor.*

Las escuelas se reunían en asambleas, decidían la huelga y organizaban marchas por el interior de la Universidad llevando la huelga a otras facultades. El argumento supremo era la busca de la unanimidad, si los otros lo hacían, ¿por qué nosotros no?: Ciencias en huelga, también Ingeniería en paro, Química se suma.

En Ciencias Políticas no esperamos por nadie. Ya llevábamos una semana de paro apoyando a los presos políticos. Ahí no se trataba de acompañar al movimiento, nos sentíamos el movimiento. Espectadores a la hora de la verdad, nos desconcertaba el que nuestra huelga dejara de ser solitaria. La función de la vanguardia es despeñarse en soledad en los abismos, ¿o no? La Escuela de Agricultura se sumaba al paro, los estudiantes normalistas lo secundaban. Continuaban las escaramuzas en el centro de la ciudad con choques contra los granaderos. Los rumores y las brigadas informativas que salían de CU buscando el contacto, hablaban de autobuses quemados, de guerras a pedradas, de policías heridos por navajas, de estudiantes salvajemente apaleados...

El martes, un poder alucinado por los límites de su arrogancia envió al Ejército sobre la Preparatoria número 1. Un bazukazo contra la puerta colonial, tiros, cientos de detenidos. En la azotea se refugió un grupo mientras los soldados entraban a la bayoneta por los patios de la escuela donde se encuentran los murales de Orozco, Revueltas, Siqueiros y Rivera. Se inauguraba una época en que todo revertía en simbolismos. El bazukazo. Habían volado la puerta histórica de la Prepa. La puerta. Luego las fotos iban a ir más allá del símbolo mostrando un charco de sangre entre las astillas.

Simultáneamente se iba creando un programa que incluía puntos salidos de la situación y al que se sumaban demandas del sector más radical: libertad a los presos políticos, desaparición de los granaderos, destitución de los jefes policíacos. En la Universidad comenzaba a sesionar un consejo de representantes de facultades en huelga. Estábamos poseídos de una nueva relojería estajanovista: los mimeógrafos no pa-

raban. Se asaltaban las reservas de papel de la imprenta universitaria y del departamento de servicios sociales; comenzaban a actuar brigadas de propaganda que hacían colectas en las calles y en autobuses. El movimiento nacía dándose las formas más avanzadas de organización aprendidas en los últimos meses.

La prensa mentía: la puerta de la Preparatoria había sido abierta por las bombas molotov de los propios estudiantes, no por un bazukazo; los muertos por apaleamiento no eran tales, lo eran por una torta de queso envenenada que habían consumido horas antes; las asambleas estaban dirigidas por un montón de provocadores... Nos importaba un huevo. Ellos eran ellos porque mentían, sus mentiras nos confirmaban. Nosotros sabíamos la verdad, la información corría de boca a boca como la respiración artificial. El testimonio se narraba y se renarraba, todo había sido visto por alguien, oído por alguien y contado por todos.

En las asambleas de la Universidad se oían algunas voces de los profes liberales, se escuchaba por primera vez la teoría de la provocación: Había que inmovilizarse, se trataba de una gigantesca provocación, el estado jugaba con nosotros. A la mierda, los muertos eran nuestros, a nosotros nos habían dado los palos. La provocación era llamar a la inmovilidad, viva la huelga. No nos importaba la "bella puerta colonial de San Ildefonso", nos importaba la sangre que se veía en las fotografías detrás de la puerta destrozada, la desaparición de los cuerpos. De cabeza ingresábamos al país real. Había casi mil detenidos. ¿Quiénes eran? Por un lado los miembros del PC que habían caído sin deberla ni temerla, por otros estudiantes anónimos, y desde luego no politizados, del Poli y

las preparatorias que habían soportado sobre las espaldas el primer choque. Los futuros cuadros del movimiento estaban intactos, y colocados en las tareas de organización de una ola que crecía y crecía.

Las escuelas más conservadoras se iban sumando al paro una tras otra, los grupos de porristas iban siendo derrotados y aislados, el priísmo desaparecía de las facultades borrado por una inmensa goma de borrar que todo lo arrasaba. Se pintaban las puertas de los salones, las bardas, las ventanas, los autobuses, los techos de las escuelas, para que la pinta pudiera verse desde los helicópteros policíacos.

Una alucinación. A pesar del bazukazo, reportaban las brigadas, en el centro de la ciudad continuaban los choques. Los protagonistas: los estudiantes más jóvenes de las vocas, las prepas, los otros, los que hace una semana no habían leído a Lenin, y que en medio de la vorágine se salvarían de leerlo. Los otros nosotros. Una brigada de militantes de izquierda de la facultad de Ciencias se vio de repente envuelta por un grupo de estudiantes de vocacional que habían aprendido a apedrear a los granaderos usando hondas y luego refugiarse en los patios de su escuela.

A esos enseñaron a hacer volantes y a organizar brigadas de propaganda. De ellos aprendieron que hasta los ladrillos hay que tirar por elevación y que las molotov tienen que tener la mecha cortita.

¿Qué estaba pasando? Para aquellos de nosotros que habíamos mamado la política en los libros, la realidad política se nos convertía en nueva escuela. Sólo sabíamos que había un movimiento, que había que defenderlo contra los que querían matarlo a golpes y bazukazos, que había que protegerlo

de los que querían ahogarlo en palabras, de los que querían frenarlo, detenerlo. Que había que hacerlo crecer, organizarlo, alimentarlo, llevarlo fuera de sí mismo.

El estado había aparecido en nuestras vidas con la cara del mal; el rostro de monito avieso del presidente de la República mil y un veces caricaturizado lo personificaba. Los granaderos arrastrando por el pelo a un estudiante ensangrentado que salieron en las fotos de “¿Por qué?” eran el enemigo directo. Esos tipos que mienten, esos tipos que reprimen, esos tipos que adulan, esos tipos que amenazan, ellos son el país real. Y entonces, nosotros, los nuevos nosotros, hechos de los muchos que habíamos sido, decidimos que por qué chingaos no, nosotros también éramos el país real.

\*\*\* Este texto proviene del libro 68, de Paco Ignacio Taibo II.  
Editorial Joaquín Mortiz.

## EL BRIGADISTA

Carlos Monsiváis

La boca seca. Toda esa gente escudriñándolo. Como que uno se marea con estos rostros a los lados. Nunca se había enfrentado a tantas caras desconocidas, claro que en la calle uno no conoce a nadie pero tampoco va viendo a ninguno. ¿Me explico? Y aquí, en este mercado, él se dispone a hablar, se invita al pueblo a la gran manifestación, les participamos democráticamente de la represión y de la intolerancia de las autoridades...

Uno no tiene otro remedio, hay que reconocer que nunca había visto antes a este tipo de gente, es como un pueblo desconocido al que de pronto le salen rostros por todas partes y no hay más remedio que irlos viendo uno por uno aunque no se les observe con detalle (no hay tiempo).

Casi al instante, todas esas miradas aprisionantes se convierten en una sola curiosidad, remota y próxima y al acecho. Oh, qué manera tan laberíntica de contar que este brigadista, en el mercado de Mixcoac, se va a subir al cajón a informarles a quienes lo miran y a quienes lo oyen —ojalá no sean los mismos porque serían demasiados— que ha llegado el momento de la justicia y de que el pueblo hará valer sus derechos constitucionales (él nunca sabe por qué pero esa palabra “constitucionales” le queda muy retirada, ni siquiera le parece demagógica de tan lejana pero es buena consigna,

aunque a él de la Constitución sólo le consta que la hicieron para violarla como en los chistes). Y ya le va a tocar el turno, ya volantearon y botearon y la gente dio dinero, eso sí, él se da cuenta de que a la mayoría les caen bien los estudiantes, uno que otro señor y una que otra señora se ponen pesados y les dicen que estudien y que no anden de alborotadores y que “yo-a-tu-edad” y pendejadas así y su voz se irrita como cascando la falta de buenos recuerdos, pero la consigna también es no aceptarles el enojo: sí señora, sí señor, ¿no quiere cooperar?, sí, tiene usted razón y nosotros tenemos razón... ¿para qué pelarlos? Pobres, si nuestra mejor venganza es su propio aspecto, tan tieso y momificado, ni hacerles caso, él nunca ha entendido a esa chava de la brigada de Ciencias que se pelea con los señores y las señoras que regañan y les dice que den razones y que no aconsejen, mejor argumenten, y se irrita y le gritan que el papel de la mujer es otro y ella termina mandándolos al carajo. A lo mejor tiene razón, qué tipos más estúpidos, como los de la manifestación del primero de agosto, la que encabezó el rector Barros Sierra, que desde sus balcones los regañaban y les gritaban güevones y comunistas, y se les contestaba en el mismo tono y luego los de la comisión de vigilancia localizaron a los regañadores y pidieron no contestar a las provocaciones aunque una buena andanada de mentadas de madre no hubiera estado nada mal.

Pero la bronca está ahora aquí, en el mercado, hay que aventarse un discurso y esa sí no es su onda, cuando se metió a la brigada advirtió que nada de hablar pero ni modo, de tripas corazón como el dicho y a alzar la voz y a no saber qué se está diciendo. Las palabras se le van, todo se le confunde, la ventaja es que no está concursando, sólo les dice compañe-

ros populares, el gobierno nos reprime y nos mata los estudiantes porque defendemos nuestros derechos y los derechos de los humildes. Ustedes compañeros tienen que apoyarnos porque su causa es la nuestra y los esperamos en la manifestación, pueblo de México, somos tus hijos y termina con la boca seca, confundido y ni siquiera le queda el recurso vanidoso de “¿qué tal estuve?” porque ya quedaron en eliminar esa pregunta. No se trata de estar bien en la onda individualista sino de cumplir con la brigada, salir todos los días, pararse a la puerta de los cines, subirse a los camiones, entrar a los restaurantes burgueses para echarles a perder la digestión a los cabrones, ir a las secundarias a informarles a los chavos que el gobierno reprime, vencer el miedo aguantándose el temblor de piernas. Él nunca había conocido así a la ciudad, tan vertiginosamente, nunca se había dado cuenta del alcance de la policía, ahora que han salido huyendo de tantas partes ha comprobado muchas cosas, cuál régimen de libertades. Muchas de las cosas que oye lo entusiasman o lo dejan sin saber ni qué onda.

Hay cuates muy locos, de plano, muy entrones como aquel zafado que se paró frente a una delegación de policía a hacer un mitin, él solo con su capa española politizando a los gendarmes y estos oyendo fascinados el discurso donde se les reconvenía por su infamante profesión y se les exhortaba a hacer uso de su derecho cívico al disenso apoyando al movimiento estudiantil. Dicen que algunos policías lo aplaudieron, el hecho es que no se le detuvo. Y él se baja del cajón y sale del mercado y quisiera recordar lo que dijo pero es imposible, sólo se acuerda de que se sintió muy emotivo y ahora hay que irse a CU a ver si hay asamblea o reuniones del

comité de lucha o volantes. Este pinche gobierno no se va a salir con la suya.

\*\*\* Este fragmento proviene del artículo "1968. Perfiles, claves, silencios, alteraciones", de la *Revista Nexos*.

## LA PRIMERA MARCHA AL ZÓCALO

Raúl Álvarez Garín

Cuando se cumplió el plazo de 72 horas, con el silencio como respuesta del gobierno, y con la huelga nacional indefinida sólidamente establecida, se volvió imperioso llevar la protesta de los estudiantes hasta el centro simbólico de la vida nacional. Así convocó el naciente Consejo Nacional de Huelga a la primera manifestación al Zócalo para el martes 13 de agosto, en el Casco de Santo Tomás como punto de reunión para iniciar la marcha. Con esta iniciativa de nuevo se replanteó el problema del brutal autoritarismo prevaleciente. Desde que se hicieron públicas nuestras intenciones de marchar al Zócalo tomó fuerza la intención malsana de saber si íbamos a solicitar permiso para realizar la manifestación.

La incipiente autoridad del CNH era sometida a prueba por los periodistas con un asunto en apariencia de simple trámite: pero era evidente que el acto de pedir permiso para realizar la marcha significaría el sometimiento del Movimiento a ésa y cualquier otra condición caprichosa que quisiera imponer el gobierno. Nos negamos a ello y argumentamos nuestra disposición a proceder amparados exclusivamente en los derechos otorgados por la Constitución y negamos cualquier validez a ordenamientos administrativos de bandos de policía violatorios y contrarios a las leyes generales del país. Pero

además del argumento legal era necesario mostrar decisión y consecuencia para sostener el desafío. El CNH declaró que no solicitaría permiso y ante los rumores de que no sería permitida la manifestación advirtió que no se pretendiera detener la marcha porque de todas maneras los estudiantes saldríamos a la calle, a pesar del despliegue de las fuerzas armadas.

En los días previos al 13 de agosto, el esfuerzo político de los profesores solidarios con el movimiento logró un resultado trascendente. Después de dos o tres reuniones de coordinación convocadas por los profesores de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del IPN y ante el influjo de la incipiente pero impresionante y arrolladora organización estudiantil, se formó la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior pro Libertades Democráticas, y desde entonces los esfuerzos conjuntos de ambos sectores se dieron de manera más organizada. La Coalición de Maestros jugó un papel de primera importancia como aval político del movimiento, pues el pueblo y los padres de familia valoraban altamente las opiniones favorables de los maestros respecto a las decisiones de los jóvenes.

Pero no sólo eso, los profesores de la Coalición solicitaron encabezar las manifestaciones para brindar con su prestigio y su autoridad una protección simbólica a los jóvenes que se arriesgaban a desafiar al gobierno. Desde entonces los profesores siempre marcharon en las primeras filas de las manifestaciones arriesgando sus vidas para defender a los estudiantes, y los lazos de solidaridad y respeto que así se forjaron se hicieron memorables. La primera manifestación estudiantil al Zócalo fue impresionante y en ella participaron los primeros contingentes solidarios de trabajadores.

Los más destacados desde el primer momento fueron los petroleros, tanto los del Instituto Mexicano del Petróleo, como los trabajadores de la Refinería 18 de Marzo, que desfilaron con sus estandartes sindicales. También participaron vecinos de Tlatelolco y grupos diversos de padres de familia. Pero lo más sorprendente fue la interminable sucesión de contingentes bien identificados con sus mantas y pancartas de todas las escuelas en huelga. Se hicieron presentes las normales, las universidades privadas, la escuela de periodismo Carlos Septién, numerosas secundarias, contingentes de provincia y otros muchos colectivos.

En prevención de problemas represivos para esa primera salida al Zócalo, desplegamos una campaña de volantes centrada en la idea de que “una manifestación sin policía, es una manifestación pacífica”, lo que también reforzaba la denuncia del origen oficial de la violencia. Y en los discursos del 13 de agosto se reiteró con detalles y se explicó el sentido de la demanda de libertad a los presos políticos porque éste era el punto más difícil de sostener en caso de que se pretendiera dividir el movimiento con el pretexto de sus demandas. Los discursos en el Zócalo, y en todas las ocasiones importantes, siempre fueron escritos y con temas predeterminados para dar seriedad a las palabras y sus intenciones, y respetar así la línea de dirección colectiva del CNH. Eso garantizaba que los discursos tuvieran contenido político, dieran directrices e información para aclarar problemas concretos, e incluso que se dieran tareas. Por desgracia sólo se conservan algunas grabaciones parciales de esos discursos.

El apoyo popular también fue inmediato y de dimensiones insospechadas. Para dar una idea diremos que en esa

época los desplegados en los periódicos costaban tres mil pesos, y en cuanto pudimos organizamos las colectas y los boques masivos.

Después de la manifestación del día 13, recogíamos las monedas en carretillas, y fácilmente juntamos los más de 17 mil pesos necesarios para comprar los más potentes equipos de sonido del mercado, con amplificadores, plantas de energía, torres, cornetas y todo lo necesario. Después los compañeros de la ESIME habilitaron un camión con todos los equipos instalados a bordo.

### **La construcción del pliego petitorio / Los debates de esos días**

Un registro somero de los temas de debate en los primeros días de agosto incluye las diversas hipótesis del origen del movimiento y las implicaciones de la violación a la autonomía universitaria. Poco después y con las acciones independientes de los estudiantes abrimos otros temas de debate nacional que pronto se generalizaron: el contenido del pliego petitorio, la existencia o no de muertos y heridos por la acción de la policía y la demanda de diálogo público como método para resolver el conflicto. Y es que después de las primeras muestras contundentes de organización y eficacia del Consejo Nacional de Huelga, las conferencias de prensa y las declaraciones de los voceros del movimiento empezaron a ser registradas con atención y en esos espacios se adelantaron nuevas propuestas. El problema del pliego era una preocupación fundamental por sus enormes dificultades: no podía quedarse corto ante el enorme descontento que se registraba,

pero tampoco podía incluir demandas inmaduras. También debía cuidarse el sentido y el número de las demandas.

En el Politécnico se había vivido la experiencia de la represión a la huelga de 1956, directamente asociada al problema de un pliego petitorio que contenía 112 demandas que se resolvieron favorablemente, excepto las cuatro o cinco demandas importantes. Frente a la opinión pública se dijo que se trataba de un movimiento artificial, que a pesar de que se resolvían sus numerosas demandas planteaba nuevas reclamaciones. Esto no era cierto, pero el pliego excesivamente amplio y no diferenciado, permitió ese manejo de la prensa, y entre otros infundios así se justificó la represión.

En 68 privó la idea de simplificar las demandas, lo que estaba muy presente en el ánimo de los compañeros con más experiencia. Finalmente, se difundió el pliego, que en realidad expresaba una sola demanda, el cese a la represión, desglosada en seis puntos específicos. Éste fue el criterio para hacer un cuerpo coherente de demandas que no pudiera ser desagregado. En el desplegado del 4 de agosto se dice que: "Estos últimos acontecimientos han demostrado que el estudiantado está presente y dispuesto a no permitir que en el país prospere un clima de represión y de violencia".

Los estudiantes exigimos a las autoridades correspondientes la solución inmediata de los siguientes puntos: 1. Libertad a los presos políticos. 2. Destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola, así como también del teniente coronel Armando Frías. 3. Extinción del Cuerpo de Granaderos, "instrumento directo en la represión" y no creación de cuerpos semejantes. 4. Derogación del artículo 145 y 145 bis del Código Penal Federal (delito de Disolución Social),

“instrumentos jurídicos de la agresión”. 5. Indemnización de las familias de los muertos y a los heridos que fueron “víctimas de la agresión” desde el viernes 26 de julio en adelante. 6. Deslindamiento de responsabilidades de los “actos de represión y vandalismo” por parte de las autoridades a través de la policía, granaderos y ejército. Comisión Organizadora de la Manifestación del 5 de agosto de 1968.

Es fácil advertir que el pliego petitorio en su forma se presentaba como seis puntos en apariencia independientes, pero es evidente que en la argumentación y en el fondo se trataba de una sola demanda política: el cese de la represión y el desmantelamiento completo del aparato con el que se ejercía. De esta manera, repetíamos la experiencia de otros momentos de lucha centrando las demandas en un solo punto que no dejara lugar a dudas respecto a los resultados del movimiento. Otra característica que debemos explicar es que en el pliego petitorio decidimos no incorporar el tema de la violación de la autonomía universitaria, a pesar de que esta circunstancia podía parecer como uno de los puntos que mayor apoyo podía concitar. La razón de esto es que la autonomía era una cuestión ganada que en todo caso debía hacerse respetar y que por lo demás estaba incluida implícitamente en el espíritu de los seis puntos enarbolados.

En el discurso político por fuera del pliego petitorio tampoco incluimos y ni siquiera comentamos cuestiones como la propuesta gubernamental de otorgar el voto a los jóvenes de 18 años, que el gobierno había lanzado en los meses previos de mayo y junio y que según los “analistas” debía considerarse como un gran avance político, pero que en la época, sin partidos de oposición importantes y con el peso

abrumador del priísmo, parecía irrelevante. En cambio, la seriedad y decisión con que se recibió y se adoptó la idea de sólo proceder ante el gobierno mediante un diálogo público, se explica porque ésa era la única garantía aceptable para todos los participantes respecto a la honestidad y consecuencia de la dirección.

Con la exigencia de diálogo público sostenida con toda congruencia por el CNH y después por todos los estudiantes, se acotaron y se restringieron las sospechas gratuitas respecto a posibles “intenciones inconfesables” de los líderes. Como en el mundo de la política mexicana las experiencias previas abundaban en ejemplos de movimientos traicionados y literalmente vendidos por dirigentes inescrupulosos, la necesidad de cuidar un Movimiento de dimensiones gigantescas como el del 68 era imperiosa y exigía una honradez rigurosa. Sin embargo, los detalles concretos y las soluciones posibles para hacer realidad el diálogo público nunca lograron avanzar suficientemente.

De cualquier manera, como veremos, la exigencia del diálogo público se transformó en una verdadera pesadilla para el gobierno, porque más allá de las razones muy directas e inmediatas que la masa requería como garantía de honestidad de sus líderes, las implicaciones políticas de mayor trascendencia que conllevaba el planteamiento, rápidamente empezó a hacer sentir sus efectos. Después de la primera manifestación del 13 de agosto al Zócalo, el Movimiento recibió un apoyo extraordinario con la resolución del Consejo Universitario de la UNAM de fecha 15 de agosto solidarizándose plenamente con el pliego petitorio del CNH.

...El Consejo Universitario manifiesta su apoyo a las siguientes demandas que han planteado amplios sectores, organismos, comités y coaliciones de la comunidad universitaria y de otros centros de educación superior, sin que por esto se constituya en intermediario o gestor ni trate de suplantar a ninguno de aquéllos:

1. El respeto a las garantías individuales y sociales que consagra la Constitución de la República, sin el cual se quebranta el sistema jurídico que ha otorgado soberanamente el pueblo mexicano.

2. La libertad de los estudiantes presos y la indemnización en favor de las víctimas de los recientes acontecimientos.

3. La determinación de las responsabilidades de las autoridades involucradas en los hechos mencionados y la aplicación de las sanciones correspondientes.

4. La sujeción de las funciones de las fuerzas públicas a los lineamientos de la Constitución Federal, la supresión de los cuerpos policiacos represivos y la derogación de los artículos relativos al llamado delito de "disolución social".

5. La libertad de los ciudadanos presos por motivos políticos o ideológicos.

### **Prensa vendida**

Para la segunda quincena de agosto, en sólo dos semanas, el movimiento había dado un salto espectacular. En esos días se extendió con éxito arrollador el espíritu audaz del movimiento y numerosas iniciativas políticas que en otros momentos hubieran parecido imposibles se hicieron realidad. La primera batalla política de grandes dimensiones fue hacer llegar al

pueblo la verdad del movimiento que de ninguna manera se expresaba en la prensa. Según el gobierno y los periódicos, la inquietud y la violencia eran producto de agitadores profesionales y comunistas. Para combatir ese infundio desarrollamos una extensa y profunda campaña de información con la impresión de millones de volantes. Los mensajes eran breves y sencillos: “Los únicos agitadores son la miseria y la represión”, “Una manifestación sin policías es una manifestación pacífica”, y otros por el estilo. En asambleas de padres de familia y mediante pequeñas brigadas que recorrían la ciudad explicando los hechos, se hizo llegar el mensaje de los estudiantes a todo el pueblo.

En esos días se generalizaron las “brigadas” y se integraron varios centros coordinadores, en la Ciudad Universitaria, en Economía del Politécnico, en Física y Matemáticas en Zacatenco, y diversas escuelas en otras áreas de la ciudad, como la Vocacional 7 en Tlatelolco. La Escuela Nacional de Artes Plásticas; la prestigiada Academia de San Carlos —que desde los primeros días se había incorporado al movimiento de huelga—, organizó la producción artística de miles de grabados, mantas, pancartas y pegas de diversos tipos para habilitar a los brigadistas. La tónica general de la campaña de información verídica realizada por las brigadas, estaba acompañada con la denuncia y el reclamo por la desvergüenza de los periódicos: “Prensa vendida, prensa vendida”, era un grito espontáneo cuando las manifestaciones pasaban frente a los edificios de los periódicos o incluso cuando se percibían periodistas en nuestros actos.

En una de las marchas se organizó una “quemada” de periódicos frente a *Excélsior* para simbolizar el desprecio de

los estudiantes por las mentiras que difundían. Con la fuerza y la extensión del movimiento, la prensa empezó a cambiar paulatinamente, sobre todo el trabajo de los reporteros. En las escuelas aparecieron periodistas encargados de “cubrir” los hechos que se fueron identificando poco a poco, algunos más y otros menos, con los reclamos estudiantiles. Antonio Ortega y Jaime Reyes Estrada de *Excélsior*, José Reveles y Rodolfo Rojas Zea de *El Día*, entre otros, iniciaron estos trabajos. El más decidido de todos fue Jaime Reyes Estrada, y sus notas en la edición de Últimas Noticias de *Excélsior* jugaron un papel de primera importancia, ya que él no sólo empezó a dar un seguimiento detallado del movimiento sino que captó la lógica desafiante y de firmeza de los estudiantes y la plasmó con maestría. Los titulares de Últimas Noticias daban cuenta de las acciones del CNH en términos sobresalientes y con simpatía: “El CNH enviará cuatrocientas brigadas”.

### **Las brigadas**

Las brigadas estudiantiles se generalizaron y los trabajos de información, apoyo solidario y organización popular se fueron consolidando. Literalmente cientos de brigadas actuaron de la manera más original y efectiva para informar al pueblo. Las funciones de cine se interrumpían para hacer mítines. A la salida de los centros de trabajo, en los camiones, en los mercados, en los restaurantes, en todas partes en donde se juntaran unas cuantas personas, era un buen lugar para el trabajo de explicación política de una brigada. En las afueras de las escuelas había brigadas que se encargaban de pintar los camiones de pasajeros con mensajes políticos y consignas.

Las paredes de las escuelas, las bardas y después hasta las azoteas (cuando se implantó la vigilancia aérea),

se utilizaron para escribir mensajes políticos. En septiembre, después de la invasión de CU y la persecución consiguiente, se utilizaron perros y gatos como portadores de pintas con mensajes políticos. En el Politécnico, primero se concentraron casi todos los mimeógrafos en un centro único de producción coordinado por Jorge Gómez, de la ESIME. Después se utilizó la imprenta del Instituto y todas las máquinas se dispusieron para la producción de propaganda, y las ediciones mejoraron en calidad y se elevaron a cientos de miles de volantes.

En la UNAM no se tomó la imprenta, pero los compañeros lograron que ahí se editara la Gaceta del movimiento, que publicó ocho números. Los trabajos de las brigadas fueron una experiencia formidable para miles de estudiantes que se vieron impelidos a interactuar y discutir con personas de diversas ideas y sectores sociales. La explicación constante de las razones y causas del descontento estudiantil constituyó una escuela política de aprendizaje acelerado. En muy poco tiempo los mismos jóvenes que unos meses antes se hubieran declarado "apolíticos" a la usanza de la época, ahora habían ordenado sus propias vivencias y experiencias directas y explicaban al pueblo las causas y la necesidad de la lucha. Y como todas estas actividades se realizaban en la vía pública, en condiciones de persecución y con el riesgo permanente de que la policía interviniera para disolver el acto y detener a "los agitadores", las brigadas adquirirían experiencia de lucha y concentraban la disposición combativa del movimiento, lo que después se expresaba en las asambleas y las manifestaciones.

(Los dirigentes de la coordinadora de brigadas de Ciudad Universitaria pertenecían a algunas corrientes doctrinarias radicales y pretendieron contraponer el trabajo de

las brigadas a la dirección del CNH. El intento más enérgico que realizaron en ese sentido fue la campaña en contra del telefonazo, como se dio en llamar el propósito frustrado de iniciar pláticas por medio de la Secretaría de Gobernación a finales de agosto. La ocupación de CU el 18 de septiembre y la carencia de medios propios de articulación de los grupos radicalizados dificultó hasta desaparecer la pretensión de que la “coordinadora de brigadas” se constituyera en dirección alternativa del movimiento. Posteriormente en algunos documentos de balance y análisis se ha insistido en esa contraposición ficticia en su mayor parte entre “brigadistas” y dirección del CNH.)

A mediados de agosto fueron detenidos y consignados un grupo de brigadistas de la Facultad de Ciencias entre los que se encontraban Salvador Martínez della Rocca (mejor conocido como El Pino), Víctor Raggi, Camarillo, Luis Quezada y otros compañeros injustamente acusados de robo de uso. Al Pino se le mantuvo en prisión como castigo ejemplarizante por más de dos años y medio.

### **El encuentro con los diputados**

La propuesta del diálogo público la hizo Sócrates Amado Campos Lemus en una conferencia de prensa celebrada en la Vocacional 7, el 12 de agosto. Días después y cuando empezó a tomar fuerza la discusión en torno al pliego petitorio y el alcance de la represión de la policía, fue madurando la idea de realizar un primer debate público con los representantes del gobierno. De cualquier manera y sin mayores preparativos simplemente se citó a los diputados, como “representantes populares”, para realizar un primer diálogo público en la explanada de la Rectoría el martes 20 de agosto.

Nadie sabía lo que podría ocurrir, y nadie se preocupó de formalizar mayormente el citatorio. Tampoco había por qué hacerlo. El repudio y la indignación generalizada por las acciones represivas del gobierno hacían impropia cualquier cortesía, era suficiente con hacer pública la intención de debatir con los diputados, si ellos accedían a presentarse en CU para tal efecto. La expectación por el acto fue importante, pero los diputados no se presentaron para el debate y más de veinte mil estudiantes esperaron en vano durante algunas horas. Para colmo explicaron su ausencia diciendo que eso no era un diálogo, que se trataba de una trampa para ridiculizarlos, y así lograron que fueran considerados ridículos y cobardes que no se atrevían a discutir de frente con los estudiantes. En contraste con los priístas, sólo se presentó Diego Fernández de Cevallos, que en esa época era diputado suplente por el PAN y pronunció un breve discurso a favor de la democracia y de apoyo a los estudiantes. Después del frustrado diálogo con los diputados en la Ciudad Universitaria, se presentaron dos iniciativas del gobierno para iniciar pláticas con el CNH. Una se dio por la vía del DDF y otra por la Secretaría de Gobernación.

El general Corona del Rosal anunció su disposición a entablar pláticas con los estudiantes, pero pretendió hacerlo reviviendo el cadáver de la FNET y reconociendo a sus personajes como interlocutores del Movimiento. La insensibilidad y tontería del general Corona logró que su iniciativa naciera muerta y no se le hiciera el menor caso. La Secretaría de Gobernación por su parte publicó un anuncio en la prensa diciendo que nos comunicáramos “por teléfono” (sic) para establecer los primeros contactos. Esto desató un agrio debate en el Con-

sejo, y la discusión tomó dos cursos por demás incorrectos: por un lado, se desató una campaña mediante carteles y pintas, en las escuelas del ala de Humanidades de la UNAM, en contra del “telefonazo” bajo el supuesto de que el simple hecho de responder al llamado tendría implicaciones negativas y, por otro lado, cuando la discusión en el Consejo alcanzó un cierto nivel de detalle, algunos delegados utilizaron paladinamente un argumento deleznable: “no estamos preparados para el diálogo”. Por fortuna, esto no se conoció por fuera del CNH, porque hubiera sido desastroso. De cualquier manera no respondimos el “telefonazo” y cuando llegamos al mitin de la manifestación del 27 de agosto nos sentimos obligados a decir algo al respecto, como veremos más adelante.

### **La toma de los camiones del IPN**

La actividad desarrollada por los estudiantes en la última quincena de agosto era cada día más intensa. Se puede decir que todas las escuelas competían en decisión y en audacia en el trabajo de sus brigadas, y que las asambleas impacientes reclamaban más y más acciones de extensión y profundización del movimiento. En ese clima se empezó a difundir la idea de que había que tomar la Rectoría de la UNAM y Dirección del IPN.

En esa época no teníamos muy claro los argumentos de por qué no había que hacerlo, pero intuitivamente nos dábamos cuenta de que eso era innecesario y que podría ser un error. Un grupo importante de compañeros del Consejo nos oponíamos a tales medidas. Pero la campaña en contra del “telefonazo” y las murmuraciones calumniosas de algunos delegados del CNH que esparcían rumores de que nos oponíamos a tomar las direcciones porque “ahí estaban las

pruebas y las copias de los cheques” con que nos pagaban las autoridades, nos presionaban a tomar decisiones que dieran cauce a la combatividad de los estudiantes y que dieran pruebas incontrovertibles de firmeza. En ese ambiente nos dimos cuenta del enorme interés que había por encontrar los camiones del IPN que se mantenían escondidos para evitar que los estudiantes los usáramos. Una brigada de investigación a cargo de Jesús Simental, en unas pocas horas de trabajo sistemático, localizó los autobuses escondidos en un enorme predio de la colonia Santa María la Ribera, atrás de trailers y camiones de carga que los ocultaban a la vista de los transeúntes.

Organizamos con los compañeros de la ESIME todas las medidas necesarias para encender en directo los motores y se seleccionan jóvenes choferes para conducir los autobuses que serían rescatados. En la tarde del día 22 salieron seis autobuses urbanos desde Zacatenco, llenos de estudiantes en absoluto silencio para no llamar la atención de la policía en una maniobra que podría tomar cierto tiempo. En el predio todo se hizo rápido, con orden y disciplina, quizá lo más impresionante era el silencio y la coordinación con que todos actuábamos.

Los trailers y camiones fueron empujados a pulso para abrir el camino, y uno a uno de los 34 camiones del Politécnico fueron recuperados y llevados a nuestras escuelas. Desde el día siguiente, las brigadas del IPN se reforzaron y se trasladaban orgullosas en sus propios vehículos. Un día después realizamos otra acción semejante: los líderes de la FNET, que estaban totalmente rebasados y desconocidos desde los primeros días del movimiento, conservaban las oficinas de Federación en el Casco y desde ahí se dedicaban a amenazar

de muerte a los compañeros de las guardias de las escuelas en huelga. Los porros y pandilleros de la FNET se mantenían esperando que el movimiento decayera para volver a las andadas. Se decidió desalojarlos y dismantelar sus oficinas.

De manera semejante a como se recuperaron los camiones, se organizaron más de seiscientos estudiantes para tomar por asalto los locales de la FNET, porque esperábamos encontrar resistencia. Lo cierto es que los “fenetos” o fueron avisados o se escurrieron de inmediato, pero cuando llegamos no encontramos a nadie. Recogimos todo lo que había en las oficinas y las dejamos vacías. También debe darse cuenta de una acción temeraria e irreflexiva del Consejo. En la noche de uno de esos días de finales de agosto, alguien propuso realizar de inmediato un mitin en la cárcel de Lecumberri para enfatizar el reclamo de libertad y para que los compañeros presos recibieran nuestro mensaje solidario.

Nadie se fijó en la hora, ni en mayores detalles. Cerca de la medianoche se realizó el mitin ante la alarma generalizada de los guardias que se parapetaron —después supimos— esperando el asalto del penal y la liberación de los presos por la fuerza. Desde el momento en que se estabilizaron las huelgas y empezó a fluir de manera natural la mecánica de asambleas, brigadas y movilizaciones, también se generó y se intensificó muy rápidamente una rica y variada actividad cultural en los auditorios e instalaciones de las escuelas. Festivales artísticos, conciertos y audiciones, cine, conferencias, mítines de participación libre y tribunas de denuncia, fueron actividades diarias que sólo se suspendieron con la ocupación militar de las escuelas en la última decena de septiembre.

## **La manifestación del 27**

En ese ambiente de audacia, crecimiento, profundización y consolidación del movimiento, realizamos la segunda manifestación al Zócalo el martes 27 de agosto. La participación fue apoteósica. Miles y miles de estudiantes y contingentes populares avanzaron desde el Museo de Antropología en Chapultepec, y los ríos de participantes estuvieron llegando al Zócalo durante cuatro horas seguidas.

Numerosos detalles de la manifestación habían sido cuidadosamente planeados. Para guardar el orden frente a la Embajada de Estados Unidos hicieron valla varios cientos de estudiantes de Medicina con sus batas blancas. Sólo las primeras “cadenas” de la manifestación se extendían por más de quinientos metros, antes de que apareciera la descubierta del Consejo. Los contingentes de la Coalición de profesores ahora se habían multiplicado varias veces. La manifestación portaba enormes efigies de los héroes de la patria y en los camiones del IPN ondeaban banderas nacionales.

Las mantas, consignas y estribillos de la manifestación estaban principalmente centrados en el tema de la represión, tratada de todas las maneras imaginables: desde los reclamos más airados y dolidos, hasta los sarcasmos y burlas despiadadas en contra de Díaz Ordaz y sus funcionarios: “Sal al balcón, pinche hocicón”. “¿Cuántos más de nuestros hijos serán asesinados?” Pero toda la fuerza e importancia de esa grandiosa manifestación, aunque se ha preservado de muchas maneras en la memoria colectiva, no fue registrada de esa manera en las noticias de los periódicos del día siguiente, porque cometimos varios errores que utilizó el gobierno para revertir los hechos.

Como no habíamos dado respuesta al “telefonazo” ofrecido por la Secretaría de Gobernación, nos sentíamos obligados a decir algo y durante el desarrollo del mitin, en uno de los discursos el orador, Barrón de la ESL mencionó una “propuesta” para realizar el diálogo público “en el Palacio de Bellas Artes”, pero la multitud reaccionó con muestras evidentes de rechazo. El orador se paralizó desconcertado, y Sócrates le recogió el micrófono y se hizo cargo del incidente: ¿Dónde?, preguntó Sócrates y la gente respondió que “en el Zócalo”. ¿Cuándo?, “el primero de septiembre”, ¿a qué hora?, volvió a preguntar Sócrates..., “a las 10 de la mañana”, respondió la masa entusiasmada... y aunque todos nos dábamos cuenta de lo impropio de la audacia, lo cierto es que tampoco se podía corregir ahí mismo el desague, o en todo caso nadie tuvo el coraje para hacerlo.

Sin embargo, el error político más costoso fue dejar en el Zócalo una guardia de más de tres mil estudiantes en espera del diálogo público. Esa medida de presión la habíamos convenido previamente y la gente iba preparada para el caso con cobijas y utensilios de cocina. Por eso después de terminado el mitin y mientras se instalaba el campamento e iniciaba la guardia, el ambiente era de fiesta, y los estudiantes organizaron bailes y rondas mientras pasaba la noche. Pero al filo de las 12 de la noche aparecieron los soldados y las tanquetas, y anunciaron con magnavoces su intención de desalojar el Zócalo. Como los estudiantes empezaron a retirarse lentamente y con reticencia, una tanqueta embistió un autobús del IPN para urgirlo a moverse más de prisa.

Por último los grupos de estudiantes que se retiraban a pie cantando el Himno Nacional por las calles de Madero y

5 de Mayo fueron perseguidos y agredidos a golpes. Al día siguiente los periódicos resaltaron como noticia principal el desalojo de la guardia y dejaron en un plano muy secundario las dimensiones y el contenido de la manifestación. Pero no sólo eso, el gobierno pasó a la ofensiva y ahora también pretendía utilizar en contra de los estudiantes los sentimientos religiosos y patrióticos. Según ellos se había agraviado el altar de la Patria, al izar una bandera de huelga en el asta central de la plaza, y se había profanado la iglesia al hacer repicar las campanas de la Catedral. Todos los medios reaccionaron al dictado del gobierno y se hicieron eco de la falsa indignación por los “desmanes” de los estudiantes. Ese mismo día, el 28 de agosto, el gobierno creyó que podría retomar la ofensiva política y organizó un ridículo acto de desagravio a la bandera en la que llevaron obligados a los empleados públicos.

Los burócratas sorpresivamente reaccionaron revelando públicamente el hecho de que estaban siendo obligados a concurrir al acto, y gritando “Somos borregos de Díaz Ordaz, somos borregos de Díaz Ordaz”, con lo cual no sólo se vino abajo la supuesta espontaneidad del acto patriotero, sino que además, como las protestas eran incontrolables, los gobernantes recurrieron a la tropa para disolverlo y así se exhibieron como unos perfectos canallas que reprimían hasta a su propia gente. Con esa misma lógica montaron falsos actos populares de supuesto desagravio con actores de renombre. Todavía organizaron un festival en El Toreo el 3 de septiembre: ahí esperaban “contraponer” a los “verdaderos” jóvenes con los antipatriotas, pero nadie acudió a su llamado.

El espectáculo fue un desierto. El día 29 de nuevo hubo refriegas en el Centro, porque el Ejército y la policía actuaban

para disolver cualquier manifestación de descontento; y el día 30 se vivió una verdadera situación de alarma, porque corrió el rumor de que los petroleros de la Refinería de Azcapotzalco habían decidido cortar el suministro de gasolina en apoyo a los estudiantes: las colas de vehículos en las gasolineras se hicieron gigantescas y se mantuvieron hasta secar los tanques y hasta altas horas de la noche. Lo cierto fue que en la Refinería se había producido un incidente entre un numeroso grupo de jóvenes que incluía a petroleros y brigadas estudiantiles que los apoyaban y que se enfrentaban con elementos del Ejército que pretendían impedirles que se manifestaran con los estandartes del sindicato.

\*\*\* Este texto proviene del libro *La Estela De Tlatelolco*, Editorial Grijalbo.

## 28 DE AGOSTO: LA CEREMONIA DEL DESAGRAVIO

Carlos Monsiváis

En el Zócalo tiene lugar la ceremonia de desagravio a la Bandera Nacional, organizada por el Departamento Central. En el asta bandera resplandece, nuevecita, la bandera rojinegra arriada la noche anterior. Los empleados de Limpia y Transportes del D.F. integran vallas amenazantes.

El maestro de ceremonias presenta a un “joven humilde”, Gonzalo Cruz Paredes, que es elocuente: “Venimos a realizar un acto de reafirmación de nuestra calidad de mexicanos, al izar la bandera de México que es la única enseña y el máspreciado emblema de nuestra historia”. (Luego resulta que Gonzalo Cruz ni se llama así, ni es obrero.)

Lo que sigue a la elocuencia es inesperado. Llegan por un costado del Zócalo grupos incitados por la espontaneidad del acarreo. Son burócratas de la Secretaría de Hacienda y de la SEP, y hacen uso de sus facultades corales: “¡Somos borregos! ¡Nos llevan! ¡Bee-bee! ¡Somos borregos!”

Los encargados de la adhesión intentan callar en vano a los burócratas. Los estudiantes, infiltrados entre las huestes oficiales al amparo de su aspecto nativo, reinician el mitin. Por dificultades técnicas la Bandera Nacional ha quedado a media asta, y los estudiantes exigen dejarla así, en señal de duelo por la intervención del Ejército. Con macanas y escudos, los

granaderos embisten aislando el asta bandera. En el Zócalo los estudiantes se dividen en pequeños grupos y atraen gente para sus alegatos en seis o siete lugares, reiterando sus razones. Los encargados del orden consideran oportuno castigar al trapo rojinegro y le prenden fuego.

Un grupo salva los restos del naufragio de la bandera, y los defiende de la extinción con sus camisas. Y se organiza otra manifestación en ese velódromo de consignas y apaciguamientos violentos en que se ha convertido el Zócalo.

Los marchistas pasan frente a Palacio cantando el Himno Nacional, y castigan y aprecian verbalmente a los granaderos, en un instante “¡Asesinos!” y en otro “¡Hermanos!” Los burócratas gritan: “¡Para eso nos traen, somos sus borregos!” Cerca de las dos de la tarde, desde los magnavoces se da por concluida la Ceremonia del Desagravio y se les recuerda a los asistentes, con otras palabras, cuánto urge su presencia en otras partes. Minutos después, un ballet de la represión y sus toreros raudos.

Los carros tanque se lanzan contra la muchedumbre. Hay ganas de burlar las maquinarias, y hay juegos de velocidad, gente en el suelo que se levanta con presteza de *science-fiction* y solemne inconsciencia ante el peligro. El juego se extingue en un segundo. Como en película medieval, la feria se termina al abrirse la puerta de Palacio y aparecer columnas de soldados a bayoneta calada. Desde ventanas y azoteas se precipitan botellas, macetas y objetos varios contra los soldados. Los estudiantes se niegan a partir, y parece repetirse la terquedad de la noche del 26 de julio. Aquí se localiza la constante del movimiento, inverosímil y eléctrica, la combustión del instante traducida al idioma del vértigo y la fijeza, no nos vamos

a dejar porque nuestra causa es justa, nuestra causa es justa porque no nos vamos a dejar. En el Zócalo los soldados disparan a la parte alta de los edificios y las balas rebotan al Hotel Majestic.

Hay miedo, alaridos, alarmas, los estudiantes se repliegan, otro tiroteo fugaz. Al fin, a las tres y media de la tarde, el Zócalo queda a la disposición de la calma a como dé lugar. Se informa de docenas de lesionados. En 1968: *Los archivos de la violencia*, Sergio Aguayo cita otros reportes de ese día de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (IPS): 18:30. En las esquinas de Correo Mayor y Corregidora, un grupo de dos mil estudiantes y gente del pueblo está atacando a los soldados con piedras, botellas, jitomates y cualquier cosa que encuentran a su mano y a la vez gritan: “Muera el Ejército”, “Muera el mal gobierno”, “¡No te escondas perro rabioso!” 20:50.

Los estudiantes que se encuentran por la Merced, apoyados por los vagos de la misma, lanzaron proyectiles a la policía haciendo que se replegara hasta Corregidora y Roldán. Al pasar la policía frente al edificio que está junto al centro nocturno Clave Azul, de las azoteas le lanzaron piedras, tabiques, cascacos de refresco y botellas con ácido, por lo que la policía tuvo que correr en distintas direcciones, presentándose posteriormente el coronel Frías, quien ordenó que fueran lanzadas dos bombas lacrimógenas. El 28 de agosto es una fecha de enorme significación.

\*\*\* Este texto proviene del libro *Parte de Guerra. Tlatelolco 1968*, Editorial Aguilar.

## YA VIENEN POR MÍ

Luis Tomás Cabeza de Vaca

En 68 estábamos muy mal preparados políticamente. Algunos compañeros teníamos muchos pantalones, mucho corazón, pero a veces nos fallaba la cabeza y la preparación. Creíamos que la lucha política era más simple y que bastaba ver de qué cuero salían más correas para saber quién tenía la razón. Y esa posición mía, era la de muchos. No la de El Búho, ni la de Herberto Castillo, Guevara Niebla o Raúl Álvarez, porque ellos ya habían pertenecido a las Juventudes Comunistas, tenían preparación, al igual que Marcelino Perelló.

Hasta qué punto no llegaría nuestra ignorancia que cuando sentíamos que se nos cerraba la encrucijada, recurríamos al *¿Qué hacer?* de Lenin. Aunque los burócratas sí nos apoyaban, muchos nos quejábamos de que los obreros no participaran. Hoy lo entendemos. No había un partido político, de clase, ni teníamos un plan para cambiar las estructuras. Había un plan democratoide por todos conocido que no afectaba al Estado ni económica, ni política, ni socialmente. Lo único que podíamos afectar era la posición de autoridad del gobierno.

Aunque algunos compañeros han escrito sobre el 68, está claro que no se ha estudiado el movimiento a fondo. No se han visto sus causas lógicas desde un punto de vista políti-

co, económico, antropológico. No se ha seguido la secuencia del movimiento en provincia. Se ha quedado en la anécdota, en la cronología, pero falta análisis. Para el 2 de octubre yo ya estaba preso. Cuando el Ejército entró a CU de inmediato comenzaron a detener estudiantes. Yo estaba en Filosofía y Letras, vi venir a unos soldados y escapé metiéndome al sótano. Escondido en la oscuridad, me refugié atrás de un pilar. Veía cómo bajaban las botas de los soldados, que me buscaban con lámparas. Sentía que mi corazón hacía un escándalo que llegaba hasta las escaleras y creí que me iban a descubrir.

Las luces me pasaban por enfrente y no podía contener la respiración. Salieron del sótano y a oscuras quedé un rato que me pareció eterno. Subí cuando ya no oía ruido. Me encontré un periódico encima de uno de los escritorios. Lo tomé y me lo puse debajo del brazo. Todo estaba rodeado de soldados. Prendí un Delicado para serenarme. Me temblaba la mano. Comencé a caminar cuando en eso, el primer grito: “¡Alto! ¡Deténgase!” En lugar de huir, caminé de frente al sargento. “¡Identifíquese!” “Soy un trabajador de la Universidad que me quedé atrapado desconectando unos aparatos.” “¡Váyase!”, me dijo. “Tenga cuidado.” Caminé de nuevo tratando de aparentar seguridad. Subiendo por Insurgentes vi un jeep lleno de encorcholados. Paracaidistas. Otra vez: “¡Identifíquese!” Eran puros jefes. “Súbase.” Me subí al asiento de atrás y pensé: “Ora sí ya se acabó todo el cuento”.

La barrera de soldados llegaba hasta la Villa Olímpica. Cuando la pasamos, me dice uno de los jefes: “Bájese, que le vaya bien. Y tenga mucho cuidado, no le vayan a dar en la madre esos cabrones estudiantes”. Me refugié en la casa de un amigo, donde a los pocos días me enfermé de disentería

amibiana. Mandé llamar al médico del movimiento a través de Ajax Segura. Nadie más sabía dónde estaba. Era un supuesto estudiante de una prepa fantasma; después supimos que trabajaba para la Federal de Seguridad. Al día siguiente, 27 de septiembre, fueron por mí como 20 cabrones, en cinco carros. Me agarraron 10 días después de la ocupación de CU.

De la Federal de Seguridad me entregaron a un juez. Yo siempre he creído que la matanza del 2 de octubre estuvo preparada de antemano por el gobierno y el Ejército. En Lecumberri éramos un madral. Las celdas humeaban. Casi nunca nos sacaban, pero el 2 de octubre en la mañana nos sacaron a hacer fajina. Mientras hacía la limpieza, un policía me preguntó: "Oiga, ¿usted es fulano?" "Sí." "Pues ya se lo cargó la chingada." En una celda habían escrito: "Chingue a su madre el asesino de Díaz Ordaz. Su padre, Cabeza de Baca". Pero ni mi apellido lo escribo con *b* grande, ni asesino con *z*. Me hicieron borrar aquello con la lengua y con la cara. Ese día me separaron de los demás compañeros.

Como a las diez de la noche me sacaron de Lecumberri y me entregaron a los militares. Ahí me estuvieron dando suave desde las 10 hasta las 6 de la mañana, que me regresaron. Después me pasé una semana obrando y orinando sangre, por los golpes internos. Tenía una cortada en el escroto por un simulacro de castración. También me hicieron un simulacro de fusilamiento y luego me madrearon de dulce, de chile y de manteca. Todo lo que querían estos cabrones era que involucráramos a gobiernos extranjeros y a funcionarios del equipo de Díaz Ordaz. Ya estaba muy cerca la sucesión presidencial y querían que uno denunciara a sus compañeros, pero eso sí no se pudo.

Otra vez en Lecumberri, me metieron en una celda de metro y medio por dos metros, con planchas de acero por todos lados, y arriba había un agujerito. Ahí me pasé un mesote incomunicado. No nos daban de tragar más que una taza de atole en la mañana y otra en la tarde. Sin cobijas ni nada, me pusieron un bote de cuatro hojas, de esos de alcoholeros, para que hiciera mis necesidades y no me lo cambiaron nunca. ¿Sabes lo que es eso? No te lo puedes imaginar. Quedé muy jodido, la neta. Nada más oía: “¡Las diez de la noche!” y yo haz de cuenta que fuera un perro de Pavlov. Ya vienen por mí, me van a madrear.

Entonces me hacía chiquito, comenzaba a temblar y llore y llore. Prácticamente no dormía. Dormía de día pero con sobresaltos. La cosa mejoró cuando pude estar con los demás compañeros. Heberto estaba todo el tiempo chingue y jode: “Nos quieren dar en la madre psicológicamente, así que vamos a hacer ejercicio físico y a estudiar”. Cuando un grupo de campesinos jaramillistas y otros compañeros presos formamos un grupo de estudio, para analizar los movimientos de reforma, la revolución, en general historia nacional y geografía, ¡andábamos en la calle de la amargura! No sabíamos ni cuántos kilómetros tiene, ni cuantos habitantes había en nuestro país. Cuando eres estudiante tu idea del amor es muy romántica, de la mujer, de los hijos. En la cárcel concretizas. Y sales con una visión totalmente diferente, más seria y con una visión más clara de la libertad. Porque por muy revolucionarios que se llamen muchos compañeros, con sus compañeras no han podido romper el esquema machista.

Me casé, me divorcié y me volví a casar. Y soy muy feliz sin traumas del divorcio ni del matrimonio. Yo quiero,

amo, adoro a mis hijos. Y si ando metido en estas broncas es porque quiero que los hijos de otras personas tengan, de perdida, lo que mis hijos tienen. Y tu compañera es eso, tu compañera. Y es tan libre y tan independiente como lo puedes ser tú mismo. Hay quien dice que no se puede luchar si no odias al enemigo. Yo creo que el motor de la lucha no es ése, sino el infinito amor que uno tenga por sus semejantes.

Hasta principios de 1974, cuando ya estaban formados muchos comités de Cenao, trabajé en la Conasupo, cuando estaba al frente Jorge de Vega Domínguez y también Gustavo Esteva. Trabajé con absoluta libertad. Se vende la fuerza de trabajo, no la conciencia. Luego trabajé en la Subsecretaría forestal, con el ingeniero Cárdenas y después en la SSP. Por la Forestal pasé en Chiapas dos años en la sierra Lacandona. De ahí me sacó el Ejército. Desgraciadamente, el jefe de la zona militar era el general Hernández Toledo y me acusaron de tráfico de armas. Ahí sí que ni por la silla volví. Llegué a Zacatecas, donde llevo siete años. Milité primero en el PMT y ahora en el PMS. Yo no me peleo por un puesto en el partido, pero contribuyo con todo lo que puedo. Si yo volviera a vivir me gustaría repetir mi vida hasta el día de hoy. Los mismos compañeros, las mismas broncas. La misma gente. Debe uno reconocer, sin embargo, que hay que echarle más ganas a la militancia. Amo la vida profundamente. A este pueblo guadalupano, pulquero y tequilero...

\*\*\* Este texto fue publicado en el libro *Pensar el 68*, Editorial Cal y Arena.

## SI TE AGARRAN TE VAN A MATAR: CÁRDENAS

Heberto Castillo

El 28 de agosto de 1968, la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas analizaba la manifestación del día anterior. Yo había hablado a nombre de la Coalición subido en un camión escolar a la vera de una bandera mexicana y no de una rojinegra de huelga como se dijo después. Sócrates Campos Lemus había hecho el papel de provocador cuando, al terminar de leer el discurso del Consejo Nacional de Huelga, que dijo gracias a la súbita afonía del comisionado por el Consejo, propuso a los manifestantes acampar en el Zócalo hasta el primero de septiembre para esperar la respuesta presidencial al pliego petitorio.

Fausto Trejo también había violado un acuerdo de la Coalición al tomar la palabra en el mitin para secundar a Sócrates. La asamblea de los maestros se calentó cuando Eli de Gortari y otros profesores señalaron a Sócrates y a Fausto como provocadores, enemigos emboscados del Movimiento. Yo había sido designado para hablar y se había previsto que de no poder hacerlo (se rumoraba que podían aprehendernos), ocuparía mi lugar Luis Villoro. Eran tiempos fáciles para desconfiar de todos. Y aunque tenían razón los maestros de mostrarse indignados contra Sócrates y Trejo, traté de hacer ver que la acción de ellos se debía más a irresponsabilidad e

individualismo de esos compañeros que a su posible filiación enemiga. Algunos propusieron que rechazáramos en escrito para la prensa la actitud de los compañeros mencionados y otros propusimos que el problema se tratara en el Consejo Nacional de Huelga.

De Gortari abandonó de pronto la reunión después de que intercambiamos palabras duras. Señalé entonces a los maestros que deberíamos entender que pronto sufriríamos cárcel o persecución, que la prensa nos atacaba en desplegados hechos obviamente por la policía y me referí a un texto que había sido publicado en todos los diarios titulado “Las dos caras de Heberto Castillo”. Advertí que el Movimiento había llegado a su máximo y que ya no podía crecer más. Que de ahí en adelante iría en descenso, que el gobierno no aceptaría el pliego petitorio y que nosotros casi nada podíamos hacer. Señalé que debíamos apoyar hasta el último a los estudiantes a pesar de que el movimiento era conducido sólo por los estudiantes.

En el Consejo Nacional de Huelga los profesores no teníamos derecho al voto, sólo voz. Y éramos tres personas (Eli, Fausto y yo) entre una multitud de representantes juveniles. Consideré que a pesar de casi no poder decidir nada nosotros, debíamos aceptar que el movimiento había sacudido a la opinión pública y abierto nuevas alternativas para las luchas futuras. Propuse tomar algunas medidas para lograr escapar a lo que parecía inminente: la cárcel. De Gortari, que regresó a la reunión, no participaba de mis preocupaciones y reiteró su proposición de deslindar posiciones entre maestros y estudiantes. Quedamos a la postre de acuerdo en boletinar a la prensa la actitud irresponsable de Sócrates y de Fausto. Al

terminar la sesión nos dimos la mano Eli y yo, acompañados por Antonio Tenorio.

Al llegar a casa por la noche y tratar de meter el pequeño coche que conducía, dos automóviles se colocaron a uno y otro lado y bajaron varios individuos que trataron de abrir las puertas de mi automóvil: “El General Mendiola quiere hablar con usted. Vamos en su auto”. Antonio Tenorio Adame había podido bajar del automóvil, se alejó sin problemas. Les dije entonces, lo más sereno que pude, que prefería dejar mi automóvil e ir con ellos en la patrulla. Me bajé del auto y traté de escapar. Empezaron los golpes. Eran cuatro o cinco agentes, dos de ellos muy fuertes, que se trezaron a golpes conmigo.

Por fortuna, llegaron detrás de mí, y participaron en la lucha, Armando Castillejos, Guillermo Calderón, Ignacio González Ramírez y Adela Salazar. Oculto en otro automóvil, quedó Fausto Trejo. Mis hijos, a los gritos de su madre —que vio la trifulca— salieron al patio, y el mayor, de 13 años, empuñaba una pistola, por suerte descargada. Uno de los agentes logró asirme e inmovilizarme de los brazos cuando Adela Salazar se colgó de sus cabellos, obligándolo a que me soltara.

Entonces lo golpeé con todas mis fuerzas haciendo rebotar su cabeza contra la pared, cayó poco a poco. Corrí y me perdí entre las rocas del pedregal que conducían a la Ciudad Universitaria. Maltrecho, sangrando profusamente, permanecí oculto entre las rocas mientras oía gritos e insultos. Al poco tiempo escuché voces, al parecer de estudiantes. Mis hijos me llamaban. Mis amigos también. Decidí no salir porque consideré seguro que la policía mandaría fuerza suficiente para aprehenderme antes de llegar a CU. Estaba oculto a unos cuantos metros de mi casa pero los agentes creyeron que me había internado buscando el acceso a CU.

Esperé unas horas y caminé a gatas por todo el pedregal que ahora es de San Francisco, y me arrastré por las calles huérfanas de casas de Copilco, evadiendo la luz rasante que lanzaban las patrullas periódicamente. Serían las cinco de la mañana cuando logré llegar al pie de la barda que divide CU de Copilco. La escalé como pude y caminé por CU hasta topar con una guardia de estudiantes de Medicina Veterinaria que dormitaban en un viejo coche. Ellos me llevaron a los servicios médicos de CU. Supe que tenía fisura en el cráneo, herida en el vientre, producto, dijo el médico, de alguna patada con puntera metálica.

Una rodilla me sangraba mucho y tenía los dedos de las manos luxados. Fui operado en CU por cirujanos plásticos que disimularon la herida en la frente. Muchos estudiantes hicieron guardia permanente para cuidarme. Recuerdo a alguien de Chapingo dando vueltas alrededor del Centro Médico con un viejo mosquetón al hombro. A los pocos días, el rector Javier Barros Sierra me dijo que corría peligro ahí pues se rumoraba que la fuerza pública me sacaría del hospital, que está en los linderos de CU con Copilco. En una acción así el enfrentamiento de la policía o el Ejército con los muchachos sería inevitable y salí. Fue el jefe del servicio médico quien me sacó disfrazado de asiento posterior de su automóvil. Encima de mí se sentó una persona.

El general Lázaro Cárdenas, que había seguido con interés y gran preocupación el conflicto, me hizo llegar su opinión de que la Ciudad Universitaria no sería tomada por el Ejército y que no era conveniente que me desligara de los estudiantes con quienes tenía afecto e influencia. Después de una entrevista con Luis Suárez para *Siempre!* regresé a la Ciudad

Universitaria, a la Facultad de Medicina, donde viví unos días colmado de atenciones por los estudiantes. Volví, convaliente, a una reunión de la Coalición de Maestros del Primero de Septiembre. Supe entonces que ni De Gortari ni Trejo estaban visibles y que había orden de aprehensión contra ellos.

Contesté el V informe de gobierno de Díaz Ordaz desde la revista *¿Por qué?* Los estudiantes reprodujeron el documento miles de veces. En mi libro *Libertad bajo protesta*, se reproduce ese texto que llenó de ira a Díaz Ordaz. Algunos periodistas que acudían a la CU me decían: “Ingeniero, los judiciales dicen que ellos no lo golpearon, que las heridas que muestra se las produjo De Gortari cuando usted se peleó con él, que si lo agarran va usted a saber cómo pegan ellos”. También un arquitecto amigo mío que frecuentaba militares me advirtió que aquellos tenían instrucciones para hacerme desaparecer: “lo que había dicho al presidente Díaz Ordaz al contestar su informe no tenía perdón”.

El 13 de septiembre se llevó a cabo la manifestación silenciosa, la última del 68 que mostró la protesta limpia, digna, ordenada de cientos de miles de jóvenes que exigían el respeto a los más elementales derechos humanos en México y que, contra lo que han dicho algunos escritores respetables, jamás usaron la violencia, menos el vandalismo. Precisamente lo que preocupó al sistema en el 68, como dijimos en un programa de TV el 20 de agosto de 1968, es que los jóvenes esgrimieran ideas y no cadenas por las calles.

Los actos vandálicos del 68 fueron hechos por las policías, como la ruptura de parabrisas de cientos de automóviles dejados en el Museo de Antropología. Si algo ganó la simpatía del pueblo para los estudiantes en 1968, fue su limpie-

za, su orden, su respeto al pueblo. Antes de la manifestación silenciosa el periodista de *El Universal*, Javier Nájera Torres, que había sido mi alumno y que me entrevistara en el Centro Médico, me dijo que el subsecretario de la Defensa, Gastéllum, quería hablar conmigo. Proponía una solución amistosa al conflicto.

La Secretaría de la Defensa donaría una puerta reconstruida a la Preparatoria y se colocaría una placa donde se expresaría el reconocimiento mutuo de los estudiantes, maestros y militares, o algo por el estilo. La idea me parecía oscura, descabellada. Me invitaba a verlo y “con su palabra de soldado” me garantizaba mi seguridad. No hubo escrito alguno, sólo un recado verbal. Contesté en la misma forma, invitando al subsecretario a charlar en CU, “garantizándole el respeto de todos los universitarios para dialogar tanto como fuera necesario”. El 15 de septiembre hubo noche mexicana en la CU. Miles de estudiantes y sus familiares celebraron la Independencia Nacional.

El Consejo Nacional de Huelga, por conducto de Marcelino Perelló, según recuerdo, me invitó a dar el grito esa noche. Así lo hice, agregando a los vítores a nuestros héroes, el aplauso a la lucha que por su liberación dan los pueblos oprimidos del mundo. El 18 de septiembre por la noche escribía el texto para un documental del Movimiento que había filmado Oscar Menéndez. Estaba en la Facultad de Ciencias y sacaba ya la hoja de papel de la máquina cuando entraron a la sala Carlos Fernández del Real y Pily, su esposa, que me llevaban una lata de duraznos.

Daba las gracias, cuando tras los hombros de Carlos se asomó Gilberto Guevara Niebla diciendo: “ingeniero, el

Ejército". A cada rato nos avisaban de que venía el Ejército. Pero ahora el paso de las tanquetas sobre las baldosas de CU producían un ruido sordo impresionante. Me puse en pie y oí todavía decir a Gilberto: "saquen al ingeniero, si lo agarran lo hacen pedazos". Olvidé mis heridas.

El miedo da fuerzas. Corrí como muchacho tras los muchachos primero y después delante de los muchachos. No sé dónde perdí el bastón con que me ayudaba a caminar. Vi que podía correr y que iban menos estudiantes conmigo. A llegar a un paso a desnivel una tanqueta nos echó la luz. ¡Alto!, dijo una voz desde la torre de mando. Decidí: si me paro me matan, si corro quizá no. Corrí. Al rato sólo iba conmigo alguien más. No sé quién. Al caminar por el camino de acceso al nuevo local de Ingeniería, donde construían Medicina Veterinaria aparecieron tanquetas. ¡Fuera del camino dije! a mi compañero.

Hay muchas alimañas, replicó. Yo me arrojé al pedregal. No supe más de él. Me sentí angustiado, solo, entre matos y piedras. Se escuchaban las "estaciones" de radio de la CU que habían sido instaladas por los jóvenes en lucha. Reseñaban la entrada del Ejército que miraban desde lo alto para dar oportunidad a que salieran el mayor número de compañeros. Decía una voz juvenil: "van entrando a Rectoría, van por Ciencias, por Ingeniería, llegan a Medicina, suben por nosotros. ¡Viva México! Cuidado, salgan por... Calló la estación y escuché a lo lejos el Himno Nacional. Luego un ruido como de ametralladoras.

Después nada. Lloré imaginando muertos y traté de escapar, de salir de CU. Caminé toda la noche sin descanso, tropezando aquí y allá. Por la madrugada llovió copiosamen-

te. Me empapé hasta los huesos. Y descubrí que las rocas conservan el calor y me replegué a ellas. Al amanecer vi que había caminado en círculo y estaba casi en el mismo sitio. Traté de orientarme por el ruido de los soldados. Los helicópteros surcaban el cielo buscando a quienes escapaban. Estaba maltrecho, sangrante, y con la ropa desgarrada. Los múltiples hoyancos me habían hecho caer muchas veces en la noche. ¿Qué habría pasado? La angustia me ahogaba. Traté de dormir en un hoyo. No sé si lo hice. No recuerdo.

La segunda noche, sentí hambre y sed. Caminaba con más cuidado y me ayudaba a reconocer el terreno con un tronco de “palo bobo” que encontré. De pronto vi a un soldado sentado en el suelo con el arma entre las piernas. Estaba a unos diez metros de mí y me miraba. Me quedé inmóvil un siglo, o más. Dejé de respirar. El tampoco se movía. Esperé y esperé, y él quieto. Quizá dormía. Me moví cauteloso rodeándolo. Vi que era un tronco. Caminé hacia él. Un tronco, un tronco. Volvió a llover, a mojarme y a calentarme con las rocas. Todo el día tuve sed, sed enorme.

La garganta seca me ahogaba. Quizá las yerbas. Masqué una y escupí el bocado. Hallé un nopal pequeñito y corté una penca. Le quité las espinas frotándola con una roca. Lo comí. Pero seguía la sed, una sed horrible. Llegó la noche y me puse en camino. Sólo en la oscuridad me atrevía a moverme por los helicópteros que rondaban. De pronto, topé con Pepe Revueltas sentado en una roca. Me sonrió y se llevó el dedo a los labios pidiéndome silencio.

Me indicó con los ojos una dirección y giré la cabeza hacia allá procurando no moverme. Vi entonces un perro-lobo, pelando los colmillos, furioso, echando casi fuego por los ojos.

Me miraba amenazante como si estuviera a punto de lanzarse sobre mí. Sentí que me tiraban de los cabellos y quedé inmóvil un tiempo, mucho tiempo. Volví a mirar a Pepe. ¡Ya no estaba! Había desaparecido. Busqué al perro. Tampoco estaba. Me palpé el cuerpo ¿Soñaba? ¿Era yo en verdad? ¿Existía? Entendí que ellos no estuvieron nunca, los imaginaba sólo.

El dolor de garganta me volvió en mí, tenía sed, mucha sed. Me olvidé del hambre. Traté de conservar la calma y de entender que la fatiga me hacía ver lo que no había. Tenía que abrir los ojos bien. Debía escapar. Llovió otra vez copiosamente. Abrí la boca hacia el cielo para tomar agua y no bebía nada. Chupé mi ropa mojada y pude así calmar la sed. La madrugada me sorprendió tendido en una roca temblando de frío. Soñé que dormía y que despertaba. Desperté. Estaba en una pequeña cueva, cubierta de maleza. Había unas colillas de cigarro y unos trozos de cuerda. Entendí que era un refugio de los pastorcitos que cuidan chivas en Copilco. Y abandoné el lugar, temeroso de que llegaran sus moradores habituales.

Al salir topé de frente con unos niños que volaban papalotes. Me vieron asustados. “Niño, niño”, dije a uno de ellos, “¿para dónde esta la Universidad?” El más pequeño indicó con el brazo. ¿Eres amigo de los estudiantes? Sí, me dijo. Pero este no. Su papá es policía. Le pedí que me comprara unos refrescos y unas galletas. Le di un billete de diez pesos y se fue. Me escondí en un matorral. Regresó con los refrescos. Una voz de hombre preguntó: ¿Dónde está? Estaba aquí, respondieron casi a coro. Se peló, dijo el hombre. Caminé de noche rumbo al Estadio Azteca. Subí unas peñas altas y descubrí una ciudad perdida. Me dirigí hacia ella y empezó a llover copiosamente. Me refugié en unas cuevas. Vi casuchas y algunos autos.

Entre ellos un taxi y me decidí a buscar al chofer. Tuve que cruzar una calle llena de perros que me ladraban furiosamente. Me parecieron miles. Y pasé entre ellos. Toqué y una mujer abrió. Me dijo que su hijo, chofer, estaba afuera, pero me indicó el lugar donde vivía otro. Toqué a su casa y salió somnoliento. Le convencí de que me llevara a la Taxqueña. Inventé un asalto. No me creyó, pero aceptó llevarme. Caminamos sobre terracería y en el camino una lámpara haciendo señas. Es la policía, me dijo, andan aquí por lo de los estudiantes. Me llevó el carajo, pensé y me fingí dormido poniendo la cabeza contra el asiento.

La luz de la lámpara sorda se paseó por el auto. ¿Traes carga? dijo el agente. Sí, respondió el chofer. Y nos dio el paso. Salimos a la calzada de Tlalpan y llegamos a Taxqueña. Eran las tres de la mañana y nadie había en casa del amigo que esperaba me diera posada. En el forro de una Constitución que traía conmigo (constitucionalista, carranclán, me decían los izquierdosos en el movimiento), había anotado los teléfonos de quienes en CU me ofrecían ayuda. Escogí uno de los números anotados a riesgo de hablar a la policía, pensé.

Una voz de mujer me dijo que podía hallar refugio en su casa. Me dio la dirección en la colonia Anzures. Convencí al chofer de llevarme allá. Por más dinero. En esa casa me dieron protección, zapatos y ropa, personas que no conocía antes. De ahí, esa misma noche, compañeros de Economía me trasladaron, encajuelado, a un cuarto de servicio de una casa de no sé donde. Estuve en él sin luz, con un pequeño radio de transistores enterándome de lo que pasaba en esos días. Oí que los estudiantes del Politécnico habían rechazado a los granaderos, que yo estaba refugiado en la embajada de Cuba,

que había muerto y que algunos estudiantes de la Universidad decían que estaba bien.

Una de esas noches interminables me sacaron, me pusieron en una cajuela y llegué, tras largo recorrido a una casa de Coyoacán. Al salir de la cajuela fui presentado a Emilio Krieger, maestro universitario. Dijo afectuoso: ésta es tu casa. Emilio y Yolanda, su esposa, habían seguido el movimiento con mucho interés y participado en algunas manifestaciones. Emilio, como otros universitarios, brindaba toda la solidaridad que podía a los perseguidos del 68.

Después sería el abogado defensor, con Carlos Fernández del Real y Carmen Merino, de muchos de nosotros. En ese refugio supe de la matanza del 2 de octubre y de la captura de los principales dirigentes, de mis amigos, de la saña con que eran perseguidos todos, que mi familia huía y que ella sabía ya que estaba a salvo, que un automóvil lleno de latas de gasolina había sido lanzado contra mi casa al otro día de la toma de CU, y que éste había ardido hasta consumirse a la puerta de la casa, sin causar mayor daño aunque sí alarma en todo el vecindario. Supe que mi familia estaba a salvo pero que éramos buscados todos, Tere, mis hijos y, claro, yo. Viví una etapa de continua movilidad, de un refugio a otro para eludir a la policía. Una casa acá, otra allá, un cuarto aquí otro allá. Entendí la clandestinidad sin organización. A mi familia la ayudaba el general Cárdenas a través de amigos suyos. Por ese lado no tuve angustia mayor.

Yo viví casi siempre solo, encerrado, leyendo, escribiendo, pintando. Pepe Pagés con su reconocida calidad humana, con valor, me brindó sin condiciones su tribuna de *Siempre!* Y le envié todo lo regularmente que pude, artículos y ensayos. En noviembre cayó preso Pepe Revueltas. Generoso

y burlón se echó todas las culpas que había y las que pudo inventar. Pocos entendieron su ironía. De la “justicia”, nadie.

El general Cárdenas me fue a visitar. Charlamos en el pequeño despacho que Emilio tiene en su casa, a solas, largo. Me dijo que se hacían gestiones para obtener la libertad de los detenidos. Pero comprendí que las cosas iban para largo cuando me invitó a vivir en su casa, aquí o en Jiquilpan, podíamos estar mi familia y yo a salvo. Agradecí el ofrecimiento pero lo decliné. Deseaba seguir luchando, mantener viva la llama de un movimiento generoso, patriótico como lo era el Movimiento de 1968.

Era necesario, dije, hacer ver al pueblo que hay mexicanos libres que resisten la represión. Ése era el sentido de mis artículos en *Siempre!* Hacer ver que seguía luchando. Dije que si podía mantenerme libre, activo, en la clandestinidad, muchos mexicanos que habían creído en nosotros se animarían a luchar también y aceptarían organizarse.

—¿Cómo se van a organizar perseguidos? No ves que te buscarán por todos lados. Cuando hablé con el presidente Díaz Ordaz me dijo: “Se afirma, señor general, que el ingeniero Heberto Castillo está en su casa”. Yo no dije nada, ni que sí ni que no. ¿Hice bien?

—Sí, señor.

—No puedo mantener esto mucho tiempo. Tú escribes en los periódicos. Y si creen que estás en mi casa piensan que yo lo auspicio. Cuando sepan que no estás en casa te buscarán por todos lados. ¿Cómo te organizarás perseguido? —volvió a preguntar.

—Hay compañeros, señor. Estamos decididos.

—Te tienen coraje porque eres independiente.

Le dije al presidente que tus escritos eran “picudos” porque eras independiente. Pero no lo entiende. Te tienen mucho coraje, no te quieren.

—Ni modo, señor.

Cárdenas me miró más serio que de costumbre y me dijo tocándome un brazo.

—Si te agarran, te van a matar.

—Trataré que no me agarren.

—¿Qué fuerza te apoya? Estas sólo. No hay organización. Podrías salir del país. Esperar un tiempo fuera.

—No general, me quedo. No tengo fuerza pero tengo la razón. Es importante que quienes nos apoyaron en el movimiento sepan que seguimos aquí, luchando.

—Otros fueron al exilio sin desdoro alguno — me dijo.

—Lo sé, general. Y los respeto. Pero yo me quedo.

—Como quieras—, me dijo, y agregó: —¿Cuándo puedo aclarar las cosas y decir que no estás en casa?

—Cuando usted diga general — contesté.

—¿Te parece bien el 6 de enero?

—Sí señor.

Pregunté entonces.

—¿Señor, no es probable un golpe de Estado?

—No. Replicó.

—García Barragán hizo declaraciones como de titular del Ejecutivo después de Tlatelolco.

—¿No se animará a tomar el poder?

—No lo creo. Pero si ocurriera tú sabes y ellos también, que tenemos soldados que defenderemos las instituciones.

Me dio un abrazo y me dijo:

—¡Cuídate!

Tres meses más anduve a salto de mata. En abril una de las casas que me había dado asilo fue asaltada por la Federal de Seguridad. Quince días después, en mayo de 1969, mi refugio en Reforma 10 fue tomado militarmente, emplazando ametralladoras de tripié en las calles. Pude saltar por la barda posterior de la pequeña casa que ocupaba pero una parte de ella se derrumbó y la polvareda me delató. Una *brownie* se apoyó en mi sien, hubo golpes, gritos, un mulato me arrancó casi un brazo al echármelo a la espalda, y Miguel Nassar Haro mostró su satisfacción jalándome las barbas:

—¿Heberto Castillo, verdad?

\*\*\* Este texto proviene del libro 1968. *El principio del poder*, Revista Proceso.

## NO DISPAREN ¡AQUÍ BATALLÓN OLIMPIA!

Eduardo Valle

El día 2 de octubre fui designado en asamblea del Consejo Nacional de Huelga (CNH), como el orador que anunciaría públicamente la huelga (se trata de la huelga de hambre que la mayoría de los presos políticos en la cárcel de Lecumberri decretaron el 2 de octubre de 1968). Ese día miembros del Consejo Nacional de Huelga nos reunimos en asamblea a las 11:30 de la mañana en un auditorio de Zacatenco. Dos puntos a discusión nos llamaron particularmente la atención: los primeros contactos con los representantes presidenciales y la manifestación que habríamos de realizar esa tarde de Tlatelolco al Casco de Santo Tomás, ocupado por el Ejército.

Escuchamos a Luis González de Alba primero y a Gilberto Guevara después, que nos informaron de la actitud de los representantes presidenciales, de lo que se había dicho en la reunión celebrada con ellos y de la actitud llevada a la reunión por los miembros del CNH. Atentos escuchamos decir a nuestros compañeros que se había abierto una posibilidad de solución al conflicto y que había indicios de solución a nuestro pliego petitorio. Determinamos continuar las pláticas adoptando una actitud flexible, pero al mismo tiempo firme en cuanto a nuestro pliego de seis demandas. Aprobamos unánimemente

la actitud de nuestros compañeros y pasamos a discutir la manifestación. Un representante estudiantil del IPN informó de la desusada concentración de tropas en el Casco de Santo Tomás y de la visiblemente anormal movilización policiaca. Sobre esta base, y como muestra de flexibilidad, decidimos unánimemente celebrar sólo un mitin en la Plaza de las Tres Culturas y suspender la manifestación. Nombramos a los oradores que deberían tratar varios puntos, entre ellos la huelga de hambre de los presos, la necesidad de reorganizarnos e impulsar la actividad de las brigadas políticas.

Terminamos la reunión, y los que teníamos que ver directamente con la realización del acto nos retiramos a redactar los discursos y a organizar lo necesario para el mitin (sonido, mantas, etc). Cuando terminamos nos dirigimos a la Plaza de las Tres Culturas, específicamente al edificio Chihuahua. Ahí me encontré a varios miembros del CNH y estuvimos comentando la reunión de la mañana. Se inició el mitin; ocho o diez mil personas se encontraban en la plaza. Hombres, jóvenes, mujeres, ancianos y hasta niños habían acudido al acto; inermes, contando sólo con pancartas y mantas, escuchaban a los oradores del CNH decir que a pesar de todo, la lucha continuaba y que no claudicaríamos, que necesitábamos reorganizar nuestras brigadas y salir nuevamente a ganar la calle.

Arriba, en el tercer piso el ambiente — primero de júbilo, después de atención — se fue poniendo tenso. Hombres extraños al Consejo, la mayoría con toda la finta de militares vestidos de civil — robustos, pelo corto, sin el brillo en los ojos que caracterizaba a cualquiera del movimiento, callados y con cierta rigidez que hacía pensar en lo peor — fueron ocupando escaleras y pasillos. Otros, la minoría, con la catadura común

de la brutalidad y sadismo que es necesario poseer para ser agente de la policía, esperaban moviéndose nerviosamente. Primero unos cuantos y después una gran cantidad de ellos, silenciosa y furtivamente, tomaron sus lugares, ocupando de hecho la parte trasera del presidium donde nos encontrábamos y las escaleras.

Era un ambiente tenso, de negros presagios. Varios compañeros, en los últimos segundos antes de la balacera, subieron preocupados a informarnos: “Compañeros, cuidado, hay muchos militares vestidos de civil alrededor de este edificio... Compañeros del CNH, vengo de Plaza de la República donde se encuentra la Dirección Federal de Seguridad, vi que docenas de agentes subían a camiones urbanos, se dirigían hacia acá, armados hasta los dientes...” Pusimos algunas medidas de control —ahora me doy cuenta de cuán banales eran—: dos cordones frente a los pasillos de las escaleras con compañeros del Consejo, cuidando que gentes extrañas no pasaran al sitio donde se encontraba el presidium.

Tratamos de calmarnos y de calmar a los que nos rodeaban con frases como: “No acepten provocaciones” y, personalmente, pensé: “Soy el último orador, haré mi intervención lo más corta posible e inmediatamente disuelvo el mitin y nos vamos lo más pronto que se pueda. Habrá que decirles a los muchachos que se disuelvan rápidamente con cuidado y prudencia”. Me acerqué al barandal del edificio y bajé la mirada hacia la masa de los manifestantes. En seguida, por casualidad, miré hacia arriba y vi dos bengalas surcar el cielo. Una voz en el micrófono exclamó, al acercarse filas de soldados por abajo de un puente que está al final de la plaza: “Cálmense, esto es una provocación”. En ese mismo instante fui

empujado, me volví mirando hacia los lados y observé que, a tres o cuatro personas de distancia, un individuo siniestro, muy fuerte, alto, cubierto con una gabardina gris oscuro, disparaba contra la multitud indefensa una carga de su pistola.

Un maremágnum de gente y disparos me envolvió, a empujones y golpes me acerqué a la escalera que quedaba a mi izquierda, mirando cómo una masa de militares subía por el cubo de la misma con pistolas en la mano, algunos disparando a mansalva y otros sólo golpeando. Los compañeros que estaban en el barandal fueron sustituidos, en fracciones de segundo, por estos hombres y por los policías de la Dirección Federal de Seguridad que, asomados al balcón, disparaban, vaciando su pistola contra la gente del mitin que se encontraba abajo, desarmada, indefensa, sorprendida y que, a pesar de ello, se acercaba al edificio Chihuahua gritando: “El consejo, el consejo”.

Alguien — fue un compañero de mi escuela — me gritó a los oídos: “Arriba”, y seguramente al percatarse de que yo no traía mis anteojos, a empujones me hizo subir los tres primeros escalones, perseguidos los dos desde ese momento por los disparos hechos — segundos después lo sabríamos — por los soldados del Batallón Olimpia. Subí las escaleras a saltos y en el quinto piso miré una puerta que se cerraba, a empujones me colé y tras de mí violentamente se cerró la puerta por la que acababa de entrar a saco. Un disparo sonó a través de la hoja y después, en las escaleras, muchos otros. Al primero de ellos me tiré intempestivamente al suelo de la habitación; una cruenta balacera se había desatado, cientos de disparos nos aturdían y nos impedían movernos. Los cristales de la ventana saltaron destrozados por los disparos de los soldados, que, desde abajo, tiraban contra las ventanas y muros del edificio.

Por la trayectoria de las balas — de abajo hacia arriba — la mayoría pegaba en el techo, cubriéndonos de los pedazos, cercanas a la ventana de cielo de la habitación que caían desprendidos. Algunas balas rebotaban hasta nosotros hiriendo levemente a algunos compañeros que se encontraban junto a nosotros, pegados literalmente al suelo. Protegía mi nuca con las manos entrecruzadas, la mejilla, el estómago y las piernas estampadas en el suelo de la habitación. Era el último de las filas, casi pegado a la puerta de entrada al departamento.

Los estallidos de las armas de todas clases me hicieron reaccionar y les pedí a los compañeros de piso que se corrieran lo suficiente como para permitirme gozar de la mínima protección que brindaba la pared lateral que dividía la primera parte del departamento donde nos encontrábamos. Escuchaba por la puerta: “Aquí Batallón Olimpia. No disparen. Aquí Olimpia”. Mis compañeros de suelo hicieron lo que les pedía y logré colarme hacia la pared. Ahí estuve no sé cuánto tiempo pensando, pensando, pensando: “Hijos de puta, hijos de mala madre, perros asesinos”. No hablábamos. Dos o tres sollozos de algún compañero o compañera se escucharon y recuerdo haber oído: “No llores, este momento no es para llorar, no es para lágrimas, es para grabárselo a fuego en lo más profundo del corazón y recordarlo para los momentos en que tenga que pagarlo quien deba pagarlo”.

En algún momento la tormenta de balas amainó. A rastras nos recogimos en dos habitaciones que tenía el departamento en su parte posterior. En el trayecto vi a varios compañeros del CNH, tenían miradas extrañas. No era terror, ni tan siquiera miedo; era un brillo de odio reconcentrado, mezclado con el suplicio de la impotencia. Nos introdujimos en el

pequeño dormitorio. Una vez adentro, se desataba una nueva granizada de balas. Nuevamente nos tendimos en el suelo, pero ahora éste estaba mojado, con una capa de agua, y nos empapamos las ropas. Con el avance de la noche empezó a hacer frío, adentro del múltiple estallido de las balas, se escuchó un disparo anormalmente fuerte, en seguida empezó a llover.

Nos preocupamos un poquito más; con el fuerte disparo se había cimbrado el edificio, dos palabras lo dijeron todo: “Una tanqueta”. En el cuarto oscuro sólo se escuchaban de vez en cuando comentarios en cápsulas; todos violentos y uno que otro de preocupación. Tres muchachos brasileños decían que la iban a pasar mal pues ellos eran extranjeros. Pasado algún tiempo y pensando en los métodos del gobierno mexicano y al ver que éste había llegado a la situación en que nos encontrábamos, exclamé en voz baja aunque un poco imperativa: “Soy Valle, del CNH, de la Escuela Nacional de Economía, en este cuarto estamos varios compañeros del Consejo, van a dar sus apellidos, les pido a los compañeros que no sean del Consejo que se los graben y en caso de que desaparezca alguno, que su nombre no se pierda”.

Menuda sorpresa me llevé al ver la cantidad de miembros del CNH que se encontraban en el cuarto; sumados a los que yo había visto en el otro, éramos como una docena, quizá más, del Poli principalmente. No esperaba ese número. Entre movimientos velados y cuchicheos, esperamos un largo periodo de tiempo. Ya tarde — posiblemente a las 10:30 u 11 de la noche — tocaron violentamente a la puerta y una voz bronca exclamó: “Abran la puerta o disparo”. Un compañero, con fuerte dosis de sangre fría, le respondió: “Espere un momento, está cerrado con llave y no la encuentro”.

Tras varios intentos y los consiguientes apremios de los soldados que apuraban, la puerta se abrió. Alguien de no-

sotros dijo: “No disparen, todos estamos desarmados”. Varias metralletas nos apuntaban. Antes de salir con las manos en la nuca, me despedí de un compañero del CNH con un abrazo y le deseé suerte. Fuimos saliendo uno a uno, en el quicio de la puerta se quedaron dos hombres armados con metralletas y otros dos se metieron al departamento. Empezamos a amontonarnos en el descanso de las escaleras. Nos advirtieron que no habláramos y que no bajáramos las manos por ningún motivo. Al salir, los del quicio nos revisaban y nos cateaban, empujándonos después hacia la pared. Yo tenía las ropas empapadas y un poco de miedo.

Estaba temblando; lleno de vergüenza traté de no temblar y no pude lograrlo. Un compañero que estaba atrás de mí me tocó el hombro con su codo y me dijo: “No tiembles, mano, no se lo merecen”. Inmediatamente me controlé y dejé de temblar. Uno a uno, con los brazos en la nuca, nos fueron trasladando a un departamento del tercer piso: “Aquí Batallón Olimpia, baja con prisionero”. A patadas y golpes nos llevaron por las escaleras, en uno de los descansos me tiraron un cachazo pero no me lo lograron dar, al dar la espalda alguien me dio una patada. Por poco me caigo, bajé las manos y me detuve con la pared; me volvieron a golpear. Entramos al departamento, sin muebles y en total oscuridad.

En lo que en un departamento normal sería la cocina se hallaban tirados gran cantidad de zapatos. En el pasillo de la entrada nos cateaban los soldados, hombres o mujeres, no importaba. A algunas compañeras las desnudaron. Ellas son las que desfilaron desnudas por la plaza a las dos de la mañana con rumbo a los transportes. El departamento se empezó a llenar. Volteados hacia la pared y con los brazos en alto pri-

mero y en posición de descanso después, fuimos nuevamente cateados brutal y minuciosamente, en busca de identificación o documentos. Había orden estricta de no hablar, pero algunos la desobedecíamos en voz baja cuando quedábamos con sólo dos o tres guardias armados de vista, que insistían en que no habláramos o volteáramos.

Llegó un oficial y empezó a preguntar nombres y escuelas. Al poco tiempo regresó con varios hombres armados. Conducían a un joven blanco, delgado y de regular estatura, muy golpeado. Con una pequeña luz en la cara fuimos presentados uno a uno frente a él, que iba pasando por la fila acompañado por los oficiales que le lanzaban una pregunta. ¿Éste es, éste es? El compañero no reconoció absolutamente a nadie. Los oficiales buscaban a la persona que le había entregado al compañero una urna, con la cual lo habían arrestado. Un oficial golpeándolo le preguntó: ¿Así que tú dabas clases de guerrilla, pendejo?

El muchacho respondió con un tono de orgullo que a los soldados les parecía respetuoso: “No. Yo daba clases de álgebra y de matemáticas... tienen que ver poco con guerrillas”. Sentí que no todo andaba mal, que todavía faltaba mucho para que nos derrotaran. Después, todos salieron. Empezó de nuevo la balacera, nos ordenaron tirarnos al suelo, nos pusimos en cuclillas. Pasó la ola de balazos en dirección a los edificios de atrás del Chihuahua, nos paramos... Por este movimiento quedé junto a la ventana del cuarto; mirando hacia abajo pude distinguir a una gran cantidad de soldados y civiles armados junto a la salida de la escalera. Un nuevo movimiento me llevó junto a la puerta de entrada del cuarto, custodiada por un miembro armado del Batallón Olimpia. Su

tono era de gente del norte; le pregunté de dónde era y a que corporación pertenecía.

Respondiéndome, dijo que era de Tamaulipas y que pertenecía originalmente a un Batallón de Infantería destacado allá, pero que le habían asignado el Batallón Olimpia en el momento de su formación. Mientras yo le preguntaba a éste, otro compañero hacía igual con otro de los guardias. Se calló y nos ordenó callarnos. Yo también guardé silencio. Empezó el traslado de los “especiales” —nosotros éramos tales “especiales”. Salíamos del departamento uno por uno, el guardia gritaba: “Baja un especial con guardia, no disparen”.

Los golpes llovían en las escaleras y golpes nos recibían en el primer escalón de ellas, en donde se encontraban los agentes y soldados que había visto desde la ventana. Creí reconocer a Mendiola; de cualquier manera un hombre de su constitución nos examinaba la cara y después nos mandaba hacia los transportes. Golpes, patadas y pullas obscenas de los soldados acantonados en los quicios de los edificios nos acompañaban hasta la fila de agentes y soldados que custodiaban los transportes militares que habrían de llevarnos al campo militar. Ahí, golpes y un pequeño cateo e interrogatorio dirigido por un coronel alto, blanco, chapeado, robusto, bien rasurado, vestido de civil, con una chamarra de ante café claro: “Nombre... Escuela o profesión... ¿Eras del CNH o algún comité de lucha...? ¿Dónde estabas...? Llévenselo, especial”. Golpes y maltratos al subir a los camiones. Golpes al acomodarnos en los camiones.

Los soldados golpearon con sus rifles a un compañero que protestó por el maltrato. Aquí, además, también amena-

zas de muerte y mentadas de madre por todo el recorrido. Yo no sabía a dónde nos dirigiáramos y por la posición en que nos llevaban en el camión militar me era muy difícil investigarlo. Sin embargo, quería saberlo. Con las manos entrelazadas atrás de la nuca, mirando hacia abajo y montado a horcajadas en la banca central del transporte, no pude ver la ruta. Hasta que levanté la cabeza un poco y distinguí muchas luces. Me di cuenta de que íbamos hacia el Campo Militar No. 1.

Desgraciadamente un sargento me vio y, jalándome por el pelo la cabeza hacia atrás, me interrogó: “¿Quién eres, cabroncito? ¿Escuela? ¿Trabajas? No mires más y baja la cabeza”. Me golpeó con el marrazo en la nuca, precisamente donde estaba cicatrizando de una herida reciente. No volví a levantar la cabeza. Al llegar al campo, un oficial subió al camión militar y previno que castigaría al que nos golpeara, pues ya estaba “el general” ahí. Además, “ya habría tiempo para eso”. Bajamos y fuimos conducidos a los “conyugales” del Campo de Rehabilitación Social Álvaro Obregón, como recién lo bautizara el presidente “obrerista y pilar de la nacionalidad” (Gustavo Díaz Ordaz). Para cada celda un detenido. La primera noche: interrogatorios, fotografías y ligera calentada. Después de esto, a mí me dejaron en paz hasta que un individuo pasó al cuarto día, celda por celda, reconociendo a los miembros del CNH y de los comités de lucha. Yo no me escapé, y cuando pasó frente a mi celda, mirando a través de la mirilla, exclamó en voz baja “Celda trece, CNH”. (Era Sócrates Campos Lemus).

A los dos días me llamaron a declarar. Mi declaración consta en el expediente, sólo dije la verdad acerca de lo que me preguntaron y algo de lo que pensaba en esos momentos, evitando responder algunas preguntas que me parecían

impropias, tanto ellas como su respuesta. Durante once días estuve, con decenas de mis compañeros, absolutamente incomunicado; soportando las vejaciones e insultos de que se nos hacía objeto y, además, el maldito fuego de una ametralladora que habían colocado precisamente para que la oyéramos. A mí me fue relativamente bien, a algunos de mis compañeros los entregaron al Servicio Secreto, donde sufrieron las más crueles torturas físicas y morales. El día 13 de octubre por la tarde ingresé a Lecumberri, acusado de mis primeros once “delitos”.

\*\*\* Este texto proviene del libro *Escritos sobre el movimiento del 68*, UNAM.

## TLATELOLCO DESDE EL EDIFICIO CHIHUAHUA

Carlos Marín

El edificio Chihuahua es un prisma rectangular de 150 metros de largo, 45 de altura y 13 de espesor. Entre su fachada y su parte posterior tiene poco más de mil cien ventanas. En la planta baja funcionan treinta locales comerciales y en sus 13 pisos hay 288 departamentos de una, dos y tres recámaras con pisos de parqué, armarios y puertas de caoba y cedro. Sus mil doscientos vecinos utilizan seis elevadores y seis escaleras, cada una con 29 descansos y 224 peldaños que fueron demasiados para mucha gente el 2 de octubre de 1968.

Desde sus 12 terrazas y 414 ventanas occidentales, el Chihuahua domina la Plaza de las Tres Culturas: abajo, entre la explanada y la prolongación de San Juan de Letrán, las ruinas del centro ceremonial prehispánico; a la izquierda, la iglesia colonial dedicada al apóstol Santiago y, más al sur, la torre de Relaciones Exteriores. A la derecha se encuentra una clínica del Seguro Social no prevista en el monumental proyecto urbanístico de Mario Pani; se adaptó en lo que fue la Vocacional 7 del Instituto Politécnico y que, a decir del gobierno de esa época, desapareció por solicitud expresa de los vecinos de Tlatelolco.

“Cuando los granaderos ocuparon la Vocacional, nos reuníamos cientos de vecinos y pasábamos frente a la escuela,

por el andador que corre junto a las ruinas, coreando ‘grana-  
dero, con quién está durmiendo tu mujer’; llegábamos hasta  
la plaza, celebrábamos mítines y terminábamos cantando el  
Himno Nacional”, recuerda José Antonio Alcaraz, que a la  
sazón vivía en el departamento 516 del Chihuahua. El edifi-  
cio Chihuahua se asocia, como símbolo inolvidable, al san-  
griento suceso preolímpico. Lo que sigue es una visión del  
*tlatelolcazo* a través de habitantes de este edificio. La mayoría  
de ellos abandonó sus departamentos boqueteados por las  
balas, inundados, incendiados o saqueados en la operación.  
Algunos se fueron definitivamente; otros retornaron varias  
semanas después.

Hoy, pocos de los que vivieron con sus familias en el  
Chihuahua ese 2 de octubre quieren dar su testimonio; mas  
quienes lo hacen permiten, con la perspectiva de nueve años  
y la consolidación de los recuerdos fundamentales, recons-  
truir uno de los más cruentos sucesos de la historia nacional.  
El 2 de octubre fue miércoles. “Por la tarde –evoca la enfer-  
mera jubilada Sofía Serrano Otero (Chofi para sus vecinos),  
que habitaba el 720– dos amiguitas vinieron a invitarme  
para que viéramos la manifestación desde la terraza del sexto  
piso. Eran ya muy viejitas, una tenía 97 años.” Había expecta-  
ción y gran bullicio: en todas las terrazas, familias completas  
se asomaban a la plaza y otras miraban desde sus ventanas.

“Era como un día de fiesta...” En el mirador, la enfer-  
mera vio un muchacho “con apariencia de estudiante, playera  
deportiva y tenis, que llevaba algo bajo el brazo envuelto en  
un ayate. Creí que era una de esas bombas molotov pero a la  
mera hora resultó ser una metralleta”. Los empleados de la  
oficina de Ventas, en tanto, miraban desde su oficina (planta

baja, extremo sur del Chihuahua) la llegada de un contingente de la Preparatoria 5.

“Los muchachos coreaban lemas y traían pancartas enrolladas; llegaron por el estacionamiento y pasaron por aquí rumbo a la plaza.” El licenciado Josué Quero García, al mismo tiempo, veía desde las ventanas de su departamento —el 1013— con binoculares, cómo se iba congregando la gente frente al Chihuahua: “Acababa de comer y estaban conmigo familiares que habían venido de Oaxaca y Puebla. Vi dos grupos de ferrocarrileros vallejistas, vi que ya casi no había lugar en la plaza, que muchos estaban trepados en las ruinas, y atrás, llegando por el puente (un desnivel bajo San Juan de Letrán), vi a los soldados.” Fausto Ulloa, del departamento 119, llegó en 1964 al Chihuahua.

El 2 de octubre, al tiempo que comenzaba el mitin, se disponía a llevar a su mamá, que vivía en el norte del país, a la estación de autobuses Frontera. Lo acompañaban su esposa, sus cinco hijos, su cuñada y cuatro sobrinos. Cinco minutos después todos estarían escondidos en el baño. Fernando Arellano Talavera, del 517, no trabajó ese día. “Cuando se anunció que iba a comenzar el mitin mi esposa y mi hija se fueron a casa de unos parientes, en Lindavista. Yo me quedé en el departamento. Teníamos una amiga que tenía un café abajo, pensé que podía haber problemas (ya habíamos visto varios encuentros entre estudiantes y policías). Bajé para sugerirle que se subiera. Al pie de la plaza vi a muchos fotógrafos, y periodistas extranjeros, de los que vinieron a la Olimpiada. Muchos jóvenes repartían propaganda y recogían dinero.

En el café, mi amiga estaba muy contenta, vendiendo mucho porque había mucha gente. Me fui entonces a la plate-

ría, a platicar con la señora Valencia, su propietaria. Qué lejos estaba yo de pensar que allí la iban a matar.” José Antonio Alcaraz, a las cinco y media de tarde, abordó un taxi en Bucareli y pidió al conductor llevarlo a Tlatelolco; aquél respondió que no podía hacerlo “porque hay lío”, pero que iba a confirmarlo por la radio del carro. “En la central confirmaron que por ahí no se podía pasar, así que me bajé en el cine Bucareli para matar el tiempo viendo la película Samurai.” Un vecino del cuarto piso (prefiere que no aparezca su nombre) estudiaba Derecho en su departamento, en compañía de un condiscípulo de la UNAM y de su esposa. “Me acababa de casar; compré la casa en julio... Nos atrajo el mitin y nos asomamos los tres a la ventana. Un helicóptero volaba encima de la plaza y se dirigía hacia la torre de Relaciones. Por ahí salieron dos luces de bengala.”

Sofía Serrano vio dos helicópteros y alcanzó a distinguir dos hombres en cada uno. “Bajaban hasta el ras de la azotea, frente al edificio. Se fueron hacia la torre de Relaciones y de uno de ellos salieron dos luces, no sé si rojas o verdes. En ese momento comenzó la balacera y las viejitas me preguntaron: ‘¿Qué hacemos Chofi, qué hacemos!’ Las llevé a su casa, las metí en el closet y nos pusimos a rezar el Ave María.” Arellano Talavera dice que las bengalas cayeron en el centro de la plaza, entre la gente, cuando faltaban diez minutos para las seis de la tarde “me acuerdo muy bien porque acababa de ver el reloj”.

Escuchó los primeros disparos y vio correr mucha gente hacia el edificio y los estacionamientos. “Los que hablaban desde la terraza gritaban por el micrófono que no corrieran, que era una provocación. La balacera se hizo nutrida, como

en la guerra. La señora Valencia cerró su negocio de platería. Corrí por mi amiga del café pero ya lo había cerrado. Ella y los clientes estaban tirados en el piso (los vi por la vidriera) y entonces quise subirme a mi casa pero no me dejó un sujeto que llevaba en la mano una pistola.”

También Josué Quero vio caer una luz de bengala en el centro de la muchedumbre. “Los del micrófono pedían a gritos que no cundiera el pánico pero al mismo tiempo se oyeron disparos de ametralladora que salían de lo alto del edificio. En la plaza, me acuerdo, fue como si se echara una gota de aceite en el agua; que uno la echa y se comienza a expandir. Los muchachos, las mujeres, todos, corrieron hacia los extremos, como formando un gran círculo. Vi (yo estaba con los binoculares) caer a un muchacho, supongo que herido, que se fue rodando por el piso y se tiró al desnivel de las ruinas. También vi caer sobre el pasto a uno de los soldados —que todavía no disparaban— y la artillería de los transportes que estaban estacionados encima del puente comenzó a responder. Con mis parientes, me metí al último cuarto porque empezaron a entrar balas por las ventanas.”

En la casa de sus amigas, en el sexto piso, Chofi oyó que golpeaban la puerta —supongo que a culatazos—; las viejitas, aterrorizadas, repetían: “¿¡Qué hacemos Chofi, qué hacemos?!” y ella les contestó que lo que quisieran, que estaban en su casa. Cuando por fin decidieron abrir, la chapa se había colgado, no corría el pasador y en esas estaban cuando un fuerte empellón, desde afuera, hizo ceder a la puerta. Los soldados dijeron que iban a catear la casa, lo hicieron y Chofi les preguntó si ya habían ido a su departamento. Los militares dijeron que no y que mejor, de una vez, los acompañara.

Cuando abrió su puerta vio que todo su piso se encontraba anegado. Las viejitas habían subido con ella. Cuando estaban en casa de Chofi se acordaron que habían dejado la luz encendida en la suya y la enfermera se ofreció para ir a apagarla. Cuando entró al departamento vio soldados adentro, subió a su casa y les contó a sus amigas. La viejitas exclamaron: “¿¡A poco ya nos robaron!?”

Durante la balacera una mujer dio a luz atrás de un refrigerador en el restaurante que estaba donde ahora hay una farmacia, en el edificio 2 de Abril, contiguo al Chihuahua. Chofi lo recuerda porque sus vecinos, varios días después, le comentaron que no habían podido ir por ella para auxiliar a la parturienta. Poco después de las seis de la tarde comenzó a llover. La señora Valencia, que se encontraba ya en su departamento, se acordó de que no había recogido el dinero del día en su platería. Bajó. Pasó entre soldados y civiles que disparaban y decenas de personas detenidas que trataban de protegerse de las balas tras los elevadores y contra la pared. Llegó al local dando la espalda a la plaza; lo abrió y cuando sacaba su dinero del cajón cayó fulminada por un tiro.

A otra vecina la hirieron en un talón. A otra del sexto piso, lisiada, cuando se arrastraba por la sala de su casa para refugiarse en otra habitación, “del helicóptero le dispararon en una nalga”. A otro vecino se le alojó una bala en el tórax; a otro le dieron un rozón y a un matrimonio que al día siguiente se fue y nunca volvió, le mataron a su hijo. La primera balacera terminó después de las ocho de la noche, casi al mismo tiempo que el aguacero. Cuatro pisos superiores de la parte norte del Chihuahua seguían ardiendo porque una de las tanquetas que dispararon desde la plaza rompió la tubería

de gas. A todos los que estaban en el cuarto de medidores de luz, junto con el señor Arellano Talavera, “nos sacaron con las manos en la nuca y fuimos llevados a la fosa que está al pie de la torre de Relaciones. A los que no querían brincar los bajaban a culatazos pero a mí me ayudaron unos muchachos y no fui maltratado. Allí estuvimos, con otros muchachos, hasta las once de la noche. Nos subieron al nivel del convento, nos dijeron que mantuviéramos la cara a la pared y en eso estábamos cuando se soltó la segunda balacera”.

También empezó, de nuevo, a llover. El del cuarto piso dice que, cuando terminó la primera balacera “me asomé a la plaza. El Ejército y las cruces estaban recogiendo cuerpos y a lo lejos, aislados, sonaban disparos de rifle y ametralladora. Mi amigo (que es muy aprensivo) quiso irse para no preocupar a su mamá. Abrí la puerta, había soldados, le expliqué a uno el problema y acompañé a mi amigo hasta ponerlo a salvo”.

Fausto Ulloa tenía una hija fuera de su departamento. Acompañado por un militar, salió a buscarla. “Llovía por las escaleras (debido a la destrucción de tuberías) y en los pasillos había muchos detenidos. A los hombres los tenían en calzoncillos. Había entre ellos varios vecinos. Me identifiqué con un soldado y me acompañó a buscar a mi hija. Dentro y fuera del edificio había policías con guantes, pañuelos y otros trapos envolviéndoles una mano. Cuando regresé con mi hija vi que de la plaza bajaban cuerpos, arrastrándolos, y los echaban al sótano del Chihuahua.”

El señor Quero García, a las nueve de la noche, se asomó a la plaza por una de las ventanas rotas. “Vi un montón de gente tirada, tal vez doscientas personas, no sé si muertas, heridas o simplemente tiradas.

En eso estaba cuando dispararon una ráfaga de ametralladora hacia mí. El departamento quedó destrozado. Volví a refugiarme con mis parientes. En la madrugada, el grupo fue llevado a donde ahora existe una guardería para hijos de empleados de Relaciones Exteriores. Vinieron las identificaciones y, cuenta Arellano, “nos decían tú acá, acá y así. A muchos se los llevaron presos y a otros nos dejaron, por fin, regresar a nuestras casas”.

### **Cambios de casa, cambios de vida**

Don Fernando Arellano había sido acompañado por soldados, en la madrugada, hasta su departamento. “Me tiré en mi cama y me tapé, para calentarme. Antes de dormirme oí varias veces gritos de ‘¡aquí está la Cruz Roja; no los sacamos, los curamos aquí mismo!’, eso decían.” Meticuloso en las cuentas, afirma que al amanecer sacó de su casa 37 cubetas llenas de agua. “Hablé por teléfono con mi mujer, que se había ido a Lindavista. Le dije que estaba bien y que yo me iba con ella. Me fui. Al tercer día regresé al Chihuahua, por ropa limpia; me acompañaron varios soldados hasta el departamento y cuando quise entrar la puerta estaba por dentro asegurada con la cadena. Fui por un oficial y le dije lo que pasaba. Me acompañó, me preguntó si yo aceptaría que abrieran la puerta a fuerza y dije que sí. ¡Ay señor, cuando me acuerdo me sudan las manos! Todo mi departamento estaba saqueado. Se llevaron mis herramientas y algunas alhajitas. Habían entrado por el tiro de los baños. No sé cómo pudieron porque toda la zona estaba custodiada por los soldados.”

Alcaraz le habló por teléfono a Héctor Azar, su amigo, que lo pensaba muerto “porque un amigo común creyó ver-

me durante la balacera desde una ventana”. Una de sus amigas lo acompañó a su casa del Chihuahua. “Había un tanque de guerra estacionado junto a la panadería, otro en la plaza y otro en el extremo sur del edificio. Los soldados dormitaban, conversaban entre ellos o comían en los prados, junto a los elevadores, en las terrazas y en las escaleras del edificio.”

“Llovía en el interior del Chihuahua. Frente a mi departamento (al que llegó custodiado por militares) había sangre mezclada con agua y panfletos propagandísticos en el piso. El departamento estaba inundado y, chapaleando, hice una maleta. Estaba en eso cuando llegaron más militares, uno de ellos cortó cartucho y gritó que le entregara ‘la propaganda’; le dijimos que no había ninguna, revisó mi maleta y, con su rifle apuntándome siempre, nos dejó ir. De pronto me di cuenta de que mi salida no era la única. Era como la huida ante los nazis. Muchos vecinos llevaban envueltas en sábanas sus pertenencias; sus ropas, sus juguetes y sus cacerolas. Me fui a Polanco, a casa de una amiga, y volví hasta pasado un mes.” En el primer aniversario de la matanza, José Antonio Alcaraz recibió en su departamento una invitación girada por el Partido Revolucionario Institucional y el Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos a todos los residentes del edificio, para ver una película en el cine Olimpia.

\*\*\* Este texto proviene del libro 1968. *El principio del poder*, Revista Proceso.

## LA TRAMPA

Humberto Musacchio

— ¿Por qué pusiste la bandera rojinegra en el Zócalo?

— ¿Yo, señor?

— Sí, tú. A ver, ¿cuántos camiones quemaste?

— ¿Camiones?

El agente del Ministerio Público preguntaba con voz áspera, sin ocultar el enfado que le producían la falta de sueño, el cansancio y la ingratitud propia de su tarea. Parecían importarle más las reacciones del interrogado que las respuestas. Era la madrugada del 5 de octubre de 1968. El lugar: la penitenciaría de Santa Marta Acatitla, donde a más de setecientos detenidos nos habían despertado a las dos de la mañana para llevarnos ante los fiscales, mecanógrafos, ayudantes y policías que tan erradamente buscaban a los culpables de la matanza de Tlatelolco.

— Dime, ¿por qué fuiste al mitin?

— Bueno, en realidad yo no había ido al mitin...

— Sí, seguramente como los demás, tú también andabas ahí por pura causalidad, ¿verdad? Pero sígueme, ¿qué andabas haciendo en ese lugar?

— Es que yo, como le decía, no iba al mitin sino al cine...

— ¿A qué cine?

— Al cine Tlatelolco, señor.

— ¿Qué película ibas a ver?

—La trampa, señor.

El agente del MP se volvió de inmediato hacia el mecanógrafo, el que simplemente asintió con la cabeza. El fiscal, después del desconcierto que le produjo el nombre de la película, me ordenó continuar con mi relato, lo que hice mientras me empeñaba en mostrar mi cara más inocente.

—Iba yo al cine con mi novia, la prima de mi novia y el novio de la prima de mi novia, pero cuando llegamos ya había empezado la película y entonces se nos hizo fácil asomarnos al mitin, a ver qué pasaba ahí, señor.

— ¿Y qué viste?

—Pues mucha gente que oía a los que hablaban del movimiento y de Cueto y los estudiantes presos... En eso estábamos cuando empezó la cosa. Se puso muy feo, señor.

—¿Por qué se puso feo?

—Pues, la verdad, yo no quisiera ni acordarme, señor.

—Cómo que no, si aquí estás para acordarte, así que mejor cuéntamelo todo.

El tipo seguramente me vio muy nervioso porque abandonó su tonito entre imperativo e irónico para adoptar una mezcla de morbo y ternura.

—Quiero que me digas todo lo que recuerdes. Cálmate y platicámelo —casi controlé la temblorina de las rodillas y antes de seguir agarré fuerte la orilla de la mesa, aunque el sudor hacía que se me resbalaran las manos de la helada cubierta de granito. Empecé con lo que creí una frase impactante:

—Fue algo pavoroso, señor. Se vivieron escenas dantescas. Todos estábamos muy confiados cuando, de repente, un helicóptero que estaba vigilando el mitin volvió a pasar encima de nosotros y del mismo helicóptero o de arriba de

la iglesia salió una luz de bengala, y luego otra... Así empezó todo, señor.

El agente del MP se dirigió al mecanógrafo: "Anote usted ahí que fue algo pavoroso, que se vieron escenas dantescas".

El apego del fiscal a mis frases, meros lugares comunes, me produjo una sonrisa interior y acabé de calmarme. Pero hubo cosas que no le dije. Cuando vi las luces de bengala pensé que sería la fiesta del Señor Santiago, patrono del templo. Luego, un engarrotamiento súbito dominó a la multitud unos instantes. Francisco Colmenares, delegado al Consejo Nacional de Huelga, quien pasó junto a nosotros, susurró que el Ejército tenía rodeada la plaza y soltó un casi inaudible "¡váyanse!" Que estábamos rodeados lo supimos desde nuestra llegada, cuando una ovación de los manifestantes que ya estaban en la plaza hizo gritar a uno de los policías apostados atrás de Relaciones Exteriores: "¡Gol!" "Gol del Che", apuntó otro uniformado entre la carcajada de sus colegas y nuestro desprecio.

Después de dos meses de enfrentamientos ya conocíamos la diferencia entre policías y soldados. La presencia de estos auguraba reacciones menos festivas. Habíamos llegado hasta el centro de la explanada cuando vimos las bengalas y escuchamos las primeras detonaciones. Algunos ingenuos gritábamos pidiendo serenidad: "Orden, compañeros. No corran. Hay niños, calma, son salvas". Desde la terraza del edificio Chihuahua, un individuo de chamarra café o verde seco, después de accionar su pistola contra los que ocupaban la tribuna, se parapetó en una de las columnas, agarrándose con una mano mientras con la otra hacía disparos sobre la plaza.

Cuando vi caer a los primeros heridos, olvidé mis llamados al orden y algo como una descarga eléctrica me reco-

rrió el cuerpo. Era el miedo. Sujeté a mi novia Socorro por los hombros y me escondí tras ella con el fin de protegerme. Fueron sólo unos instantes, hasta que superé el terror y asumí nuevamente la función de inepto calmante de unos seres victimados por el pánico y las balas. Mis tres acompañantes y yo corrimos hacia el andador que lleva al edificio de Relaciones Exteriores, pero los soldados ya venían a nosotros.

Decidimos ir al andador paralelo a la Voca 7, pero también por ahí llegaban los militares, quienes cargaban sobre la gente con la bayoneta calada. Parado de puntas, tratando de hallar una salida, pude ver las convulsiones de la multitud que como amiba excitada desplazaba sus contornos en todas direcciones. El tumulto nos empujó hacia el sur de la explanada. Llegamos hasta la orilla y pretendimos saltar para abajo, como lo hacían otras personas, pero la ajustadísima minifalda de Socorro impidió el brinco, lo que nos salvó de caer recibidos a tiros por los soldados, quienes, tan mordidos por el pavor como nosotros, disparaban a las efímeras fuentes que balazos salidos de lo alto levantaban en el espejo de agua que está entre la iglesia y el edificio Chihuahua. Los militares que embestían detrás de nosotros gritaban “al suelo, al suelo”. Con mentadas y culatazos ayudaban a los indecisos a efectuar el brusco viaje hacia el piso.

Para entonces el fuego era cerrado y había visto caer lo mismo civiles que soldados. Quedé tirado en la orilla de la plancha, junto a la masa encefálica de un muchacho que, a metro y medio de distancia, yacía boca arriba, con la cara como jalada hacia el fondo del cráneo. En el suelo tuve tres preocupaciones: salvar mi vida, almacenar en la memoria todo lo que pudiera y localizar mi reloj, regalo de un maestro muy querido que se me zafó en el momento de caer.

Después de unos diez minutos cesó el tiroteo y un repentino silencio nos levantó de golpe, lo que en forma inverosímil me permitió recuperar el reloj. Nos movimos apenas unos metros cuando, otra vez, la balacera nos obligó a ir al piso. Un nuevo silencio, mucho más breve e intenso que el anterior, nos permitió pararnos, pero entonces ni siquiera pudimos abandonar nuestros lugares. Al caer de nuevo al suelo, más rápido y más empavorecidos, todos tratamos de quedar hasta debajo de la masa humana y el resultado fue que formamos una enorme madeja que permaneció perfectamente anudada durante casi dos horas.

Mi cuello quedó bajo la corva de una chica que todo el tiempo hizo esfuerzos infructuosos por quitármela de encima. Yo mismo tenía la espalda sobre unas piernas inmóviles y el resto del cuerpo encima de dos o tres personas que, a su vez, eran incapaces de moverse. Otros cuerpos sobre el mío me protegían de modo perfecto, pero mi cabeza casi estática, había quedado al descubierto, expuesta a cualquiera de esas balas que milímetros más arriba formaban una tupida red de silbidos. Mi ángulo visual era mínimo. Guillermina, la prima de Socorro, y Juan Manuel, hasta entonces su pretendiente, quedaron fuera de lo que alcanzaba a mirar.

De la propia Socorro sólo podía ver la cadera magnífica, semicubierta por la pantaleta, pues la ínfima falda se le había subido hasta la cintura. Ante ese espectáculo, en medio del estruendo inicié una lucha más tensa y persistente para liberar mi brazo derecho, prisionero de cabezas, troncos y extremidades que, para huir de las balas, buscaban meterse más profundamente en el amontonamiento de cuerpos, en aquella maraña que el terror continuaba apretando. Cuando

por fin pude sacar mi brazo, penosamente lo envié a cumplir una pudorosa y urgentísima misión: jalar el vestido de Socorro tanto como fuera posible, a fin de tapar la espléndida grupa que, seguramente, en ese momento no tenía más admirador que yo.

En constante reacomodo, me fui cambiando obligadamente de posición. Llegó un momento en que tenía libre buena parte del tronco, lo que me permitía voltear casi a todos lados. Así vi cómo un muchacho que había mantenido su cuerpo estrechamente abrazado al de su novia recibió un disparo. Él emitió algo parecido a un lamento, en tanto que ella, prodigiosamente, se desató de la madeja y saltó para cubrir al joven con su cuerpo. Y ahí se quedó sobre él como pantera dolida, con un llanto ahogado que no la abandonó mientras le besaba al herido la cara, el pelo, el cuello, el pecho. Largo rato después, una bala alcanzó a la chica en la espalda. Una llovizna constante acompañó la matanza casi desde el principio. Hubo un momento en que empecé a ganar libertad de movimiento.

Mi mano derecha se situaba repetidamente sobre la cabeza de Socorro, empeñado en protegerla de la lluvia y de los disparos hasta que la conciencia recobrada llegaba a cancelar ese afán inútil. En esa posición podía seguir con más detalle lo que sucedía, pero mi cuerpo medio descubierto ofrecía un blanco mayor. Buscaba entonces sumergirme en el montón de humanidades, pero su hermetismo me obligaba a dejar mis intentos. Lo único que podía hacer era hurgar entre el humo por si hallaba caras conocidas. En eso vi venir un tanque por el corredor que se extiende bajo el Chihuahua.

Tomó posición justo frente a nosotros, levantó su cañón al máximo y, de pronto, la onda expansiva de un ruido

grave me encogió el estómago. El tanque había disparado contra el edificio, lo que provocó el incendio de las láminas de plástico que cubrían la construcción. Una llamarada salió en línea recta hacia arriba, en tanto que oíamos los gritos aterrorizados de quienes estaban en el interior. El fuego más tupido fue de las seis de la tarde a las ocho y media de la noche. Hubo, sin embargo, momentos en que disminuía la intensidad sonora de ese concierto loco, en el que se mezclaban tableteos de diversos ritmos y volúmenes con una dispareja melodía de rifles y pistolas de variadas voces.

De tiempo en tiempo, los cañones y las tanquetas emitían sus bajos profundos en medio de un coro de lamentos, chillidos histéricos, llantos, rezos y llamados a tener serenidad, valor o resignación. Había quienes emitían sollozos espasmódicos, exactos. Eran hombres y mujeres que recibían la ternura y solidaridad de los más enteros. En una de esas ocasiones, quizá para infundirme ánimos, con una especie de terror sublimado, dije más o menos a unas muchachas que lloraban: “aguanten, tenemos que salir vivos de aquí, ya nos tocará a nosotros.”

Los que dominados por la locura del momento trataban de levantarse eran atenazados entre varios y hasta recibían un buen golpe para obligarlos a volver al suelo o, más exactamente, al montón de cuerpos. En forma grotesca, dolorosa, desde el otro extremo del amasijo humano, una adolescente hincada me saludaba sonriente, como poseída. Era hermana menor de Yolanda Ulibarri, una compañera de la escuela. Un soldado quedó durante toda la balacera a nuestro lado.

Desde ahí disparaba, al igual que sus compañeros, contra algunas ventanas abiertas donde nunca pude ver algo

parecido a un francotirador, a una figura humana. Cuando aumentó el número de heridos y su sangre fue más evidente, algunos empezaron a gritar: “Un médico, un médico”. Era inútil. Algunos uniformados cargaban cuerpos y atendían a sus colegas heridos, pero los civiles no parecían importarles. El soldado más cercano a nosotros, ante las reiteradas exigencias de auxilio, apuntó su arma contra un estudiante de Economía que estaba junto a él y muy quedo, pero con firmeza, le dijo: “Cállese o lo mato”.

Nos callamos. Era el mismo soldado que ayudó a varios manifestantes a echarse al suelo. De entre los civiles tirados a mi izquierda, ante la sorpresa de todos, se irguió un hombre de saco azul, quien agitaba como bandera de paz un brazalete blanco con el emblema universalmente conocido: “Soy voluntario de la Cruz Roja”, gritó varias veces, mientras se desplazaba sobre los cuerpos tratando de llegar a la orilla sur de la plaza, distante unos cuantos metros. El hombre desapareció y pensé que había sido una buena forma de escapar, pero poco después regresó para atender a quienes habían sido alcanzados por los disparos.

Hizo más de un viaje y cuando la balacera perdió intensidad ayudó a trasladar heridos. En un seguimiento del socorrista pude ver, asidos de brazos y piernas, a Guillermina y Juan Manuel, quienes se dedicaban a besarse para atenuar el miedo, lo que sirvió para convertir en novios a los pretendientes. Mi amigo tuvo mucho trabajo, pues Guille se entregaba al llanto cuando carecía de la medicina “oscular”. Al amainar el fuego, los soldados estaban ya en la entrada del Chihuahua, a donde unos individuos de guante o pañuelo blanco amarrado en la mano habían llegado desde el princi-

pio, en tanto que otros del mismo grupo, ya en plena balacera, habían ido subiendo al grito de “¡no tiren, no tiren, Olimpia, Olimpia!”

Controlada la situación, decenas de soldados entraron por entre los vidrios rotos de la planta baja a saquear los comercios. Una tienda de joyería barata fue objeto de rapiña metódica: los de verde se apoderaron de cuantos objetos podían llevar en las bolsas y los últimos en entrar se conformaron con puños de bisutería. Se me ocurrió, estúpidamente, que debíamos tener un testimonio de lo que estábamos viendo y empecé a gritar: “¡Una cámara, una cámara. Hay que tomarles una foto para que luego no nos acusen a nosotros!”

Una voz susurró mi apellido a dos cuerpos de distancia: “Musacchio, Musacchio”. Cuando oí mi nombre me supe indetectable y de nuevo me atenazó un pavor ineludible. Sin embargo, la insistencia no me dejó abandonar el interés documental: “No te hagas, hombre, ya sé que eres Musacchio, de Economía”. Me volví hacia la voz, desconfiado, y vi a Carlos Díaz de la Vega, un brigadista muy conocido, quien me alargaba trabajosamente una cámara al mismo tiempo que me advertía, “pero no tiene rollo”.

Para ese momento ya circulaban entre nosotros los camilleros. Algunos heridos leves se negaban a ser trasladados a un hospital, por temor a que les pasara algo peor. En eso nos ordenaron levantarnos, lo que algunos aprovechamos para deshacernos de todo lo que pudiera resultar comprometedo: volantes, revistas, periódicos y otros papeles que revelarían nuestra filiación política. Hubo quienes destruyeron ahí mismo sus credenciales para no ser identificados. Ya de pie pudimos ver sobre la plaza manchas de sangre que no pudo

lavar la llovizna, papeles, trapos, zapatos y todavía algunos cuerpos que apresuradamente eran retirados. El olor de la pólvora aún picaba la nariz e irritaba los ojos. Ahí mismo nos tuvieron parados y cada vez que se oía alguna escaramuza volvíamos al suelo por acto reflejo. Nos formaron de dos en fondo con las manos en la nuca: Juan Manuel y yo decidimos que Socorro y Guille fueran exactamente delante de nosotros, pensando que así podríamos protegerlas.

Al momento de ponernos en marcha, Socorro tuvo un ataque de nervios y entre dientes, imperativo, le dije que avanzara, pues temía que sus notorias turgencias despertaran la fiera del deseo entre esos hombres que nos tenían a su merced. Los cuidados que yo le prodigaba a mi novia los interrumpió un capitán que descargó sobre mis costillas la culata de su fusil ametralladora, mientras me espetaba: “Pinches estudiantitos pendejos, ¿ya ven lo que provocan con sus cosas?”

En la esquina surponiente de la plaza entregamos cinturones, agujetas y todo lo que, supongo, podría servir para un suicidio. Después nos formaron a lo largo de la fachada norte del templo, donde debido a las repetidas balaceras, algunos detenidos, sobre todo las mujeres, empezaron a golpear con insistencia las puertas de la iglesia. Pero fue inútil. Esa noche no se abrió la casa de Dios. Una regañada de los soldados puso en orden la situación. El periodista Sotero García Reyes, amigo de la familia, sacó a Socorro y Guillermina del lugar echando mano de influencias que resultaron muy oportunas. Cuando ellas se fueron, Juan Manuel comentó con un suspiro: “Un problema menos”.

Al rato escuché una voz tipluda a mis espaldas: “Quihubo, pinche flaco”. Era Gonzalo Martínez, el Zombie,

compañero desde la prepa, gracias al cual fumamos nuestro primer cigarro en cinco dilatadas horas. Nuevos tiroteos nos llevaron una y otra vez al suelo. Nunca pude ver de dónde salían las descargas, pero oí y sentí perfectamente cuando las balas despostillaban los adoquines. A media noche nos condujeron a un patio con arcadas, al otro lado de la iglesia, y ahí nos sentimos relativamente seguros. Luego nos sacaron para formarnos frente al viejo jardín de Tlatelolco, a lo largo del muro de Relaciones Exteriores, donde un joven moreno, de cejas largas y lacias, pasó frente a cada uno de nosotros clavándonos a la pared con la mirada. Sacó a cuatro o cinco de la fila, a uno se lo llevaron aparentemente detenido y a los demás los dejaron ir.

Horas después, sin que dejaran de oírse, esporádicamente, descargas, a bordo de autobuses urbanos nos enviaron a Santa Marta Acatitla. Al llegar a la cárcel todavía estaba oscuro. Mientras nos hacían esperar afuera de la penitenciaría, uno de los policías que nos custodiaba revivió nuestro miedo, pues dijo que a los primeros en llegar les hicieron valla, esto es, los habían obligado a pasar entre dos filas de guardias que los golpearon y desvalijaron.

Por suerte, los que viajábamos en los últimos transportes hicimos una entrada sin problemas y nos condujeron hasta un salón helado, alto y muy grande, con paredes y pisos de mosaico o granito, donde nos tuvieron parados desde el amanecer hasta después de las siete, cuando apareció un militar, un mayor, que nos dirigió unas palabras con tono marcial: "Señores, han llegado ustedes a la cárcel más hermosa de América Latina. Aquí tienen que portarse muy bien, porque si no, ya saben... En unos momentos más llegará el señor di-

rector de la penitenciaría, quien dirá qué se hace con ustedes. Obedezcan las órdenes y no les pasará nada. Al que no las obedezca, aquí le enseñamos a obedecer”.

El oficial se retiró y más de setecientos seres aún aterrados nos quedamos en aquel galerón gélido, hambrientos, acosados por el sueño y con los nervios deshilachados. En tan deplorable situación vimos llegar muy derecho a un general recién bañado, a quien acompañaban varios oficiales y algunos civiles. El hombre del águila en el quepí era el director de la prisión, en torno del cual nos formaron para darle una completa visión del campo.

Durante varios minutos nos examinó con toda la dureza de una mirada cruel, inquisidora, hasta que empezó su perorata: “Yo no sé qué hayan hecho cabroncitos, pero ésta es una cárcel, y aquí se chingan”. Guardó un largo silencio y nosotros totalmente vencidos tuvimos tiempo para imaginar lo peor. Habló en tono áspero de la responsabilidad que cabe a los jóvenes, de la indisciplina y sus consecuencias, de la pérdida de valores, de la necesidad de respetar a los mayores y a las instituciones.

Justo lo que esperábamos de un militar, el que, por añadidura, nos comunicó su pesar por la muerte de un ex condiscípulo, el también general José Hernández Toledo, quien ganó sus entorchados, como nosotros sabíamos, en la ocupación de universidades y el bazucazo contra la puerta de la Preparatoria 1. La filípica del director continuó alternándose con silencios, los que resultaban más impresionantes por la incertidumbre de las siguientes horas, de los siguientes días. No volvió a las palabras gruesas del principio, pero su tono era severo, recriminatorio, amenazante. Después del lapso

silencioso que siguió a su última andanada, en forma repentina las facciones duras y la mirada intimidatoria dejaron su lugar a una expresión beatífica. “Pero, hijos de mi alma, ¿qué andaban haciendo ustedes allí?”, nos dijo con un tono desconcertante por su ternura. “Yo sé que ustedes son buenos, porque los jóvenes son gente limpia, son el futuro de nuestra Patria y México necesita de muchachos como ustedes, con su idealismo. A lo mejor aquí hay algunos agitadorcillos, pero estoy seguro de que la mayoría son buenos muchachos, buenos hijos, respetuosos, dedicados al estudio, como deben ser los jóvenes.” Nuestro desconcierto se convirtió en esperanza. El general continuó con la misma voz afectuosa: “Ésta es una cárcel, y todas las cárceles son duras, pero vamos a ver la manera de que estén seguros mientras se hallen aquí. Ya ordené que les desalojen un dormitorio. No van a tener contacto con otros presos porque no quiero que les pase nada. Tampoco dejaré que nadie, sea quien sea, abuse de ustedes. Están aquí bajo mi responsabilidad y mi protección”. Casi sentimos ganas de aplaudirle, pero si alguien tenía esa intención, la atajó adoptando nuevamente un tono castrense.

— ¿Alguna pregunta?

— Mi general, quiero que me permita, en nombre de todos nosotros, darle las gracias por esta recepción y por sus palabras — el que hablaba era Treviño, otro estudiante de Economía —. Yo sé que usted comprende nuestra situación porque tiene hijos que son jóvenes como nosotros, idealistas que, también como nosotros, sintieron la misma indignación ante la injusticia que nos ha traído hasta aquí. Gracias, mi general, por tratarnos con la misma comprensión con que trata a sus hijos, actores también de este movimiento que creemos justo y patriótico.

— Bueno, bueno... — un gesto del general terminó con el discurso grandilocuente pero inoportuno de Treviño. El militar indicaba así su embarazo porque se hablara ahí de sus hijos como participantes en el movimiento. Prefirió entonces darle la palabra a otro detenido que tímidamente preguntó:

— General, ¿nos podrían dar un cafecito? — todos soltamos una carcajada que acabó por romper la tensión.

— Pues, eh, vamos a ver. En realidad no los esperábamos, no estábamos preparados — la respuesta del director nos hizo reír de nuevo, con todo y su rigurosa lógica.

Pese a no estar preparados, nuestros anfitriones nos trataron mucho mejor de lo que puede esperarse en una cárcel. Alrededor de las 12 del día nos llevaron café y bolillos, más tarde nos ofrecieron servicio médico y nos entregaron cobijas nuevecitas. También flamantes fueron las charolas en que nos sirvieron la comida bien entrada la tarde. Nos dieron lo indispensable para la higiene y nos metieron a cuatro en cada celda individual. En la nuestra sólo estuvimos tres, pues el cuarto, con una herida de bayoneta en la pierna, se quedó en la enfermería. Pudimos dormir, si bien no faltaron incidentes que se mezclaron con los rescoldos del miedo.

En la madrugada del viernes 4 nos despertaron para la ficha: huellas digitales, fotos de frente y de perfil, así como los datos personales anotados en medias hojas tamaño carta. Cuando volvimos a la celda, Juan Manuel soltó algo que yo había tenido presente durante muchas horas: “Oigan, ya revisé el excusado, la llave del agua y todo lo que podría oler mal, pero no sé de dónde sale una hediondez del carajo”. Intervine en el mismo sentido: “Sí, yo también he estado oliendo algo que apesta de la chingada”. Toño, el otro compañero, dejó salir una

vocecita apesadumbrada: “Soy yo”, dijo ante nuestro asombro. “¿Pos qué, estás enfermo?”, preguntó Juan Manuel. “No, es mi suéter. Creo que en el desmadre caí sobre unos sesos. Ya lo lavé muchas veces y no se le quita la peste. Huele a muerto.” Nos dispusimos a dormir, pero el suéter evocaba la presencia de alguien que había estado con nosotros en la plaza, alguien que no tuvo nuestra suerte. En la madrugada siguiente nos condujeron al comedor de la crujía, donde estaban varias cubetas llenas de parafina para la conocida prueba. Sin embargo, nos formaron para pasar a interrogatorio sin meter la mano en la cera. Los interrogadores no eran guaruras, como suponíamos, sino agentes del Ministerio Público.

En la celda nos habíamos puesto de acuerdo en lo que debíamos contestar. No podíamos negar que éramos estudiantes, pero por ningún motivo debíamos revelar que éramos militantes organizados, ni siquiera estudiantes más o menos politizados. Nuestras respuestas debían ser sencillas, creíbles, aparentemente ingenuas. Le conté al fiscal que yo trabajaba para poder estudiar, que era huérfano y que una hermana costurera me había mantenido hasta que pude valerme por mí mismo. Creo que se conmovió, pues me dio consejos que bruscamente interrumpía cuando recordaba su papel. “¿A cuántos granaderos golpeaste? Se me hace que tú eres uno de los revoltosos. A ver, dime, ¿a cuántas manifestaciones fuiste?”

— A la del rector —respondí seguro, pues sabía que ésa no la consideraban subversiva.

— ¿Nada más?

— Sí, señor.

— ¿De qué escuela eres?

– De Economía, de la Universidad, señor.  
– Ah, eres de los peligrosos.  
– No, señor, de veras.  
– ¿Ibas todos los días a las asambleas?  
– Al principio sí, pero después yo lo único que quería era volver a clases.

– Y si querías volver a clases, ¿por qué ibas a las asambleas?

– Porque ahí se votaba si volvíamos a clases, señor.

– Y tú, ¿hablabas en las asambleas?

– No, señor, a mí me dan pena esas cosas.

– ¿Entonces por qué aquí sí estás hablando?

– Pues porque usted me pregunta, señor.

– ¿A que líderes conoces?

– Pues a algunos.

– ¿Cómo se llaman?

– Bueno, no sé, pero...

– ¿Pero qué?

– Pues esos que salen en los periódicos.

– Ah, son tus amigos.

– No, pero sí he visto sus nombres.

– ¿Y cómo se llaman? A ver...

– Pues ahorita no me acuerdo, pero son los que salen en los periódicos.

– De estos, ¿a quién conoces?— me preguntó, mostrando una lista de diez nombres donde estaban Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara Niebla, Pablo Gómez y otros. Señalando con el dedo al primero, dije:

– Éste venía con nosotros.

– ¿Y lo conoces?

– No, pero oí que lo nombraron al pasar lista. Aquí

debe estar — por supuesto, ya se había corrido la voz de que se lo habían llevado a otro lugar.

— ¿Y a éste? — dijo señalando con el índice el nombre de Guevara.

— Éste es de los que salen en los periódicos — respondí en tono de “mire usted que yo sí sé”.

— Sí, ya sé que salen en los periódicos, pero te pregunto si los conoces.

— Ah, eso sí no, señor.

— A ver, ¿éste? (Pablo Gómez.)

— A éste sí lo conozco, señor.

— ¡Vaya, por fin! — respiró al agente del MP con un aire de suficiencia profesional — ¿Desde cuándo lo conoces?

— Pos de ahora que empezó esto del movimiento.

— ¿Y es tu amigo?

— No.

— ¿Entonces cómo lo conoces?

— Porque es de los políticos de la escuela y esos siempre andan en las asambleas y hablan y todo eso.

— Bueno, dime cómo es.

— Pues es creo que más bien alto, no sé si medio gordito o a lo mejor nomás es fornido y tiene el pelo así como... ¿Cómo le diré?

— ¿Cómo?

— Pues no me acuerdo, porque yo nomás veo a los políticos en la escuela, pero ni sé quién es quién.

— Los políticos, los políticos. Se me hace que tú eres uno de los políticos esos, ¿verdad?

— ¿Por qué, señor?

— Porque yo te vi quemando camiones.

— Señor, de seguro me confunde.

— Mmm. Te voy a dejar ir, pero tienes que ser un buen estudiante para que no defraudes a tu hermana, que tanto se ha sacrificado por ti, ¿eh?

— Sí, señor.

— Bueno, vete.

Y me fui a formar con otros que habían pasado la prueba. Nos sacaron de la crujía, atravesamos patios y jardines y luego recorrimos en sentido contrario salas y pasillos hasta llegar a la gran puerta de entrada entre burlas y mentadas de los celadores. Salimos a la calle, “al aire libre” y entonces entendí cabalmente el significado de esa expresión.

\*\*\* Este texto proviene del libro *Urbe fugitiva*, Biblioteca Ciudad de México.

## SIN TÍTULO

Marco Antonio Campos

La voz me sale hueca,  
La saliva me sabe a sangre,  
Quisiera un relámpago en la voz  
Para incendiar las tinieblas.

El símbolo el desprecio y los dioses agonizan  
El águila se para sobre la mierda  
El hombre tiene náusea y no se encuentra

Sí, porque mientras los muros vomitaban sangre,  
mientras nacía el imperio de las ametralladoras,  
mientras las muelas masticaban muerte,  
las edecanes agitaban lechos en la Villa Olímpica  
los atletas desayunaban estiércol  
y la gente comía viandas de prestigio y novedad.

\*\*\* Este poema proviene de *Memorial del movimiento estudiantil de 1968*,  
colección Lajas de papel.

## UN POEMA DESDE LA CÁRCEL

Jaime Goded

Ya no pienso en la mirada o el embuste  
Ni recuerdo para siempre al enemigo;  
No me hablo encerrado ante penumbras,  
Venganzas muertas y retiradas.

Por que siento respirar la vejez de las paredes  
Y sueño mezclas imposibles  
En el último apacible rincón silencioso  
de la suerte.

Despierta con tambores mi amenaza  
Y uniformes de tristeza;  
Vergüenzas y silbatos alimentan,  
Con la lluvia sobre el "nailon"  
El vomito de una ilusoria trampa  
En la banqueta.

No me besa una conquista:  
Suelo sospechar ojos abiertos por los muros  
Y canto de mi entierro bajo nubes.  
Es muy poco lo que pueden decirles  
Cuando rompe como acero el descalabro  
Cuando la memoria militar suspira.

\*\*\* Este poema proviene de *Memorial del movimiento estudiantil de 1968*,  
colección Lajas de papel.

“CANTARES MEXICANOS”  
MANUSCRITO DE TLATELOLCO

José Emilio Pacheco

Cuando todos se hubieron reunido  
los hombres en armas de guerra  
fueron a cerrar las salidas,  
las entradas, los pasos.  
Sus perros van por delante,  
los van precediendo.

Entonces se oyó el estruendo,  
entonces se alzaron los gritos  
Muchos maridos buscaban a sus mujeres.  
Unos llevaban en brazos a sus hijos pequeños.  
Con perfidia fueron muertos,  
sin saberlo murieron.

Y el olor de la sangre mojava el aire.  
Y el olor de la sangre manchaba el aire.

Y los padres y madres alzaban el llanto.  
Fueron llorados.

Se hizo la lamentación de los muertos.  
Los mexicanos estaban muy temerosos.  
Miedo y vergüenza los dominaban.

Y todo esto pasó con nosotros.  
Con esta lamentable y triste suerte  
nos vimos angustiados  
En la montaña de los alaridos  
en los jardines de la greda,  
se ofrecen sacrificios,  
ante la montaña de las águilas  
donde se tiende la niebla de los escudos.

Ah yo nací en la guerra florida,  
yo soy mexicano.  
Sufro, mi corazón se llena de pena;  
veo la desolación que se cierne sobre el templo  
cuando todos los escudos se abrasan en llamas.

En los caminos yacen dardos rotos.  
Las casas están destechadas.  
Enrojecidos tienen sus muros.  
Gusanos pululan por calles y plazas.

Golpeamos los muros de adobe  
y es nuestra herencia  
una red de agujeros.

Esto es lo que ha hecho el dador de la vida  
allí en Tlatelolco.

\*\*\* Con textos que tradujo del náhuatl el padre Ángel María Garibay y publicados por Miguel León Portilla en *La visión de los vencidos*, este poema proviene del libro *Memorial del movimiento estudiantil de 1968*, colección Lajas de papel.

## CONMEMORANTES (OBRA EN UN ACTO)

**Emilio Carballido**

*Concebida a partir de "Sumida  
Gawa", drama Noh  
Para Pilar Souza*

Personajes:

La Madre  
El Muchacho  
La Muchacha  
Un Joven Mayor  
La Joven I  
La Joven II  
El Joven de Gris  
Muchacho I  
Muchacho II

Espacio vacío y oscuro. Quena, flauta y tambor tocan una melodía que podría ser de danzantes. Entran dos jóvenes: encienden sendas veladoras en el suelo, riegan flores amarillas. Única luz, las veladoras, con ella entra La Madre y empieza a hablar. Conforme sigue, van entrando más jóvenes en grupos, parejas, de uno en uno. Encienden veladoras, las dejan en el

suelo, llega a haber treinta, cuarenta. Serán la única luz hasta que se indique otra cosa. Todos riegan flores y hojas.

**La Madre:** Con estos trapos negros he cruzado calles, umbrales, patios, vestíbulos. Y me he sentado a esperar días enteros en bancas duras, labradas por la desdicha, marcadas a navajazos por estas palabras torpes que dan forma a la burla y al desprecio, o al dolor, o al recuerdo amoroso: letras y rayas, corazones que imitan sexos, rasgos como de niños, tallados a punta de cuchilla y de clavo. La desgracia nos vuelve niños. Ahí sentada, sin que me den razón, tratando de mostrarme bien compuesta, respetuosa viendo pasar los uniformes de militares o de policías, o los trajes raídos de los burócratas.

Y me vuelvo como una niña sumisa, verán que me porto bien, verán que no insulto, ni grito, ni exijo, nada más espero que me den razón, que alguien me diga algo, me vuelvo niña buena para encontrar a mi hijo. Cubierta con estos trapos negros he observado cadáveres grisáceos que salen de gavetas, o que yacen en planchas, y he murmurado “no, no es”, como una niña... ¡Niña!, un pajarraco negro, una máscara de arrugas, un greñero blanco, si me descubro la cabeza, era gris, era negra, me la pintaba yo. Para qué. Salió esa tarde, no regresó. Se me perdió en la noche, entre la gente que gritaba y corría, que rodaba por escaleras de piedra, que buscaba salida y encontraba fusiles y balas y bayonetas. Sus amigos dijeron que no murió. Que estaba lastimado. ¡Lo secuestraron vivo!

Y lo he buscado desde entonces... cruzando umbrales sucios, ante escritorios desordenados, preguntando a secretarias pintarrajeadas y a hombrecillos amorfos, evasivos, de rostros abotagados. Tantas calles cruzadas, como ríos, calles violentas, de corrientes adversas, donde las fuerzas polvosas

que circulan y el peso sucio y opaco del sol resienten la presencia de esta sombra, despacio, de estos trapajos, de que esta mirada que hurga en cada rostro joven, esperando a ver mi niño, porque era un niño largo, crecido, peludo, loco, tierno...

¡Ay, ay, mi niño!, secuestrado como otros tantos, en los camiones verdes, camiones enrejados para animales, para gallinas, camiones verdes del Ejército, revuelto con muertos, con heridos, ¡ay!, con tantos otros... No fui la única: somos muchas mujeres flacas, entrapajadas, buscadoras humildes... Nos topamos a veces. Nos murmuramos cosas, queriendo darnos ánimo... Pero evitamos vernos a los ojos, para no leer allí la desesperanza. Luces fanales y relámpagos líquidos, carreras de esas luces. Crucé calles como ríos, esa avenida ancha y lustrosa, ese torrente con las riberas arboladas, y vine a dar a esta playa negra, a este pantano viejo y seco de piedras... Lleno de luciérnagas temblorosas, custodiado de nuevo por ametralladoras y rifles. ¿Y por qué lo custodian? ¿Qué esperan que suceda? ¿Qué creerán que venimos a hacer? ¿Qué piensan que diremos, que no haya sido antes? Conmemorantes nos encontramos donde ocurrió aquello. Vete, tal vez a sus amigos. ¡Sabrán algo! ¡Los jóvenes saben mejor que uno! Andan más, entienden más, tienen los ojos rápidos, los oídos agudos, son ingeniosos, inventan cosas... Los jóvenes... ¡Como él! Como es él.

(Ya hay muchas veladoras. Ella observa una pareja de muchachos. Duda. Los ve encender veladoras. Riegan flores.)

**La Madre:** Eloisa... Lalo... ¡Lalo, Eloisa!

(Se les acerca.)

**Ella:** Perdón... No me llamo Eloisa.

**La Madre:** ¿No? ¿Eloisa? ¡Lalo!

**Él:** No, señora, me llamo Pedro.

**La Madre:** Perdón, creí... Tenía mi hijo tantos amigos, de su edad... iban a la casa... Y ustedes... Tienen 17 años o poco menos, o... ¿Poco más?

**Ella:** Yo, dieciséis.

**La Madre:** ¡Claro! Por eso dije: son amigos suyos. Preparatoria 5, ¿allí estudian ustedes?

**Ella:** Preparatoria, pero en la 11.

**La Madre:** Ah... Él, ya habría terminado... ya habría estudiado su carrera... más aún, ya se habría recibido... Dios mío, ya tendría hijos... ¡han pasado los años! ¿Qué edad tenían ustedes en 1968? No, no me digan. Ustedes no pudieron ser amigos de él, ni conocerlo. Ay, ay, ay... ay...

**Él:** ¿Se siente mal, señora?

**La Madre:** No, perdón. Perdí a mi hijo. ¿Por qué vienen aquí?

**Él:** Vinimos muchos de la escuela. Para que vean que nos acordamos.

**Ella:** No olvidamos.

**La Madre:** No, no lo olviden. No olviden.

(Ellos salen.)

**La Madre:** Pero recuerdan, ¿qué? No vieron nada. No supieron. Les han contado, saben, pero... (Entra un joven de más edad. Prende la luz.)

**La Madre:** Señor... joven... usted... ¿no estaba en la preparatoria 5?

**Joven:** No señora.

**La Madre:** Mi hijo estaba allí. ¡Lo secuestraron!

**Joven:** A tantos... y no se supo más de ellos...

**La Madre:** Usted... ¿estuvo aquí?

**Joven:** Sí, señora. Vine con mi amigo. Mi compañero. Cuando se oyeron los disparos, algunos comenzaron a caer, a caer... nos arrastraron a empujones, todos corrían, no sé dónde fue a dar. Nos separó la gente... se lo llevaron.

(Sale.)

**La Madre:** ¿Y lo ha buscado usted?, ¿ha investigado?, ¿ha preguntado? Ya no veo más a sus amigos. Tal vez ya no vienen. Se les irá olvidando.

(Entran dos jóvenes.)

**La Joven I:** No quiere que yo venga.

**La Joven II:** Pues no habías de venir.

**La Joven I:** Era mi marido. Y el niño es suyo y yo lo traigo porque no quiero que lo olvide.

**La Joven II:** Pero tu hijo piensa seguramente que su papá es Horacio.

**La Joven I:** No. Yo se lo he dicho: es como tu padre, es muy bueno y nos quiere. Respétalo y quiérello. Pero tu padre murió en estas piedras y se robaron su cuerpo. Por eso le ofrecemos veladoras y flores. Si por aquí regresa, verá que nos acordamos.

**La Joven II:** ¿Y qué dice Horacio?

**La Joven I:** Se enoja, no está de acuerdo. No lo dejó acompañarme. Pero no importa, antes de ir a la escuela, ma-

ñana en la mañana él vendrá a regar flores y a prender una veladora.

**La Madre:** ¿Señoritas, entonces no estuvieron ustedes en la Preparatoria 5?

**La Joven II:** No señora. Éramos politécnicas.

**La Madre:** Ay. Ya nadie viene de sus amigos. O ya no los recuerdo. Dígame, señorita, ¿por qué hay tantos soldados? Por allá vi unos tanques de guerra.

**La Joven II:** Cuando es conmemoración vienen.

**La Joven I:** Quieren reprimir hasta la sombra de los muertos, hasta el recuerdo. (Se ríe.) ¡Que disparen contra el recuerdo!

(Enciende una veladora, la segunda riega flores.)

**La Madre:** Busco a mi hijo.

**La Joven I:** Ay, señora, ¿desde entonces?

**La Madre:** Desde entonces lo secuestraron. Vivo.

**La Joven I:** Ay, señora, a mi marido lo secuestraron muerto para quemarlo. Con esta flama que enciendo les demuestro lo estúpidos que fueron. Y mañana vendrá mi hijo a regar flores.

**La Joven II:** Ya no busque, señora, se va a volver loca. Ha pasado...

(La otra le jala el brazo.)

**La Joven I:** No aconsejes a la señora. Que haga lo que mejor crea. ¿No traje veladora?

**La Madre:** ... (Alguna seña.)

**La Joven I:** Tenga. Ya encendí una. Le regalo ésta.

**La Madre:** Gracias. Pero por mi hijo no... Las veladoras...

(Se van las dos. La Madre duda, con la veladora en la mano. Al fin se arrodilla, la enciende.)

**La Madre:** Hijo querido de mi vida: voy a ofrecerte una flamita, una luz pequeñita que parpadee, casi invisible, en el corazón de la noche. Pero mira cuántas más hay. Conmemoramos tu ausencia, que es la de todos, tu vida es la de muchos. No supe más de ti; aún pregunto y espero. Hijo, eras así, una llamita entre las sombras, y querías que todo brillara. Todos ustedes juntos eran un desfile de antorchas. Los apagaron, pero si guardo así, entre mis manos, esta luz, si miro sonrosarse mis dedos, en esta flama, yo también brillo. Eras único. No volverás a repetirme. Y por eso no hallo consuelo. Ay, la diversidad del mundo es la dicha de tantos... Para mí, es enloquecedora. Tantos millones de rostros y el tuyo no se repite. ¡Odio la diversidad del mundo!

(Un joven de gris está de pie, a un lado de ella: no se acerca. Ella lo advierte. Va a voltear.)

**Joven:** No se mueva. No voltee. Siga viendo de frente.

**La Madre:** ¿Quién es? ¿Me dice a mí?

**Joven:** Así. Véame de reojo.

**La Madre:** Tengo miedo. Dígame otra cosa. Hable de nuevo.

**Joven:** Pero no voltee.

**La Madre:** ¡Esa es tu voz! ¿Verdad que esa es tu voz?

**Joven:** Sí. Es mi voz. No te muevas. Con el filo de tu mirada puedes percibirme.

**La Madre:** (Grita y solloza.) ¡Eres tú!

**Joven:** Ya no llores. Cálmate. Cierra un poco los ojos. No pienses. Óyeme. Quédate allí, no te levantes. No te acerques.

**La Madre:** ¡No vayas a marcharte!

**Joven:** Sécate tanta lágrima. Ahora puedes mirarme un poco más de frente. Ya. Así, ¿me reconociste?

**La Madre:** Sin verte te sentí con toda la piel. Un ramalazo del alma. Y ahí, esa forma tan inmóvil, esa sombra... Ay. Dime algo. Habla para que crea que aquí estás. (Silencio largo.) ¡Háblame! Qué crueldad. Tantos años... sin decirme nada, algún mensaje, alguna frase, una noticia, algo. ¡Qué crueldad!

**Joven:** No fue crueldad.

**La Madre:** Sí, sí. Horrible. ¿Cómo viniste aquí?

**Joven:** Las luces. La conmemoración. Venimos muchos a calentarnos en las luces. Te has de acordar, siempre fui friolento. Cuando en la escuela hacíamos guardias, encendíamos hogueras. Nos echábamos tragos de tequila, pasaba mejor la velada. Hablábamos mucho: esperanzas, conjeturas... había muchachas con nosotros, que también pasaban la noche... ¡Me gustaba estar vivo!

**La Madre:** ¿Qué dijiste?

**Joven:** Nada, olvidaste.

**La Madre:** ¡Qué dijiste!

**Joven:** Eso. Lo sabías. Ya no me busques. ¡Cómo creías!, después de tanto tiempo... ¿Te gusta atormentarte, sufrir, andar de aquí para allá, que te maltraten?

**La Madre:** Me gusta la esperanza.

**Joven:** No me busques.

**La Madre:** ¿Cómo fue?

**Joven:** No te voy a contar esas cosas.

**La Madre:** Quiero saber. Dímelo.

**Joven:** Trato de no recordarlo. Fue... Me hirieron, me llevaron entumido, dolido... Pero eso pasa pronto. Me interrogaron poco... la herida estaba mal. Nos insultaban... Luego, ya no tuve conciencia. Fue por la herida. Nos pusieron en un montón... y nos quemaron. No llores así, no grites. Eso ya es lo de menos. Palabra, lo peor fue aquí. Ver caer a la gente, a los pobres vecinos de este barrio, que habían venido para oírnos, pero no pienso en eso; me acuerdo de las marchas cuando éramos un río de muchachos y llenábamos avenidas, y avenidas, nos desbordábamos en las plazas... y cantábamos y gritábamos... tantos como uno solo, cada uno distinto, diferente, cada uno un amigo, miles y miles de rostros...

De eso me acuerdo, de discursos, discursos que dije, de las noches de guardia con el trago y los cigarros y las hogueras... y me acuerdo de que cada día, lleno de cosas diferentes... ¡la variedad del mundo! Me gustaba estar vivo. Ya no me busques.

(Empezó a amanecer, una luz grisácea va opacando poco a poco las flamas. La Madre trata de tocar al joven.)

**Joven:** No me toques. No se puede.

**La Madre:** ¡Ya no te veo bien! ¡No me dejes así!

**Joven:** No sé para qué vine... Ya ves, no tenía caso. Aquí va un beso. Toma.

(La besa en la frente. Una racha de viento apaga las veladoras y desvanece entre el humo la figura del hijo. Grito de La Madre, queda tirada sollozando. Vienen dos muchachos, la incorporan.)

**El Joven I:** Señora... ¿Qué le sucede, señora?

**El Joven II:** Se puso mal. ¿Quiere que la llevemos a su casa?

**La Madre:** Nunca más. Ardido, derretido. Como esas flamas. El rostro de él. De mi hijo. Ceniza, ¡humo! Nunca más. Era único. Nunca más.

**Joven:** Hace frío, señora, está amaneciendo, ¿la llevamos a su casa?

**La Madre:** Mi casa... abandonada. Mi cueva polvosa de ropa rota y rastros sucios de papeles tirados. ¿Qué voy a hacer ahora, sin cuarteles, sin bancas duras, sin esperanzas?, ¿qué voy a hacer con la luz de cada día? (Se arrodilla, toma puños de flores, las observa). Marchitas todas... Todas distintas... ¡No hay dos flores iguales! (Con las manos llenas de flores va saliendo, ayudada por los jóvenes. Aprieta las flores contra el pecho, grita.) ¿Qué voy a hacer con la diversidad del mundo?

(Todo vacío, un haz de luz a las flores marchitas, a las veladoras humeantes.)

FIN

\*\*\* Esta texto de teatro proviene del libro *Antología Teatro del 68*, Editorial Durece.

## ¿Y VOSOTROS QUIÉN SOIS?

Daniel Molina

¿Y vosotros quién sois,  
que habláis en este tono  
tan alto, claro e insolente?

—No somos nada.

Somos apenas  
arena del desierto,  
el agua en la cascada,  
la pluma en el penacho,  
el atabal de la guerra,  
el ulular del viento.

—No somos nadie.

Somos apenas la parte de una tribu,  
venimos del fondo del tiempo y la distancia,  
tatuada está la historia en nuestros códices.  
Somos mínima expresión de los mexicas,  
el pueblo del sol, el errabundo,  
el condenado a luchar por siempre.  
Descendemos de un pueblo de artífices y sabios.

Filósofos, poetas,  
danzantes y guerreros,  
campesinos y obreros.  
Y hemos sido, ayer nomás,  
el hambre del tenochca,  
el dolor de Cuauhtémoc,  
el grito de Yanga y de Kanek,  
la llama que consume al hereje, al ateo,  
el silencio en la Inquisición y la tortura,  
la chusma volteriana, disoluta e insurgente,  
la lanza del chinaco, las blusas encarnadas,  
la blasfemia anarco-magonista,  
la ilusión maderista,  
el máuser de Zapata,  
el machete del partido,  
la marcha del minero: caravana del hambre,  
los que marcaron a sangre y fuego un 2 de octubre.

¿Pregúntale quiénes somos?  
No somos nada. No somos nadie.  
Somos la tribu sin rostro y sin nombre.

Sólo somos los que hemos peleado por  
siempre en  
Tlatelolco.

## EL PRINCIPIO DEL FIN

Francisco Pérez Arce

Si el régimen nació en 1929, podemos decir que llegó a su plenitud en los años sesenta. Las Olimpiadas *México 68* iban a representar su cúspide, su apogeo, su consagración mundial, su meta cumplida: La entrada de México a la modernidad ante la vista del mundo. El país mostraría una economía industrial en desarrollo. Un crecimiento sólido. Una clase media urbana satisfecha y con estilos de consumo copiados de los Estados Unidos. Una identidad nacional fundada en una historia milenaria, pero apoyada en su culminación de bronce, la revolución institucionalizada, y en un sistema de educación pública universal con libros de texto obligatorios y gratuitos.

El rostro orgulloso que el país mostraría al mundo incluía un grandioso Museo de Antropología y una moderna, funcional y hermosa Ciudad Universitaria, cuyo estadio sería sede de las fiestas de inauguración y clausura y que entonces adoptó el nombre de "Estadio México 68". Pero el rostro que se mostró fue otro: el de un régimen despótico que realizó una represión sangrienta contra un movimiento estudiantil, el 2 de octubre, precisamente una semana antes de la inauguración de los Juegos.

La prensa, sometida monóticamente al régimen, calló la magnitud y el horror de Tlatelolco. A pesar del rígido

control de los medios, algo se coló por las fisuras, como el memorable cartón de uno de los padres de la caricatura política en México, Abel Quezada, que publicó una mancha negra y la pregunta azorada: ¿Por qué? Pasaron las olimpiadas y siguió la vida: decenas de estudiantes en la cárcel y un movimiento estudiantil enclaustrado en sus escuelas, y una rabia contenida. Una clase política que quería que todo quedara en el olvido. Una frase acabó pasando por encima del silencio de la prensa y derrotando al discurso oficial. Una frase acabó venciendo al régimen: “¡2 de octubre no se olvida!”

Toda la oposición, toda la inconformidad política no tenía cauce para expresarse en un régimen cuya piedra de toque había sido “autoridad”, y su contraparte, “disciplina”. La represión inolvidable del movimiento estudiantil del 68, como las represiones violentas inmediatamente anteriores, contra el movimiento de los médicos en el 65, y contra otros contingentes estudiantiles en algunos estados de la República, se habían realizado bajo la divisa de la defensa del principio de autoridad. Pero la mayor de todas las represiones, el mayor crimen del Estado, fue el de Tlatelolco el 2 de octubre del 68.

De esas jornadas surgirían numerosos cuadros de la oposición de izquierda en todas sus vertientes, obrera, campesina, guerrillera, intelectual, artística. Y no sólo hay una influencia debido a los cuadros que se trasladan a otros ámbitos, hay una influencia más general sobre la sociedad en su conjunto: un discurso crítico que arraiga en la mentalidad de grupos amplios, y cambian su actitud ante las instituciones del Estado. Por eso es posible identificar a ese movimiento como el principio del principio. Luego siguieron otros movimientos sociales que también sacudieron a México. Estuve ahí. ¿Cómo decirlo?

Fui parte de estas historias. El 2 de octubre tuve miedo y corrí junto con otros que también lo tenían. En la Universidad el mimeógrafo se había convertido en un artefacto de uso cotidiano. Era nuestro y alcanzamos a sacarlo cuando estaban entrando los tanques por Avenida Universidad.

Me enamoré en los salones, en los pasillos y en los jardines de ese territorio libre que era la Ciudad Universitaria. Sentí que tartamudeaba a las puertas de la refinería de Azcapotzalco, subido en una barda, intentando convencer a los obreros de no sé bien qué cosa; de que teníamos razón o de que éramos los buenos en esa batalla. Aprendí de maestros universitarios que dejaron de usar corbata y nos hicieron leer libros que no siempre entendí pero que de cualquier manera me abrieron un continente nuevo, una manera distinta de ver el mundo. Vi a Los Halcones en San Cosme el 10 de junio, y corrí y me escondí cuando oí los balazos.

Caminé en la carretera en caravanas campesinas que peleaban un pedazo de tierra cincuenta años después de la Revolución, cuando la Reforma Agraria se había convertido en adorno de discursos de funcionarios. No sufrí como campesino; vi sus manos duras y sus pueblos aislados, y entendí que quizá nunca entendería. Estuve en las guardias de muchas huelgas largas y frías, y en mítines calientes frente a fábricas calladas, y tenía dudas y me preocupaba el futuro de las familias de los obreros si no obteníamos el triunfo, o al menos encontrábamos una salida aceptable. Junto con amigos entrañables cargué una cámara y un proyector de cine para exhibir películas ejemplares. Estuve con los despedidos en las barandillas de la Junta de Conciliación y Arbitraje acompañando trámites interminables.

Escribí, escribimos, imprimimos, repartimos periódicos y boletines de lucha popular para difundir las causas del pueblo. No quise ser guerrillero (no discuto las razones porque ahora no tiene sentido), pero otros lo hicieron, amigos y amigas mías, a los que de pronto, inesperadamente, encontré en la pantalla de la televisión, presentados como detenidos por su participación en acciones armadas, o aún peor, vi su nombre en listas de muertos en combate o desaparecidos.

Caminé no sé cuantas veces de la Normal a la SEP, con los maestros de Oaxaca, de Chiapas, de Morelos, de Guerrero, de Hidalgo y del Valle de México, y recorrí los plantones que inauguraban una manera de protesta. Presencí más de un desalojo violento. Redacté no sé cuántos volantes, no sé cuántos desplegados en los periódicos, no sé cuántos discursos. De algunos me sentí orgulloso aunque no llevaban mi firma. Presencí huelgas de hambre; nunca participé en una.

\*\*\* Tomado de su libro *El principio*, Editorial Para Leer en Libertad.

## MI FIESTA IMPOLUTA

Santiago I. Flores

Lo que cuento del 68 lo viví de primera mano. Pero he de confesar que mucho de lo que sucedió en las calles de la Ciudad de México durante esos extraordinarios meses me lo habría de contar mucho después Paco Ignacio Taibo II, pues yo no podía andar de aquí para allá en aquella maravillosa fiesta popular. No le tengo demasiada envidia dado que el mismo Taibo cuenta en su libro que el mero 2 de octubre estaba en Gijón, que lo que pasó en Tlatelolco y, en particular en el tercer piso del Chihuahua se lo contó a él un cuate, ese cuate soy yo. Lo que nunca he sabido es cómo le hizo Taibo I para poder llevárselo a Asturias siendo como era de cabrón. Si he de escoger por dónde empezar diré que me faltaban pocos cursos para terminar la licenciatura de Ingeniería Química en la UNAM.

Tenía casi dos meses de casado y mi hoy ex llevaba cuatro de embarazada. Vivíamos en la Portales ocupando “temporalmente” la sala de mis abuelos maternos, por lo que me urgía trabajar en lo que fuera. Para hacerme a la idea y armarme de valor recorría Ermita Iztapalapa, Zapata y demás calles cercanas a la casa. Para pensar mejor extendí los paseos a Coyoacán.

En los cafés de chinos de la Roma, para que me dejaran estar varias horas con el mismo vaso lechero, me alié con las meseras; y en los pequeños bares perdidos del centro los parroquianos me veían raro porque me gustaba la cerveza caliente. Aquella noche no parecía ser distinta de las otras. Me encontraba en el bar del Hotel Regis ensimismado con la lectura de alguna de las historias de Howard Fast cuando un mesero entró gritando: “¡Madrazos contra los estudiantes del Poli!” Minutos más tarde llegó corriendo un muchacho que sangraba del lado izquierdo de su ensortijada cabeza. Pidió lo escondieran y sin esperar respuesta se metió detrás de la barra. Con una seña detuve al cantinero y me tiré al piso junto al muchacho:

— ¿Eres del Poli?

— No, soy estudiante de San Carlos.

— ¿Qué, no están reprimiendo a los del Poli?

— Sí, pero también a los que veníamos festejando el 26 de julio cubano.

El saber que una criminal represión policíaca estaba ocurriendo de verdad a sólo unas cuadras de distancia me sacó de un letargo de meses. Intenté salir corriendo pero el chavo de San Carlos me detuvo: “¡No seas pendejo! Ahorita ya deben estar deteniendo a todos los que no se dispersaron. Mejor te cuento cómo estuvo la bronca y después actúas!” Me quedó clara la actitud de los que conmemoraban el asalto al Cuartel Moncada, no así el cómo lograron los estudiantes del Poli liberarse del control de los *fenetos*.

Esa noche me la pasé meditando en voz alta qué hacer frente a lo que parecían excesos premeditados por parte del gobierno. Alicia no entendía por qué un recién casado, “su”

recién casado, tenía que andar en broncas de este tipo. “Pues porque he estado de hocicón durante muchos años. No puedo quedarme quieto ahora.”

Los enfrentamientos de estudiantes con granaderos durante los siguientes días escalaron hasta el asesinato de varios preparatorianos, junto a la tristemente famosa destrucción de la hermosa y antigua puerta de San Ildefonso, gracias a un bazucazo disparado por miembros del tres veces Hache Ejército Nacional. Se hizo añicos el respeto a la autonomía universitaria. Para mí el detonador fue el asesinato. Al cuarto para las siete de la mañana siguiente transitando por el área de oficinas de la Facultad de Química me topé con un grupo de estudiantes que leían un mensaje escrito con plumón donde se anunciaba que no había clases hasta nuevo aviso.

Arranqué de un jalón la hoja de cartulina mientras les explicaba a los ahí reunidos que Madrazo Garamendi, el director, no quería que nos organizáramos en contra del bazucazo. La bolita fue creciendo y cuates míos pidieron que me subiera a un techito donde pudiera explicar a todos los presentes lo que estaba pasando. Así lo hice. Incitaba a los desmañanados estudiantes a organizar la protesta contra la flagrante violación de la autonomía cuando apareció el profesor de Ingeniería Química que daba clases de siete.

“¿Qué haces allá arriba, mano?, ¡Bájate para que empecemos la clase!” “Ingeniero Bremauntz, ayer el Ejército violó la autonomía universitaria. ¿Por qué mejor no nos presta el auditorio?” le dije y más de setenta voces corearon “¡Sí!” Dos horas más tarde el auditorio de la Facultad estaba abarrotado de estudiantes. Varios de nosotros nos empeñábamos en convertir aquel desmadre en una asamblea. Tres fueron nuestros

logros democráticos, que siendo como éramos en la Facultad de Química hicieron toda la diferencia.

– Entendimos y aceptamos que los ahí reunidos éramos la asamblea;

– Que la asamblea tenía la capacidad de escoger entre dos alternativas: irnos a casa como quería el director, o seguir informándonos para organizar mejor la protesta;

– Que la forma más práctica de votar a favor o en contra era contando las manos levantadas.

Faltaba lo más difícil: que la asamblea de estudiantes construyera su estructura organizativa, asamblea diaria, comités, brigadas, líderes.

La organización iba naciendo con algo de confusión entre comités de lucha y comités informativos; entre botear y volantear. Así las cosas, se llegó a un momento en el que al hablar de líderes parte de la gente suponía que se trataba de los líderes tradicionales oficialmente aceptados por las autoridades: Enrique Leff, consejero universitario, y Gerardo Dorantes, presidente de la sociedad de alumnos. Cuando alguien solicitó que pasaran al frente se hizo evidente que no estaban presentes. “Un receso hasta que lleguen.” “Pero si llevamos más de cuatro horas sin ellos.”

De Enrique yo tenía una opinión casi neutra y apenas le conocía. Era un güero alto y de “la alta” con un vozarrón muy especial. Era buen estudiante aunque había asistido al cineclub una o dos veces. Nunca había oído nada que lo señalara como corrupto. Mi bronca era que no podía decir lo mismo de Dorantes y dado que parecía que teníamos que votarlos en paquete presenté una moción arriesgada. “¡Pero cómo, compañeros! Ellos nos representan sólo en lo académico. En

el movimiento médico del 65 así como en el 66 las sociedades de alumnos apoyaron a la dirección para que Químicas no participara. Acuérdense de que su táctica fue mandarnos de vacaciones. Sólo nos quedamos tres gatos.”

“En esta ocasión necesitamos independizarnos de la dirección. Necesitamos un movimiento estudiantil crítico y combativo. Necesitamos formas de organización nuevas que respondan solamente a esta asamblea. ¡Compañeros, sean quienes sean nuestros representantes, esta asamblea debiese declararse en sesión permanente ahora mismo!” Para mi sorpresa se desató una renovada discusión. Las acaloradas intervenciones se vieron interrumpidas cada vez con mayor frecuencia con las noticias que nos llegaban sobre lo que pasaba en otras facultades: algunas asambleas declaraban la necesidad inminente de estallar la huelga; las más hacía horas que ya estaban listas. La balanza analítica oscilaba entre la cómoda pasividad moderada y la inédita participación colectiva.

Después de varias horas de aclaraciones y contra aclaraciones decidimos que los líderes tradicionales presidirían la asamblea; y que se constituyera un comité, no de lucha, sino de información que garantizase a la asamblea la veracidad de lo que acontecía en la Universidad. Me quedé a cargo de este comité, cuyas primeras acciones consistieron en contactar oficialmente a los representantes de otras asambleas. Sin perder tiempo me dirigí a la Facultad de Ciencias, donde vi a Gilberto Guevara Niebla para solicitarle consejo sobre qué hacer frente a mis temores de que nuestros representantes pudieran neutralizar las acciones.

Mientras escuchaba me escudriñó entrecerrando los ojos sin dejar de mostrar una amplia sonrisa. Agitó una o dos

veces su pachona melena antes de proponer: “Calma, campeón, el comité que diriges es vital. A las dos y media hay una reunión de representantes en Economía a la que no puedes faltar. No pongas esa cara. ¡Ánimo!, y saludame a Carlos”. Sus palabras tuvieron el efecto de hacerme ver a Prometeo parando el gol. Me quedó clarísimo que yo no podía faltar pero también que era imposible no avisar a los de Químicas.

Decidí informar únicamente a Enrique, el consejero universitario. Lo haría sólo en el último momento. Ya le había dado dos mordidas a una de las tortas que compramos en el puestecito que los de Economía confundían con cafetería cuando le pedí a un compañero del comité que buscara a Leff para darle el recado. Cuando anunciaron que el Consejero Universitario de Químicas estaba afuera acompañado del presidente de la Sociedad de Alumnos, Gilberto pidió con impaciencia que pasara sólo uno, puesto que ya se encontraba adentro el otro de los dos representantes permitidos. Mientras hablaba impidió que me levantara, tomándome del antebrazo. Fue así que Enrique Leff y el que escribe participamos en una de las reuniones históricamente más importantes del momento. Era el antecedente inmediato a lo que sería el Consejo Nacional de Huelga. Entre las asambleas representadas que recuerdo se encontraban: Filosofía y Letras; Ciencias; Economía (anfitriones de la reunión); Físico-Matemáticas del Poli; Economía del Poli; Ciencias Biológicas; Ciencias Políticas; y parece ser que también los de Medicina. A la mañana siguiente la asamblea “informativa” de los químicos estaba a reventar.

Los trabajos organizativos iniciales, el mitin declarativo del Ingeniero Barros Sierra de la tarde anterior, y las discusiones en los hogares creaban una atmósfera nueva y

alentadora. Por razones que se me escapan nadie se sorprendió cuando junto a Enrique Leff aparecía yo presidiendo la asamblea. Una vez que Enrique explicó la trascendencia de lo declarado por el señor Rector, tomé la palabra inmediatamente después para resaltar la relevancia de la reunión en la Facultad de Economía.

Se explicaron y discutieron detalladamente todas las resoluciones tomadas. Minutos antes había platicado con Enrique su preocupación: "Mira Santiago, yo creo que tú deberías presentar los acuerdos, no sólo porque yo me salí mucho antes de acabar la reunión y no sé lo que se argumentó, sino porque tengo muchas dudas de que esto afecte mi papel de Consejero Universitario. ¿Te diste cuenta de que la reunión en Economía estaba llena de comunistas? Tengo miedo de que el movimiento estudiantil que nace se desvíe con otras intenciones..."

"Pues yo pienso que aunque todos somos estudiantes, éste no es un movimiento que piensa luchar por más pizarrones y mejores materiales de laboratorio, como tampoco me parece que el bazucazo contra la puerta de la Prepa sea un pequeño exceso al escarmentar estudiantes revoltosos.

Pero mira, creo que tienes razón. Mientras entiendes la bronca y aclaras tu papel, déjame a mí llevar la asamblea, pues si queremos participar, lo primero que hay que lograr es que 'Químicas' se vaya a la huelga".

Desde esta asamblea y muchas que le siguieron nos concentramos en tres grandes actividades: Primero, mantener activa la huelga con la mayor participación de estudiantes posible. Segundo, apalancar todas las acciones con un Comité de Lucha. Tercero, formar la mayor cantidad de brigadas de activistas para informar a la población.

Para esto se requería gente que escribiera declaraciones de lo que pasaba; que éstas se mecanografiaran en estenciles; que estos se mimeografiaran para obtener cientos y miles de volantes, que se distribuyeran entre las brigadas; que finalmente se repartirían en todas las zonas seleccionadas. Las brigadas requerían de una organización logística que las mantuviera en acción todo el tiempo, que supieran explicar lo que decían los volantes, que le dejaran claro a la gente de la calle por qué estaban los estudiantes en huelga, invitar a la participación directa, solicitar apoyo moral y económico. Surgió un proceso de aprendizaje sobre la marcha. Se aprendía de todos los compañeros. Se emulaba a otros comités de lucha.

Se experimentó con brigadas conjuntas entre dos o más facultades. ¡En fin!, se aprendía de los errores y aciertos cometidos en las calles, en los camiones, en los parques. La fiesta se descubrió a sí misma en los mítines relámpago. Muy pocos habían participado en el movimiento médico. Sólo unos pocos más sabían que en el 58 los ferrocarrileros habían decidido detener las locomotoras, bloquear las vías, cerrar las casas redondas para tomar las calles de ciudades y pueblos. En mi cabeza competían frases que pudiera expresar con claridad. Los esbozos de análisis eran útiles si la mayoría los comprendía y aceptaba. “Represión como la que sufrió el movimiento ferrocarrilero, compañeros, explica que en estos diez años los obreros no hayan tomado las calles, pero explica también que nazca un movimiento como el que estamos construyendo ahora. Recordemos que el gobierno reprime cuando puede, no cuando quiere. Siempre quiere.”

El ser miembro del Consejo Nacional de Huelga además de asistir a las diarias sesiones, de tarde, noche y ma-

drugada, conllevaba tomar medidas especiales de seguridad. Una era no formar parte ni acompañar a las brigadas de información y agitación que pululaban por la ciudad durante todo el día. En mi caso debía intervenir en el Comité de Lucha analizando toda la información escrita y oral de lo que había pasado durante la magnífica jornada, para planear mejor la asamblea. También participaba en el diseño de nuevas e imaginativas formas de “volanteo”.

Cuenta la leyenda urbana que una brigada campechaneada con gente de Químicas y de Ciencias preparó ligeras estructuras que sostuvieron paquetes de volantes mientras globos de aire caliente se elevaban por los cielos de las colonias populares. En un momento dado las estructuras liberaban su carga para crear una verdadera lluvia de volantes sobre la ciudad. O aquella otra ingeniosa acción que realizaron varias brigadas de Veterinaria al envolver los lomos de decenas de perros callejeros con mantas que mostraban los seis puntos petitorios del movimiento estudiantil, para después soltarlos por las diversas avenidas del DF. A diferencia de la mayoría de representantes al CNH que dormían en las instalaciones de sus escuelas, yo tenía que trasladarme casi diario hacia y desde mi casa para ver a mi flamante esposa.

Al terminar las sesiones del CNH, por ahí de las tres de la mañana salíamos de Ciudad Universitaria dando distintos rodeos para finalmente bajarme a una cuadra o dos de mi casa. Confirmaban de lejos que entraba y regresaban a dormir a CU. Como a las nueve de la mañana otros me esperaban en lugares determinados para que estuviera a tiempo al frente de la asamblea. Las sesiones empezaban siempre como a las 10 en donde la orden del día se centraba en reforzar a las bri-

gadas con nuevas ideas, reiterar los grandes objetivos, y que sus tareas concretas estuviesen claras en sus mentes y en sus corazones. Entrelacé lo mejor que pude la curva de aprendizaje de la asamblea de Químicas con la mía propia. Nos ayudábamos entre todos a refrendar cada día nuestra decisión de confrontar al gobierno mexicano restregándole su alma autoritaria con un pliego petitorio insultante por su sencillez democrática.

Todos los esfuerzos y sacrificios se vieron recompensados con la participación de muchísima gente en las manifestaciones del 13 y 27 de agosto. En particular, en la del 27, con cerca de un millón de personas, se mostró una formidable capacidad de organización. Durante el recorrido me lo pasé yendo de un lado a otro del inmenso contingente. Ya en la plaza me las arreglé para subirme al techo del camión del Poli que se usó para los discursos, el cual estaba situado en el centro del Zócalo un poco hacia el sur del asta bandera. Sin pensarlo mucho me involucré en la organización de las brigadas que se quedarían permanentemente en el Zócalo hasta que fuera aceptado el diálogo público.

El Ejército haría abortar dicha iniciativa horas después, en la madrugada del 28. Hasta en el desalojo mostramos organización. El hecho fortuito de que trajera un megáfono me puso en la situación de calmar a mis compañeros durante la retirada. Íbamos apretados y caminando a paso más bien lento por la calle de Madero o por la 5 de Mayo. La distancia que separaba al contingente de los soldaditos fluctuaba entre un metro y máximo dos. Lo puedo aseverar por la circunstancia de que yo formaba parte de la interfase humana compuesta en mucho por brigadistas de Medicina. Vi de cerca durante

minutos interminables las caritas drogadas de los soldados que tenían la obligación de sacarnos.

Ninguno de ellos tenía más de dieciocho años. Esa mañana me desperté particularmente tarde y la payasada criminal del “desagravio a la bandera” había comenzado. Me llegó también el rumor de que horas antes, judiciales o policías de algún pinche tipo habían detenido a la brigada del Pino, que iba en un camión por Calzada de Tlalpan rumbo al centro. En esa brigada de Ciencias todos eran fregones, no sólo El Pino. Tengo un recuerdo vago de haber leído el nombre de mi gran amigo de la prepa, Ángel Tahaiko Hayasaka, entre los brigadistas que ya estaban en Lecumberri. Sobre el movimiento se puede leer mucho.

Desde luego *La Noche de Tlatelolco* de Elenita; o 68 de Taibo II (sí, así se llama, 68, el número, tal cual); o lo que escribió el Partido Comunista; o lo que se podía encontrar en Internet en el 2006 sobre la guerra sucia oficial y oficiosamente, en fin... Me doy perfectamente cuenta de que hay magníficas cosas escritas, por lo que sé que debo terminar rápido y de corridito. Faltando un escaso mes para las Olimpiadas la imponente manifestación Silenciosa del 13 de septiembre le asesta tal madrazo al acartonado gobierno que lo deja con pocas salidas para resolver el conflicto. Decide que el Ejército tome el control de Ciudad Universitaria. Y lo tiene que hacer ya si es que se quiere salir pronto. Cinco días después lo hará durante la noche. Por alguna razón fue una operación militar lenta y por etapas. Lo digo porque hubo tiempo para que los brigadistas confirmaran al CNH la inminencia de la toma del campus. Con rapidez pero pudimos decidir que lo mejor era dispersarnos. Dado que sesionábamos en el auditorio de

Medicina unos se fueron hacia Santo Domingo, otros hacia Copilco, otros hacia sus facultades.

Yo acepté la invitación de Miguel (posgrado de Ingeniería) para movernos rápido en su coche hasta donde nos dejaran. Pasamos por atrás de Veterinaria, por Químicas, Ingeniería, Arquitectura, y a la altura de la terminal de camiones nos topamos con una caravana de tanques que avanzaba a velocidad de desfile. Preferimos actuar con calma por lo que dejamos pasar uno, dos, tres tanques que nos ignoraron. El cuarto tanque se detuvo y el soldado que mostraba medio cuerpo nos hizo la seña de que pasáramos. Fue así que la etapa de ocupación nos permitió contemplar decenas de tanques mientras nos alejábamos incrédulos por Insurgentes en sentido contrario. Ya no me tocó la etapa de detención.

A varios del Comité de Lucha de Químicas no los volví a ver sino muchos años después. Pasamos a la clandestinidad. Lo que para muchos de nosotros significó escondernos donde mejor pudiéramos. Yo anduve en Taxco, en las Grutas de Cahuamilpa, y terminé en algún lugar del Estado de Morelos. Pocos días antes de que el Ejército desocupara CU el sofocante aislamiento sustituyó al miedo. Me trasladé a la Ciudad de México. No tenía contacto con el comité de lucha ni con el CNH. Con nadie. Me culpé por haber salido huyendo sin quedar con alguien de cuándo y en dónde volvernos a ver. Si leí los periódicos o vi las noticias de la tele no lo recuerdo. La paranoia me aconsejaba de manera terminante no usar el teléfono.

¿Qué hacer? La fuerza del movimiento consistía en ser visible para el pueblo. Centenas de brigadas por todos lados; cientos de miles marchando durante horas; leer entre líneas las frases mentirosas de los diarios le daba presencia al movi-

miento frente a los lectores. ¿Qué me decía esto? Que a como diera lugar se debería ganar presencia. Que si alguien del CNH se estaba reuniendo era con la intención de reproducir estas acciones o descubrir nuevas. Yo tenía que encontrarlos. Aquella mañana de septiembre me pregunté por dónde empezar. Mi intuición propuso “¡Por Zacatenco!” Y fui a Zacatenco. “¡Con los matemáticos!”

Y fui con los matemáticos. Pero al encontrarme edificios solitarios, casi sin gente, me invadió la duda. Suponer que Zacatenco era un buen lugar de reunión parecía una mala idea. Por no dejar le pregunté a un chavo que andaba por ahí que si por casualidad sabía dónde se estaba reuniendo el CNH. El otro, después de medir si decir o no decir, se decidió por lo primero. Me dio mucho gusto ver que mi pesimismo de los últimos días se equivocaba en sus cálculos. En lugar de tres o cuatro me encontré con que el número de representantes llegaba a cerca de la mitad. Como era explicable, muchas escuelas de provincia ya no estaban representadas, de las particulares ni se diga. En pocos días la situación evolucionó hacia dos polos. El análisis de las circunstancias, así como de la correlación de fuerzas nos decían que tanto el movimiento como el gobierno estaban a la defensiva.

Pensar que el gobierno se inclinaría por una represión definitiva no era descabellado. Pero lo era menos que prefiriese llegar a un acuerdo de diálogo con nosotros, que tendría la virtud de que además de controlar el conflicto — que ya duraba más de dos meses — disminuiría la preocupación de la opinión pública internacional sobre el desempeño de los Juegos Olímpicos. El gobierno mandó una señal terminando la ocupación de Ciudad Universitaria el 30 de septiembre. El

CNH contestó anunciado para la tarde del 2 de octubre una manifestación de Tlatelolco al Casco de Santo Tomás.

El mero día 2 en la mañana, la mayoría de los asistentes a la asamblea del CNH vimos nuestro optimismo reforzarse con la noticia de que se había hecho contacto con representantes del gobierno. La asamblea decidió sustituir la manifestación planeada para ese miércoles con mitin como muestra de buena voluntad por parte del CNH. Esto daría, pensamos, fuerza para negociar y proveería de argumentos a los propios representantes del gobierno, quienes tendrían que convencer a la parte dura del mismo. No recuerdo los detalles pero me debatía entre lo sensato y lo heroico. Cuando se propuso que por seguridad la mitad de los presentes no fuera al mitin no dudé un solo instante para proponerme como miembro de la que sí asistiría. Al finalizar la asamblea se tenían todavía que discutir detalles para la redacción de los discursos, de logística y de seguridad.

Finalmente nos separamos en pequeños grupos para ir a comer. Si tuviera que escoger un título para lo que aconteció escogería uno siniestro e irónico, algo así como: "Nos trataron con guante blanco". Yo me le pegué a Gilberto y a Emery para echarnos una tortas. Verdugo también se agregó al grupo. Seleccionamos aquella fonda por su cercanía a la Plaza de las Tres Culturas. "Dos de pierna con todo, el doble de aguacate y un jarrito rojo para mí."

Comimos en silencio meditando sobre las implicaciones inmediatas y mediatas que tendrían los acuerdos de la asamblea esa mañana de octubre. Media hora después nos encaminamos con determinación hacia la plaza. Antes de cruzar la avenida pudimos ver tanques, tanquetas, y vehículos semipesados del Ejército estacionados justo frente a la plaza.

Después de una breve reacción de desconcierto que a mí me dejó mudo, mis compañeros lanzaron comentarios como los siguientes:

—No pasa nada, calmados. Dado lo avanzadas que están las pláticas con la comisión gubernamental...

—Y, además, saben perfectamente que decidimos cancelar la manifestación y quedarnos en el mitin.

—...esta presencia militar es... pues... es eso, sólo presencia.

Con estas observaciones, viniendo de líderes como ellos, yo no dudé más, y con renovada confianza me concentré en el orgullo que sentía de andar con ese grupo.

En la plaza ya había mucha gente de todas las escuelas y facultades, además de que se veían pancartas de organizaciones obreras y de colonos. Conforme nos aproximábamos al edificio Chihuahua los gritos de “¡Son del CNH, déjenlos pasar!” nos abría el paso y reforzaban el sentimiento de respeto y entusiasmo que se multiplicaba a nuestro alrededor. Nos introdujimos en los pasillos del Chihuahua en busca de las escaleras. Éstas se encontraban saturadas de gente. Si entre ellas se encontraban personas hostiles al movimiento no me percaté.

Ni lo haría mientras saludaba a los oradores ni todavía minutos más tarde cuando colaboraba organizando dónde podrían acomodarse los periodistas internacionales y quiénes debían cuidar los dos accesos al balcón. Me concentré en particular en el acceso izquierdo o sur del edificio para apoyar a los brigadistas encargados de controlar el paso. Intenté convencer a una oradora espontánea del PC de que la lista de oradores estaba cerrada. En ese preciso instante de

entre los muchachos que resguardaban la entrada surgió una pistola apuntándome a la cara, pistola que me pareció enorme y mortal, calibre cuarenta y cinco o algo así. Junto a esta amenazadora imagen una voz me gritó: "Pero yo sí puedo pasar. ¡Atrás, cabrón! ¡Atrás, te digo!" El hombre avanzaba ya dentro del corredor manoteando con su mano izquierda enguantada. La escuadra cuarenta y cinco muy cerca de la cara y el guante blanco, más amenazante aún, hicieron que yo infiriera de golpe, con mezcla de pánico y una extraña exaltación, que estos hijos de puta eran un grupo de choque ultraderechista que nos asesinaría ahí mismo. Luego de un segundo de confusión rugieron las órdenes: "¡Al suelo todos! ¡Al piso todos!"

Ya en el piso me sentí demasiado vulnerable al saberme identificado por el agresor que pronto se olvidó de mí para tomar posesión de todo el lugar. Aproveché esto para introducirme un poco más dentro de aquella extraña y lentísima danza de mutilados. Empujado y empujando me arrastraba con el objetivo de llegar a la pared del balcón. Por la manera de proceder de los del guante blanco me quedó claro que estos no eran un grupo terrorista de ultraderecha sino una operación militar en toda la forma.

Concluí que nos querían vivos. Madreados y en el suelo, pero vivos. Esta conclusión se fue reforzando conforme pasaban los segundos. Alcancé a ver que en el extremo norte del corredor uno de los del guante blanco se movía rápidamente hacia el balcón. Cuando llegó al borde empezó a disparar hacia abajo, hacia la multitud. Sin acabar de comprender lo que pasaba, sobre mi cabeza y a la izquierda, percibí ráfagas de luces de bengala. Después de tantos años no puedo decir si eran verdes o rojas, o ambas. Inmediatamente después de esta

experiencia empezó lo increíble: el ensordecedor ruido de la balacera cubrió todo lo audible, parecía que el estruendo no pararía nunca, como hipnotizado creí acostumbrarme. Sentí una nueva descarga de adrenalina cuando reconocí, al estirar el brazo izquierdo, la superficie irregular de los mosaiquitos de la columna imaginada antes como un rincón protector.

Mis pensamientos que segundos antes estaban dedicados a buscar dónde protegerme se reorientaron a explicarme la situación que estaba padeciendo. El agua que caía entre las escaleras fue aumentando su caudal —provenía de la lluvia acumulada así como probablemente de tuberías destruidas por la balacera— a tal grado que acabó por empapar a los militares que entraban y salían del pasillo del tercer piso del edificio Chihuahua. Con el estruendo de las cascadas competían los gritos: “¡Guante blanco! ¡Batallón Olimpia! ¡No disparen, guante blanco!”

Las feroces voces, sin dejar el tono marcial inconfundible, sonaban confundidas y angustiadas de manera similar a los vagos movimientos que percibía metros abajo, en la plaza. Junto a la lenta lucha por espacios inexistentes que a empujones librábamos los que nos retorcíamos en el piso, se aunaba la intensa balacera interminable, el reventar de las balas en las paredes, y aquellos gritos desesperados: “¡Walky-talky! ¡Walky-talky!” Los oía arriba y abajo del cubo de la escalera, a cuatro metros de mí. “¡No disparen, Batallón Olimpia! ¡Batallón Olimpia!” ¡Qué ironía macabra! Su operación de élite se les escurría olímpicamente por los escalones. ¡Patético! Buscaban la manera de comunicarse, y no encontraban al del “Walky-talky”. Siguieron más gritos, ahora de gente herida y de nuevos intentos de encontrar al del aparatito. Pasaron y

pasaron los minutos, las horas. En mi mente prevalecían los más irreflexivos pensamientos.

Me exaltaba el hecho de que lo inciertamente inevitable estuviera sucediendo. Exaltación febril que pronto se opacaba con el regreso de esa rabia indescriptible que la masacre de la multitud inerme me producía. Miles de manifestantes eran acribillados por el fuego cruzado proveniente del mismo Ejército que yo había visto horas antes. Yo no podía hacer nada para evitar esta horrenda matanza, nada. La sensación de impotencia creció hasta causarme dolor corporal y náuseas.

Las pude controlar al distraerme buscando congruencia a lo que estaba ocurriendo. Se entretejió lo que nos pasaba a todos con lo que me estaba pasando a mí. Sabiendo que obedecían a la misma lógica autoritaria me preguntaba si este espantoso crimen de estado era comparable con aquel otro cometido diez años antes contra los ferrocarrileros mexicanos. De manera abrupta me ensordeció un silencioso grito salido del fondo de mis entrañas: ¡Juro que no dejaré de luchar hasta que me muera! Los saltos mortales que daba mi joven mente de veintidós años los sigo dando cuando los escribo cuarenta años después. Las divagaciones no sólo me distraían y protegían contra el horror de aquella terrible noche de represión sangrienta sino que me llevaban a recordar cosas que no quería. Llevaba semanas que no veía a mi esposa y no sabía cómo iba su embarazo. Un golpe en la rodilla derecha interrumpió súbitamente mis pensamientos. Giré por reflejo.

La oscuridad apenas y me permitió distinguir la espalda sangrante de un cuerpo que se retorció a mis pies. Quizá me pateó por dolor. Hacia el centro del pasillo se escuchaban las quejas de una mujer que gritaba en italiano, en inglés, que

necesitaba ayuda, que era de la prensa internacional. Así estuvo un buen rato. Como respuesta tardía los del Batallón Olimpia gritaron escaleras abajo que había heridos.

Poco después subieron camillas. Posiblemente se llevaron a Oriana Fallaci los de la Cruz Roja militar. Yo no lo vi pero entresaqué de las voces militares y los reclamos de la periodista italiana que igual que ella varios del guante blanco estaban siendo heridos por las esquirlas de las balas calibre cincuenta que una y otra vez, en lluvia interminable, se despedazaban al chocar contra el concreto armado de la pared en donde estaban empotrados los elevadores.

Tiempo después se sabría que la periodista había comentado que ni como corresponsal de guerra la habían tratado así, que al gobierno mexicano le había importado muy poco la presencia de periodistas internacionales. Pensando sobre lo importante que podrían llegar a ser los artículos que todos ellos escribirían para sus respectivos periódicos no pude evitar compararlos hipotéticamente con la mierda que la mayoría de la prensa mexicana publicaría al día siguiente para desinformar. Encabronado, mi mente regresó a Tlatelolco para ponerse a cavilar sobre las ventajas de salir herido.

Tendría la ventaja inmediata de que podría ser rescatado de la masacre directamente por la Cruz Roja militar. La balacera continuaba y los recuerdos personales se me amontonaban. Mi odio iba en aumento. Me preguntaba si pasaría mi vida en la cárcel. ¿Aguantaría pasar años en la cárcel? ¿Los judiciales que asesinaron en enero a Hugo, mi primo, seguirían matando impunemente? “Sigue la masacre, esta puta balacera no tiene para cuando acabar”, pensaba yo incrédulo mientras poco a poco regresaba a la irracional realidad de mi

presente. El número de los que permanecíamos acostados en el piso era cada vez menor. Mi turno estaba cerca.

Al reacomodarme para quedar recostado junto a la columna la molestia en la rodilla me obligó a mirarla. Una enorme mancha de sangre contrastaba maravillosamente contra mis pantalones *Lee* blancos. “¡Poca madre! Me tendrán que bajar como a los otros heridos” elucubraba yo lleno de esperanza confundida. Con inocencia inexplicable imaginé que sería tratado como a los periodistas heridos. Creo haber sonreído mientras me apoyaba en las dos manos para quedar completamente sentado dando la espalda a la barda del balcón. Recargué mi hombro izquierdo en la columna. ¿Cuánto tiempo había estado boca abajo? Los del guante percutido seguían muy ocupados, de aquí para allá. Uno de ellos se detuvo para amagar al pequeño grupo que quedaba en la parte izquierda. Nos gritó “¡Quietos, cabrones! Irán subiendo uno por uno después de ser registrados. Pinches escuincles agitadores”. Con la mismísima cara y biotipo del Payo, sólo que más charro, recuerdo al militar que en el descanso de la escalera me detuvo para registrarme.

Cuando le dije que estaba herido se mostró un poco confundido. Le echó una mirada a la enorme mancha de sangre en mi pierna derecha, suspendió el cateo después de quitarme el reloj para decirme: “de esto no te mueres, síguele pa’riba”. Me introdujeron a un departamento que se encontraba totalmente a oscuras y me empujaron a un pasillito a la derecha, que conectaba con alguna de las habitaciones. En ella casi adiviné la presencia de muchos sentados en el suelo. La voz de uno de ellos me ordenó que me sentara junto a él. De esta manera quedé en posibilidad de ver las sombras que entraban o salían por el pasillito.

“Tengo un balazo en la pierna”, le dije al militar sentado a mi lado derecho. “Si te hubieran dado un balazo no podrías caminar o no tendrías pierna.” Pasó el tiempo hasta que llegó otro militar que directamente tomó y maniobró con sus dos manos mi rodilla. Localizó el hoyito a la altura de la rodilla en el pantalón y le dijo al de a lado: “Trae una esquirra navegando en la rodilla, más vale que lo bajemos”. Yo no cabía de felicidad al escuchar estas palabras, pues ya estaban cerca de mí los que iban uno por uno preguntando si era estudiante, y de qué escuela. Mi acompañante militar, como despertando me preguntó: “¿De la Universidad, verdad?” “Sí.” Casi luego luego llegaron unos camilleros uniformados como de diecisiete o dieciocho años, a quienes mi interrogador particular les ordenó: “Éste va en ambulancia militar, ¿entendido?”

Me bajaron al pasillo de la planta baja y sin titubear tomaron la dirección sur-norte del Chihuahua. Pocos metros antes de que terminara el corredor, a mi izquierda pude apreciar que estaban aventando bultos o cuerpos dentro de camiones militares. ¿Cuántos? No sé, pero muchos. Minutos después llegué a la conclusión de que eran muertos puesto que mis camilleros me dieron un *tour* entre decenas de ambulancias de las tres cruces, Roja, Verde y Blanca militar. De estas últimas había pocas, y todas repletas de heridos. Me llevaron de un punto a otro hasta que se hartaron de andarme cargando sin encontrar cómo cumplir la misión encomendada.

Se comunicaron entre sí en un lenguaje totalmente cifrado. No sé si lo hicieron con señas que yo no pude ver, o con palabras ahogadas en el zumbido de aquellos cientos de autómatas que trajinaban empacando con heridos las celdas que minutos después deambularían llorando por las calles de

nuestra ciudad. Una ambulancia de la Cruz Verde prácticamente llena fue seleccionada por los soldaditos. Tres firmes empujones fueron suficientes para meter su carga en la parte superior. Ningún pasajero, y menos yo, se quejó. Franca-mente no recuerdo, pero sería la medianoche o la una de la mañana cuando llegamos al Hospital Rubén Leñero, un pa-raíso comparado con el Campo Militar Número 1, mi destino asignado.

En las salas de emergencias había heridos por todos lados. Dado que podía moverme por mí mismo, y ahora sin escolta, llamaba poco la atención. Escogí para sentarme un huequito de una camilla. Ahí me estuve por un buen tiempo hasta que un médico me detectó. Se me acercó diagnosticando desde lejos: “¡Qué suerte que te hayas caído!”

Le hizo una seña a una enfermera y ésta procedió a cortar el pantalón de la pierna derecha desde abajo hasta cerca de la cadera. Me lavaron la pequeña herida; la desinfectaron, la cosieron la vendaron y afirmaron categóricamente que no había objeto extraño alguno incrustado en mi rodilla. “No será necesario hospitalizarte. Vuelve en unas veinticuatro horas para revisión.”

La enfermera que me acompañó a la puerta para mos-trarme dónde se encontraba la oficina del Ministerio Público, con tono confidencial, me aconsejó: “Dado que estás en ca-lidad de detenido ten mucho cuidado de lo que hablas con médicos, enfermeras, o emepés, todos pueden ser policías.” “No tengo nada que ocultar, yo no hice nada malo, gracias.” Empecé a seguir su consejo dudando de ella. Aunque cuando se ofreció para informar a mi familia que estaba yo bien acep-té el favor con todos los riesgos. Le di el número telefónico de mi hermana Azucena.

Mientras esperaba el turno para que registraran mis datos decidí adoptar por el mayor tiempo posible la personalidad de un estudiante cualquiera: tranquilo, fácil en su trato pero de pocas palabras. Anotaron mi nombre y dirección en una libreta muy gruesa, aclarándome que a lo largo de las próximas horas me llamarían para tomar mi declaración. Confirmé lo dicho por la enfermera cuando me negaron rotundamente hacer una llamada telefónica por ser de uso exclusivo del Ministerio Público.

A cambio me ordenaron pasar a la habitación trasera de la oficina. Apenas y saludé con la cabeza a los compañeros que se encontraban ahí. Dada la intensa luz de las lámparas escogí un lugar que pensé me permitiría dormir. Un cuate me despertó. “¿Tú eres Briceño? Que pases a declarar”. “No.” “De todas maneras ya son las seis y veinte, y roncas muy pinche.” Como a las diez de la mañana nos trajeron una caja de cartón con tortas y café con leche. No estoy seguro pero entre la una y las dos de la tarde nos pasaron a la oficina. “Callados y pegaditos a la pared.” Como a siete metros de distancia los parientes también guardando silencio se apretaban contra las rejas.

Eran, imaginé, los verdaderos prisioneros. Busqué con la mirada a mi hermana entre el montón de angustiados familiares sin poder verla. A cambio distingo a mi padre que me observaba muy serio y triste. Nos vimos el uno al otro a los ojos todo el tiempo permitido. Lo usé para recordar las esporádicas y terribles discusiones de los pasados meses. Él, posiblemente, en lamentar el oscurecimiento de mi brillante futuro. El padre autoritario y el hijo libertario nos despedimos de lejos ignorando si nuestras lágrimas de amor eran además de arrepentimiento o empecinamiento. Las tortas de la tarde

me las dieron en la boca puesto que yo tenía las manos ardi-  
das por truculentos guantes blancos confeccionados con ga-  
sas empapadas de parafina fundida que probarían si yo había  
disparado o no un arma de fuego en las últimas horas. Si yo  
rendí declaración antes o después de las tortas no lo recuerdo.  
Supongo porque fue una declaración insulsa y sin sentido.

Hice un esfuerzo para que mis respuestas estuviesen  
a la altura de preguntas tan generales e idiotas. Siempre he  
pensado que aquel joven (como yo de joven) agente del Minis-  
terio Público lo hizo para ayudarnos. En la mañana del viernes  
4 de octubre llegó la orden de trasladar a todos los detenidos  
no internados, sin excepción, a las instalaciones de la Procura-  
duría General de la República. Pensé que finalmente los golpes  
de suerte se terminaban para mí, pero no, habría más. Ya que  
nos preparaban para el traslado solicité que me llevaran a la  
limpieza de la herida, lo que les pareció razonable.

Ante la preocupación y empatía mostrada por el mé-  
dico en turno me aproveché para insistir en que según los mi-  
litares yo traía una esquirra. “Traigas o no una esquirra voy a  
tomarte unas radiografías para ver qué encuentro.” ¡Hágase  
la esquirra y la esquirra fue hecha! En efecto, las radiografías  
mostraron un objeto de frente y de perfil flotando en líquido  
lubricante de mi rodilla derecha. Colegas y enfermeras ova-  
cionaron al médico mientras preparaba los papeles que ofi-  
cializaban pasar de las manos del MP a las de las autoridades  
médicas del Rubén Leñero. Ya en sus manos, todavía tarda-  
ron, para mi gusto mucho tiempo. La razón: todas las camas  
de traumatología estaban ocupadas, incluyendo camillas. Lo  
inaudito: me hospitalizarían en la sección de Urología. Pasé  
de la tarde del viernes 4, a la noche del martes 15 de octubre

en una cama rodeada de viejitos simpáticos y muy enfermos, que tenían en común heridas de quirófano terribles, sondas y bolsitas recolectoras de orina.

Yo parecía un lunar extraño: veintidós años, heridita en la rodilla, dieta ilimitada, visitas frecuentes de médicos que no querían operarme con la intención de prolongar al máximo mi estancia "...para que las cosas (¿?) cambien". Yo seguí con la mascarilla de estudiante de química común y corriente, mi esposa y mi hermana podían visitarme casi diario. Nunca supe lo que pasó pero estaba a punto de dormir cuando llegaron con la noticia de que gente del gobierno me esperaba en la recepción.

Me aterró. No sabía cómo actuar frente al médico de guardia, y mucho menos frente a los tres guaruras que me subieron a un automóvil chiquito que no pude identificar. Me aclararon que eran una especie de *garde du corps* de un íntimo del Procurador General de la República, que sabían muy bien quién era y que recordara que mi esposa estaba embarazada. El que iba a mi lado me pegaba muy fuerte en el pecho y en el estómago de una extraña manera mientras el del asiento delantero confirmaba que si le estaba entendiendo. Cuando me creía perdido y cayendo al fondo de un pozo, detuvieron el auto frente a un edificio que resultó ser un hospital particular donde me recibieron con una silla de ruedas y condujeron a una habitación chiquita pero maravillosa.

Al otro día me operaron y por la tarde me transportaron a casa de mi hermana. Yo apretaba en mi mano una bolsita de plástico transparente que contenía una laminita metálica oscura de aproximadamente un centímetro cuadrado de área y un milímetro de espesor. Convaleciendo en un sofá con tela

escocesa leí cerca de trescientas páginas del *Ulises* de James Joyce sin entender prácticamente nada. Mi cuñado sugirió que descansaría viendo algo de las Olimpiadas. Después de algunas escenas observé a dos atletas con un brazo firmemente levantado. La mano dentro del guante negro formaba un puño en señal de indignación profunda.







Todos los derechos reservados.  
Impreso en México.